*La sociedad investigadora de la duquesa*



USA Today Bestselling Author

# SAMANTHA HOLT

# Las apuestas de la hija de un duque

# Las apuestas de la hija de un duque

*La sociedad investigadora de la duquesa*

Samantha Holt

# Contents

Title Page
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Epílogo

# Capítulo uno

«Necesitas un amante».

Lady Demeter Fallon arqueó una ceja y miró a su tía. La tía Sarah solía soltar comentarios inapropiados, pero ella no se lo esperaba mientras estaba inocentemente acurrucada en una alfombra frente a la chimenea del salón, cuyo fuego se apagaba lentamente. Manipulaba un pétalo de rosa rosa, frotando distraídamente su superficie suave con el dedo mientras pensaba en cómo podría utilizarlo una vez seco. Quizás un collage. O algún tipo de libro sobre las flores de Guildbury House.

«O un gato». La tía Sarah levantó a su gato blanco, como si Demeter hubiera olvidado cómo era un gato, y se lo ofreció. Simon, que siempre se sentía extrañamente cómodo cuando lo maltrataban los hombres —¿o eran las mujeres?—, se limitó a mirarla fijamente, desafiándola a que descartara la idea.

Demeter entrecerró los ojos al mirar al gato. Le encantaban los animales, de verdad, y por mucho que quisiera tener más en la casa de su padre, eso nunca resolvería su problema. —No necesito un gato. Ni un amante. Después de la última temporada, ¿por qué se te ocurre siquiera sugerirlo?

La única persona que sabía de su comportamiento inusualmente escandaloso del año pasado era la tía Sarah, y ella también sabía lo fallido que había sido ese momento. Aunque, tal vez su tía lo había olvidado. Demeter no lo descartaba.

«Aquí hay mucha tranquilidad desde que tus hermanas se casaron y Eleanor es excelente ocupando su tiempo. Tú, por otro lado...», señaló el libro abierto con encuadernación de cuero que tenía Demeter delante, cuyas páginas vacías parecían burlarse de ella, «pareces estar fingiendo que vuelves a ser una niña pequeña. Necesitas algo que mantenga ocupada tu mente ágil».

Demeter miró el pétalo de rosa que tenía en la mano y lo soltó con un suspiro. Era demasiado mayor para prensar pétalos. O pintar tazas de té. O bordar sus iniciales en pañuelos.

Pero no importaba. Porque tenía un plan. Se acabó el quedarse sentada y ser la hermana solterona aburrida y callada. Se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Esta temporada, todo sería diferente.

***

Blake se había despertado con muchas resacas a lo largo de su vida. De esas que te hacen desear no haber nacido o, al menos, no haber descubierto nunca las maravillas de beber grandes cantidades de alcohol.

Gimió mientras se daba la vuelta e intentaba levantarse de la chaise longue, con los ojos aún cerrados en un intento por calmar su cabeza palpitante.

Esta tenía que ser una de las peores.

Alguien le volvió a pinchar el brazo, y el agudo pinchazo en los músculos le dolió mucho más de lo que debería. Volvió a gemir y entreabrió un ojo. Le costó varios segundos enfocar su rostro. Siempre elegante, su madre, con sus plumas y satines, le hacía sentir como un hombre seco y gastado, a pesar de que acababa de cumplir treinta años. Estiró el cuello para verla mientras ella se inclinaba sobre él.

—Pobrecito —dijo ella con voz compasiva.

Él frunció el ceño, se giró sobre su espalda y cerró los ojos con fuerza. —No soy un pobrecito, madre.

—Creo que un poco de té con limón y un paño húmedo te ayudarán.

La oyó cruzar el salón, el sonido de sus zapatos sobre la alfombra se convirtió en ligeros golpes sobre la madera antes de que la campana de los sirvientes resonara por toda la casa.

Necesitaba algo más que té con limón y un paño húmedo. Necesitaba muchas más horas de sueño. Preferiblemente en una cama.

No sabía en qué momento se había quedado dormido en la chaise longue. Gran parte de la noche anterior era una nebulosa. Había estado celebrando el comienzo de la temporada con algunos amigos en White's, luego se había convertido en una improvisada ronda de copas en su casa y luego... bueno, todo se había vuelto oscuro después de eso.

Por lo que sabía, la mitad de sus amigos también podrían estar desplomados en varias sillas y camas por toda la casa, Dios sabe en qué estado de desnudez. Una madre no debería presenciar tales escenas.

Y menos aún *su* madre.

Por alguna maldita razón, la mujer se había empeñado en aparecer en los momentos más incómodos de la semana pasada. ¿No podía volver a ser la madre ausente a la que se había acostumbrado toda su vida?

Ella volvió a su lado y le puso los dedos fríos en la frente. Él hizo una mueca de dolor cuando le retumbó la cabeza, pero al cabo de un momento se sumergió en la agradable sensación de su toque tranquilizador. Podía contar con los dedos de una mano las veces que su madre lo había tocado con ternura. ¿Qué estaba pasando?

Él apartó su mano y ella chasqueó la lengua. «Te estás haciendo demasiado mayor para comportarte así, Blakey».

Si hubiera tenido los ojos abiertos, los habría puesto en blanco. ¿Acaso no se daba cuenta de eso? ¿No entendía que él sabía muy bien que cumplir treinta años significaba que las resacas lo dejaban fuera de combate durante un día y que su espalda no podía soportar una noche durmiendo en una chaise longue, aunque fuera la suya propia?

Había llegado a esa edad irritante en la que quería su propia cama, lo que hacía aún más difícil llevar una vida de libertino. ¿Cómo se podía ir de cama en cama cuando se deseaba desesperadamente tener una almohada y un colchón propios? Sonrió para sus adentros. No podía llegar a casa de una amante con una almohada en la mano, ¿verdad?

—¿Qué quieres, madre? —preguntó finalmente, arrepintiéndose al instante. Tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar.

—He venido a cuidar de ti, por supuesto —dijo ella con un tono dulce que contradecía la dureza habitual de sus respuestas.

Puede que no fuera duquesa ni condesa, pero con una fortuna familiar que se remontaba a la época medieval, tenía toda la educación y los privilegios que ello conllevaba. Nunca había visto a

su madre nerviosa por nada y, si no le miraba por encima del hombro, se lo hacía a otra persona.

Lo que le obligó a repetir la pregunta mientras cerraba los ojos para aliviar el dolor de cabeza. ¿Qué demonios estaba pasando?

«¿Por qué estás aquí realmente?».

Sus pasos se alejaron y un silbido trajo consigo un desagradable destello de luz a través de sus párpados cerrados. Se cubrió los ojos con un brazo.

—Como te dije, para cuidar de ti. —Unos dedos delgados le tocaron la mejilla—. Sabía que anoche te excederías. Siempre lo haces en tu primer día en Londres.

—¿Qué sabes tú de lo que hago? —murmuró, incapaz de ocultar la amargura en su tono.

Su madre había estado muy poco involucrada en sus treinta años en este planeta hasta hacía poco. No podía entender por qué de repente se interesaba tanto por él.

—No ignoro tu vida, Blakey.

—No me llamo Blakey.

Apartó el brazo de los ojos y se armó de valor para mirarla. Ella se inclinó sobre él. Su brillante cabello negro azabache, teñido solo con unas ligeras mechas blancas, estaba recogido en un alto turbante de seda y plumas. La preocupación arrugaba las comisuras de sus ojos.

Blake entrecerró los ojos. Quizás había llegado a la edad en la que todas las madres querían que sus hijos sentaran cabeza y tuvieran descendencia. Era la única explicación.

—Me preocupas —dijo ella en voz baja.

Él parpadeó. Las palabras casi sonaban sinceras. Pero eso no podía ser posible. Si no fuera porque era su madre, nadie diría que eran parientes. Sí, acudían juntos a extrañas reuniones sociales y se mostraban educados, pero eso era todo lo que había en su relación.

Hasta hace poco.

No sabía a qué se debía ese nuevo comportamiento cariñoso y maternal. Sin embargo, no iba a ser tan tonto como para aceptarlo sin más.

Aunque le resultara al menos un poco agradable. No recordaba la última vez que alguien se había preocupado realmente por él.

—Estoy bien, madre. O al menos lo estaré cuando me dejes en paz y me haya librado de esta resaca.

—Oh, no te voy a dejar, Blakey. Voy a cuidarte hasta que te recuperes. —Sacudió la cabeza y cruzó la alfombra persa para tirar de la larga cuerda de color crema y alertar de nuevo a los sirvientes —. Juntos, conseguiremos que vuelvas a estar en forma y saludable.

Él se dejó caer en la chaise longue y suspiró. Hoy iba a ser un día largo.

# Capítulo dos

Oh, no. De todas las personas que podían entrar en este club poco conocido, ¿tenía que ser él?

Demeter respiró hondo, resistió el deseo de tirar de su rígido cuello y centró su atención en las cartas que tenía en la mano. Había descubierto Pidgeon's durante una de las investigaciones en las que participó con sus hermanas hace varios años. Escondido en los oscuros recovecos de Londres, consideró que ese antro de juego era el lugar perfecto para empezar cuando se le ocurrió su plan.

Mantuvo una expresión neutra y la mente lo más en blanco posible. Solo importaban las cartas. No los cuatro hombres que jugaban contra ella, ni el tintineo de las copas a su espalda, ni el caballero que chocó con su silla al pasar por el estrecho espacio entre las mesas.

Y desde luego, tampoco Blake.

El señor Jacob Blake, heredero de una considerable fortuna dedicada a la construcción naval, dueño de una sonrisa ridículamente encantadora y un libertino consumado.

Ella le echó una mirada furtiva mientras él se entretenía en la puerta. Las cosas podían haber cambiado para ella durante el último año —dos de sus hermanas se habían casado y una estaba esperando un hijo—, pero Blake no había cambiado. Un año lejos de Londres solo lo había hecho más guapo y mucho más atractivo.

Incluso desde su posición en su visión periférica, se había dado cuenta de que había entrado. Podría culpar al hecho de que pocos hombres de la *alta sociedad* frecuentaban este infierno de juego —la razón por la que ella había venido aquí—, pero eso sería una gran mentira ridícula. La simple realidad era que Blake atraía la atención de las mujeres allá donde iba, y en ese momento atraía la suya.

¿Quién podía culparla? Su ropa estaba perfectamente cortada, diseñada para resaltar su complexión naturalmente musculosa. Su cabello ondulado, que le recordaba al chocolate caliente, brillaba con reflejos dorados bajo cierta luz. Como en ese momento. Su mandíbula era afilada, algunos podrían pensar que demasiado, pero

aquellos que lo pensaban aún no habían notado el hoyuelo juvenil en una mejilla que aparecía cada vez que se divertía.

En ese momento, no parecía divertido en absoluto. Más bien distraído. Él escudriñaba a la multitud y ella agachó la cabeza. Las posibilidades de que él la identificara eran escasas. Por un lado, dudaba que él la hubiera estudiado tan de cerca como ella a él y, por otro, su disfraz impediría que la reconociera.

De todos modos, todo eso era irrelevante. Se estaba haciendo tarde, tenía una mano excelente, los bolsillos llenos de monedas y una casa a la que tenía que volver sin que la detectaran. Tenía una razón para venir aquí, y desde luego no era para quedarse boquiabierta mirando a Blake. Sin duda, él estaría acostumbrado a que las mujeres se quedaran boquiabiertas mirándolo, pero ella no podía permitirse llamar la atención.

Echó un vistazo a sus cartas, fijándose en los pliegues desgastados que atravesaban la baraja descolorida, y luego miró a cada uno de sus oponentes. El hombre a su derecha no dejaba de mover la esquina de una carta. El hombre a su izquierda articulaba el número de su carta cada vez que sacaba una nueva. No creía que los dos hombres de enfrente, que eran los mejores jugadores, se hubieran dado cuenta y, aunque lo hubieran hecho, no tenían la capacidad de leer el sutil movimiento de sus labios como ella. Al menos, haber sido sorda de niña tenía algunas ventajas.

Sus oponentes fueron retirándose o igualando poco a poco. Ella miró la pila de monedas y billetes en el centro de la mesa. Aunque los clientes no eran precisamente de la alta sociedad, tampoco eran pobres, y tenían mucho dinero que perder. Los bolsillos de su chaleco ya pesaban por las ganancias, pero este bote sería una buena aportación a los fondos de la organización benéfica.

Desde el incendio, el Hogar para Niños Sordos Abandonados tenía dificultades incluso con las generosas donaciones de los miembros más ricos de la sociedad. La realidad era que las donaciones puntuales nunca eran suficientes. Incluso después de donar la mayor parte de la asignación que le daba su padre, el Hogar no llegaba a fin de mes, sobre todo después del devastador incendio que había sufrido hacía poco.

Pero unas semanas más en Londres y unas manos como estas, y apostaría a que tendría suficiente para amueblar al menos la sala de enfermos y contratar a dos enfermeras más.

Un movimiento llamó su atención. Blake se movió con cautela por el borde de la concurrida sala. Una mujer de cierta reputación lo detuvo, dejando que su mano se posara en su pecho.

La respiración de Demeter se aceleró. ¿Cómo sería ese pecho? Duro, sin duda. Los gruesos chalecos bordados no podían disimular la anchura de sus hombros. No es que él quisiera ocultarlo, de todos modos. Blake conocía bien el efecto que causaba en las mujeres y lo utilizaba en su beneficio. Rara vez pasaba una temporada sin que se involucrara con alguna hermosa viuda o elegante condesa, aquí en Inglaterra para escapar de su brutal marido.

Mujeres completamente diferentes a ella. Ella tenía toda la elegancia de una escoba robusta. Afilada, recta y útil, así era ella. No tenía astucia, curvas ni modales coquetos. Lo cual estaba bien. Después de todo, no quería llamar la atención.

Sobre todo cuando se disfrazaba de joven.

Él apartó la mano de la mujer y continuó su recorrido por el borde de la sala. Demeter exhaló y vio la sonrisa burlona del hombre pelirrojo que tenía enfrente. Dudaba mucho que él supiera realmente a qué se debía ese suspiro. Probablemente lo interpretaría como una señal de que ella iba a perder.

Qué equivocado estaba.

El Sr. Pelirrojo nunca sabría que había sido un suspiro de alivio porque Blake no se había liado con otra mujer más. Nunca sabría que era un suspiro nacido de pensamientos totalmente dolorosos, agonizantes y absurdos.

Un suspiro dedicado a la más ridícula de las emociones.

El amor no correspondido.

Durante muchos años intentó conquistarlo. Olvidar que él existía. Recordarse a sí misma lo tonta que era por adorar a un hombre al que apenas conocía, un hombre que difícilmente recordaría su nombre.

Bueno, tal vez pudiera ganar a la mayoría de los hombres en las cartas y mantener su vida secreta, bueno, secreta, pero no podía

vencer esa tonta y palpitante emoción que se apoderaba de su pecho cada vez que veía o incluso pensaba en Blake.

—¿Y bien? —la apremió el hombre corpulento a su derecha, cuyos dedos peludos apretaban con tanta fuerza las cartas que temblaban como el vigoroso aleteo del abanico de una dama.

Ella parpadeó, miró la mesa y enderezó los hombros antes de dejar las cartas sobre la mesa con una sonrisa triunfante.

Sus oponentes gruñeron.

***

Blake percibió el aroma de las lilas y resistió el deseo de perseguir la fragancia como un perro en una cacería. Había venido a ese antro de juego no para perseguir al sexo opuesto, sino para buscar información sobre su primo. El maldito y torpe investigador, el Sr. Long, se movía con toda la urgencia de una tortuga antigua. Blake supuso que no era la peor forma de describir al hombre. Pequeño, sudoroso y más redondo que alto, le hacía preguntarse por qué demonios lo habían recomendado tanto.

Al menos tenía alguna información, supuso. Su recién descubierto primo Foster pasaba tiempo con los propietarios de este antro abarrotado, cansado y mal ventilado y, si el investigador estaba en lo cierto, una de las damas allí presentes podría proporcionarle más información sobre la conexión entre su primo y estas personas. Fuesen quienes fuesen, difícilmente podían ser las personas más dignas de confianza.

Blake no era reacio a apostar ni un ápice, pero los que regentaban esos locales, especialmente en esa parte de Londres, alejados de miradas indiscretas, difícilmente serían el tipo de personas que mantuvieran las manos limpias. No le gustaría ser un cliente que les debiera dinero, eso estaba claro.

Junto a la puerta había un hombre con unos puños más grandes que la cabeza de un niño y unos hombros a juego. Había visto a varios hombres más en el balcón que rodeaba la antigua sala de reuniones y escondidos en varios rincones, todos tratando de mezclarse con el fondo mientras desprendían un aire amenazador que no dejaba lugar a dudas de que nadie podría escapar de las deudas contraídas allí.

Blake volvió a buscar el origen de la reconfortante fragancia de lila y exhaló lentamente. Prefería conversar con alguna mujer encantadora que se rociara con dulces fragancias con un único propósito —atraer la atención de los hombres— que perseguir información sobre Foster.

No había previsto pasar su primera semana de la temporada merodeando por los rincones de edificios en ruinas y evitando por completo las mesas de juego. No cuando sus otras opciones eran una invitación a cenar en la encantadora casa de la señora Day, tomar unas copas con lord Brooks o incluso una velada en White's. Vauxhall también estaría en pleno apogeo. Cualquier cosa era preferible a buscar a una mujer que no tenía intención de llevarse a casa.

Se apartó de una pelea que había estallado en una de las mesas. Los hombres se peleaban por las ganancias sobre la mesa de superficie pegajosa, derramando bebidas. Uno de ellos se abalanzó y las sillas cayeron al suelo con un ruido sordo. Si esto molestaba a alguno de los demás clientes, ninguno lo demostró.

Maldito su primo. Maldita esta situación. Este no era lugar para él, en absoluto. Podría estar disfrutando de una buena comida y coqueteando con una de las atractivas amigas de la señora Day o conversando con uno de sus viejos amigos de Oxford. Este era el tipo de lugar donde uno no jugaba por diversión y la gente que estaba allí, gente que echaba a perder su vida por una simple casualidad, eran unos necios.

Incluso el chico extremadamente joven y delgado que había visto era un tonto, aunque parecía estar haciéndolo bien, para gran disgusto de aquellos contra los que jugaba. Si Blake no supiera más, diría que el chico estaba haciendo trampa, pero su tez rosada y clara y sus ojos grandes y oscuros le daban un aire de inocencia que imaginaba que sus oponentes habían tomado como una debilidad que podían explotar. Por el aspecto de sus ganancias, sus oponentes lo habían subestimado mucho.

Pero eso no importaba. Él estaba allí para encontrar a una mujer. Solo por obtener información. Sacudió la cabeza para sí mismo. ¿Qué le había pasado? Había esperado con ilusión la

temporada por las mujeres, el ingenio y el vino. Ahora tenía que asistir a reuniones secretas y perseguir a investigadores privados inútiles.

Si no fuera porque se trataba de la herencia de la tía Iris, se habría marchado de allí y habría aceptado la llegada de este primo con su actitud relajada habitual. Pero toda esta situación apestaba más que una curtiduría. Parecía que Foster era efectivamente el hijo ilegítimo de su difunta tía y aún no podía creer que la tía Iris nunca le hubiera confiado tal hecho.

Aun así, no habría cuestionado el asunto si no fuera porque él había sido completamente excluido del testamento, mientras que Foster lo había heredado todo. Habría quienes pensarían que estaba resentido, dado que había salido perdiendo, pero tenía suficiente riqueza, incluso su bastardo padre se había asegurado de ello.

No, esto no tenía nada que ver con el dinero, sino con una cuestión de principios. La tía Iris tenía la intención de repartir su fortuna mucho más ampliamente que dársela a un hijo ilegítimo que había aparecido de repente tras su muerte. Había varias organizaciones benéficas cercanas a su corazón que iban a heredar, por no mencionar la iglesia de su finca y sus sirvientes favoritos. Ninguno de ellos vio un chelín según el testamento, y Blake tardó varios días en comprenderlo. ¿Le había convencido Foster de que abandonara sus planes de compartir su fortuna? ¿Había algo más siniestro? ¿Había sobornado al notario, tal vez?

Fuera lo que fuera, si el señor Long no podía llegar al fondo del asunto, tendría que hacerlo Blake.

El aroma de las lilas volvió y él enderezó la espalda. Una mujer con labios carnosos pintados de rojo y ojos muy delineados le puso una mano en el pecho y se inclinó hacia él. No se habría dado cuenta de que ella le había deslizado algo en la chaqueta si no hubiera sido por su mirada significativa. Para cualquiera que no estuviera presente, parecería que la pelirroja le estaba haciendo una proposición.

—Esa es la información —susurró ella al inclinarse—. Hay más si la necesitas, pero te costará más.

—Se la enviaré a través de Long —murmuró él—. Quiero toda la información que puedas conseguir.

Ella asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa sensual. —Puedo darte más que información si lo deseas.

Él cerró los ojos brevemente. Le encantaban las pelirrojas. Bueno, le encantaban todas las mujeres. Rubias, morenas, pelirrojas. Pero no tenía tiempo para coqueteos gracias al maldito Foster. «Quizás en otra ocasión».

Ella se encogió de hombros y siguió adelante. Un grito procedente de una de las mesas le impidió sacar el papel que ella le había metido en el bolsillo interior y miró al joven mientras este se guardaba las ganancias en los bolsillos.

El chico miró en su dirección y, cuando sus miradas se cruzaron, una extraña sensación, algo parecido al reconocimiento, lo atravesó. El chico abrió mucho los ojos y se apresuró a meter la moneda y los billetes de las promesas en la chaqueta de gran tamaño.

Blake entrecerró los ojos. Sintió un pinchazo en el estómago. Tenía un presentimiento sobre el chico.

Tocó brevemente el exterior de su bolsillo, buscando la forma de su posesión más preciada, y suspiró.

Blake nunca, jamás, ignoraba sus instintos.

# Capítulo tres

—Gracias, caballeros, ha sido un placer —dijo Demeter con el tono grave que había adoptado como parte de su disfraz mientras recogía sus ganancias, ignorando las mejillas rojas e hinchadas del caballero italiano que tenía enfrente.

Había sido más competitivo de lo que ella había previsto. Aun así, ella lo había vencido y mañana depositaría una cantidad considerable en las arcas del hospital para niños sordos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se detuvo a mitad de camino mientras guardaba las monedas en uno de los muchos bolsillos de su chaqueta y levantó la vista.

Su corazón dio un fuerte salto contra su caja torácica cuando se encontró con su mirada. Tragó saliva con dificultad.

*Blake.*

Se dirigió directamente hacia ella.

¿Seguro que no la había reconocido? Aunque habían pasado mucho tiempo juntos en sociedad, podía contar con los dedos de una mano las conversaciones que habían mantenido. Ella era muy reservada y él nunca le había prestado atención. ¿Por qué iba a hacerlo? Era una florero.

O peor aún.

Se mezclaba tan perfectamente con las paredes que era como si no existiera. Ella prefería que fuera así. Al menos así no tenía que conversar sobre temas aburridos como el tiempo, los nuevos papeles pintados de Lady Hartley o lo mucho más agradable que era este baile que aquel otro. Las palabras no siempre le habían resultado fáciles y prefería reservarlas para conversaciones interesantes y educativas.

Pero lo que menos le apetecía en ese momento era conversar con Blake, independientemente del tema. No podía descubrirla. No allí.

Cogió las últimas monedas, las apretó en su mano, se echó hacia abajo el feo sombrero flexible que se negaba a quitarse y se

alejó bruscamente de la mesa. Abriéndose paso entre la multitud, su corazón latía tan fuerte que lo sentía en la garganta.

Quizás él no venía a por ella. Quizás simplemente se dirigía en su dirección y era una coincidencia. Demeter no creía realmente en las coincidencias, pero las posibilidades de que él la identificara eran escasas. La tía Sarah la ayudó a preparar un excelente disfraz y, gracias a su esbelta figura, no fue necesario vendarle el pecho ni disimular su cintura curvada. Combinado con su marcada mandíbula, ni siquiera ella se reconocía como otra cosa que no fuera un joven cuando se miraba al espejo.

Metió las últimas monedas en el bolsillo exterior de su chaqueta y, manteniendo la cabeza gacha, se abrió paso entre una multitud de jóvenes excitados que olían a brandy y al aire inminente del dinero perdido.

Respiró hondo cuando salió a la calle frente al edificio. Las chimeneas echaban humo al cielo, atravesando el cielo despejado y salpicado de estrellas y ensuciando el aire. El resto de los edificios eran más pequeños que el de Pidgeon, todos construidos de forma desordenada, con tejados inclinados y paredes en ángulo.

Hubo un tiempo en que esta zona habría sido un pequeño pueblo con el casino como sala de reuniones, pero ahora la región había sido absorbida por Londres y barrios como este se habían convertido en el hogar de todo lo licencioso, incluyendo tabernas y burdeles. Sus hermanas se enfadarían mucho si supieran que estaba allí, pero la tía Sarah había prometido mantener su actividad en secreto. Además, nadie la molestaría por ser un hombre y, Dios lo sabe, sus hermanas habían hecho muchas cosas atrevidas en pos de sus investigaciones. Puede que esto no fuera intentar resolver un asesinato o capturar a un falsificador, pero tenía una noble razón para sus actividades.

Demeter mantuvo un ritmo rápido, deteniéndose solo brevemente para mirar atrás. Blake no se veía por ninguna parte y solo unas pocas personas permanecían en la calle, ninguna de ellas prestándole atención.

«Ahí lo tienes. Mira», se dijo a sí misma. «Todo va bien».

Ignoró la pequeña sensación de vacío en su corazón. Por supuesto que él no la había reconocido. Por supuesto que no iba a acercarse, quitarle el sombrero de la cabeza, inclinarla hacia adelante y besarla antes de declararle su amor eterno. El hombre no sabía que ella existía y ella había aceptado eso hacía mucho tiempo.

¿O no?

Se quedó quieta, frunciendo el ceño y tensando los hombros cuando un escalofrío amenazó con sacudirla. Mirando las sombras que resaltaban las lámparas encendidas en las pequeñas ventanas, negó con la cabeza. No estaba Blake, ni nadie más. Estaba siendo paranoica.

Respirando hondo, bajó la cabeza y siguió adelante. Su casa estaba a solo veinte minutos a pie de allí y lo había hecho varias noches esa semana. Nunca había tenido ningún problema y llevaba un cuchillo escondido por si lo necesitaba. Chastity le había enseñado algunas técnicas de defensa personal, por lo que no le preocupaba su seguridad, aunque la tía Sarah, que solía empujarla a ella y a sus hermanas a situaciones arriesgadas, se había mostrado preocupada por el viaje. Sin embargo, no podía pedirle el carruaje a su padre, ¿verdad? *«Oh, perdona, hermano, padre, ¿puedo disfrazarme de chico para poder hacer por fin algo emocionante con mi vida y ayudar a una causa que me importa mucho?».*

Resopló para sus adentros. Anton se enfadaría muchísimo. Su hermano era un hombre conservador que no podía creer que tuviera dos hermanas solteras y otras dos que se habían enamorado de la forma más inverosímil. Apostaría a que si alguien le contara lo que había estado haciendo, se pondría morado y se desmayaría.

De todos modos, nada de eso importaba. Nadie sabría la verdad detrás de sus generosas donaciones cuando llegara al hospital vestida como una dama adecuada, e incluso si volvía a ver a Blake, no había posibilidad de que él pensara que la recatada Lady Demeter Fallon haría algo tan atrevido como disfrazarse y ganar a los hombres más experimentados en el juego de las cartas. Ninguna posibilidad en absoluto.

***

En realidad, él debería seguir en el garito. Su prioridad era averiguar cómo demonios su primo había engañado a su tía para que le diera todo su dinero.

*No* seguir a un joven que era tan tonto como para pasear solo por esas calles con los bolsillos llenos de ganancias. Sin embargo, había algo en ese chico. Cuando había cruzado la mirada con Blake, el pánico se había reflejado en su rostro. Si eso no era motivo para sospechar del desconocido, el hecho de que le hubiera causado una ligera sensación de reconocimiento sí lo era. ¿Quizás lo había visto con su primo? Tal vez sabía algo sobre los negocios de su primo con los hombres que dirigían el club y temía que lo interrogaran. Fuera cual fuera la razón, Blake se encontró siguiéndole los pasos al chico flacucho.

Por desgracia, no era el único. Otros dos hombres lo seguían. Ambos habían estado merodeando por el club y él se había mantenido alejado de ellos, sospechando que eran carteristas. Tenían una mirada hambrienta en los ojos —y en sus cuerpos— que sugería que no les importaría maltratar a alguien por dinero.

Nadie con ojos podía dejar de notar la forma en que el chico había vencido a sus oponentes repetidamente, y Blake imaginó que apenas había perdido una sola mano por la pila de ganancias que se había metido en los bolsillos. No sabía cómo el chico se mantenía en pie cargando con tanto peso. Sus piernas flacas resaltaban por los pantalones oscuros, que le quedaban extrañamente bien, y una chaqueta que daba a entender que tal vez había pesado más en otro tiempo o que la había heredado de su padre. No sabía cómo un chico podía vencer a jugadores experimentados, pero Blake había visto suficientes tramposos como para saber que no había ganado por medios deshonestos.

Exhaló un suspiro y se mantuvo alejado de los dos hombres, avanzando en silencio por la calle. Había algunas personas merodeando por los portales o paseando por el centro de la calle desierta, por lo que dudaba que los hombres atacaran allí, pero si lo hacían, el chico no tendría ninguna posibilidad. Por muy hambrientos que estuvieran esos hombres, eran unos treinta centímetros más altos que él y su delgada complexión no le serviría de nada. Si

alguno de ellos lo agarraba, se imaginaba que lo partirían por la mitad.

Así que ahora iba a tener que intervenir y proteger al chico. Por razones egoístas, por supuesto. Quería hablar con él y averiguar por qué había actuado de forma tan extraña cuando sus miradas se habían cruzado. Sin embargo, no podía negar esa pequeña parte de él que creía haber dejado de lado hacía mucho tiempo, esa parte que no podía evitar defender a los menos afortunados que él. Sabía muy bien lo que era ser acosado, golpeado y humillado. No podía permitir que eso le sucediera a este chico de rostro inocente, aunque de alguna manera estuviera aliado con su primo.

El chico dobló una esquina y ambos hombres se movieron rápidamente.

Maldita sea. Ojalá su instinto se hubiera equivocado. Pero esa horrible sensación en el estómago nunca lo hacía. Siempre, siempre confiaba en su instinto y nunca le fallaba. Como aquella vez que el marido de Lady Grenville regresó a casa antes de lo previsto. O como este lío con su primo, que le provocaba una inquietud interior.

Esos hombres iban a atacar al chico y robarle el dinero. No tenía ninguna duda al respecto.

Blake se movió más rápido, doblando la esquina mientras los dos hombres agarraban al niño por la parte trasera de la chaqueta. Este soltó un chillido muy agudo que hizo que Blake se preguntara si el niño era más pequeño de lo que había pensado.

El chico se retorció contra el agarre que el hombre tenía en la parte trasera de su chaqueta y levantó sus pequeños puños cerrados. Blake negó con la cabeza. Si tuviera algo de sentido común, el chico entregaría todo su dinero y estaría agradecido de que no le tocaran.

El otro hombre metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y el niño le dio una patada. Le dio en la parte interior del muslo y el hombre soltó una dura maldición y levantó el puño.

—Vuelve a hacerlo y te daré una paliza —dijo el hombre herido, arrastrando ligeramente las palabras.

—Date prisa —le instó el otro hombre—. Antes de que venga alguien.

«Te cortaré si me tocas», siseó el chico mientras rebuscaba dentro de su chaqueta.

Blake tenía que reconocerlo. El chico tenía valor.

Apoyado contra la pared de la tienda de telas cercana, dejando que la luz de la farola lo revelara a los hombres, Blake esbozó una sonrisa torcida. «*Ha* venido alguien».

El hombre que sujetaba al chico volvió a maldecir y gesticuló violentamente. —Esto no tiene nada que ver contigo. Vete, a menos que también quieras una paliza.

Blake se apartó de la pared y se acercó. —Me temo que no puedo hacerlo.

El niño abrió mucho los ojos y luego bajó la mirada. Incluso en medio de un atraco, no quería mirar a Blake a los ojos. ¿Por qué? Sabía que había algo extraño en él.

«Esto no es asunto tuyo», dijo el hombre más alto, apretando los puños y volviéndose hacia Blake.

Blake no le dio oportunidad. No tenía ganas de perder el resto de la noche. Golpeó rápidamente, dándole directamente en la nariz y sintiendo el satisfactorio crujido del hueso. El hombre retrocedió unos pasos y se agarró la nariz. Incluso con la tenue luz, Blake vio sangre goteando entre sus dedos.

Antes de que pudiera ocuparse del otro hombre, el chico sacó un cuchillo del bolsillo interior y lo blandió violentamente de un lado a otro mientras intentaba girarse para atacar al hombre que aún lo sujetaba. Blake se apartó rápidamente, pero no antes de sentir el ligero pinchazo de la hoja en la mejilla. Agarró la muñeca del chico, apretó con fuerza y oyó cómo el cuchillo caía al suelo con un ruido metálico.

«Vas a matarte», murmuró, «y a mí también», antes de separar al chico y al hombre. Solo hizo falta un puñetazo rápido y fuerte en el estómago del hombre para que este se fuera por los aires.

Se giró, agarró al chico por el brazo y lo alejó unos pasos de los hombres tendidos en el suelo. Mientras luchaba contra el agarre de Blake, el sombrero se cayó de la cabeza del chico y unos largos mechones de pelo le cayeron sobre los hombros. ¿*Sus* hombros? Blake parpadeó varias veces.

«Eres una mujer».

Ella abrió mucho los ojos, se soltó de su agarre y huyó. Blake sacudió la cabeza, se agachó para recoger el cuchillo y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

«Una mujer», murmuró para sí mismo. Y una mujer muy concreta.

# Capítulo cuatro

Demeter se mordió la punta del pulgar y miró a su tía. La tía Sarah ocupaba la chaise longue como una dama de un cuadro dramático. Incluso su chal imitaba las grandes franjas de tela que solían llevar las mujeres desnudas. Afortunadamente, los días de desnudez de la tía Sarah habían quedado atrás, aunque, al parecer, en su juventud había habido muchas ocasiones en las que su tía había nadado desnuda en los lagos de la finca rural. Sin embargo, dudaba que aquellas diosas griegas pasaran el tiempo hablando con su gato y cepillándolo hasta dejarlo casi muerto.

Obligó a su atención a volver al libro que tenía en las manos, pero las palabras se difuminaron hasta desaparecer. Dada la propensión de su tía a las acciones audaces, no le sorprendería que Deméter lo confesara todo.

*«Prácticamente apuñalé a un miembro de la alta sociedad*», diría ella*. «Y probablemente él me reconoció».*

Pero tal vez no. Se había sorprendido al darse cuenta de que era una mujer, pero no había pruebas de que supiera quién era ella. Habían pasado exactamente cuatrocientos treinta y dos días desde la última vez que habían hablado. Lo sabía porque él le había murmurado un saludo en el baile de Berrington House, y eso había sido seis días antes de su cumpleaños. Tal vez había olvidado cómo era ella.

Pasó el dedo por el borde de la página una y otra vez. Puede que hubiera olvidado su rostro, pero seguro que si la volvía a ver, se daría cuenta de quién era.

Sin embargo, estaba oscuro. Y ella no parecía una dama, ni siquiera con el pelo suelto. Si él decía algo, ella podría simplemente declarar su inocencia y actuar como si él estuviera loco. Después de todo, ¿qué clase de hija de un duque se vestiría de hombre para ir a jugar con ese tipo de gente? Podría negarlo todo y él no podría cuestionar la palabra de una dama, ¿verdad?

—¿Ocurre algo? —preguntó la tía Sarah, mientras la cepillaba.

Simon, el gato, se retorció, lanzándole una mirada que indicaba que le molestaba la interrupción. El gato, casi completamente blanco, pasaba prácticamente todo el tiempo al lado de su tía desde que había aparecido en la puerta de su casa años atrás y su tía había declarado que debía de ser su difunto marido, que había regresado en forma de gato para consolarla. Aquella criatura llena de pulgas y medio muerta de hambre estaba muy lejos de ser el gatito mimado que ahora miraba a Demeter con lo que ella habría jurado que era fastidio.

Su tía no se sorprendería. Era muy difícil sorprenderla. Ni siquiera su confesión sobre la temporada pasada, cuando había corrido el mayor riesgo para su reputación, había sido suficiente para desconcertarla. Ni siquiera la declaración de Demeter de que iba a ser más atrevida, más emocionante y hacer cosas arriesgadas, como jugar a juegos de cartas *reales* con apuestas de verdad, la había sorprendido.

De hecho, su tía la había apoyado. Pero no estaba segura de querer admitir que ya lo había estropeado todo al dejar que su tonto enamoramiento por Blake la delatara. Ojalá no le hubiera mirado a los ojos. Ojalá hubiera huido en cuanto se escapó de las garras de aquel hombre. Pero no. Quería comprobar que estaba bien, comprobar que no le había hecho más daño del que temía a su hermoso rostro.

—Tía, yo...

La puerta del salón se abrió de golpe. Un lacayo siguió rápidamente a Eleanor y se colocó junto a la puerta con una leve expresión de irritación por no haber podido hacer su trabajo.

—Ya están aquí —declaró Eleanor, levantando los dedos manchados de aceite.

A pesar de su elegante vestido amarillo limón, su hermanastra tenía el aspecto de una trabajadora que acababa de salir de las minas, con rayas negras en la ropa y manchas en la nariz. El cabello que tanto le había costado domar en un moño estaba revuelto, con un halo de rizos enmarcando su rostro. Aunque Eleanor era unos años más joven que Demeter y no estaba tan cerca de los temidos

veintisiete —tan, tan cerca de la soltería oficial, real y verificada—, ambas compartían una visión similar de la vida.

Si podían evitar a la gente, lo hacían, aunque no habían elegido ser así. La vida las había obligado a seguir ese camino. Eleanor despertaba desconfianza a primera vista porque su madre era negra, y la gente trataba a Demeter como si fuera simple debido a su ocasional tartamudez.

Ingenuamente, Demeter no se había dado cuenta de lo mal que tratarían a Eleanor hasta el año pasado, cuando unos rumores espantosos dieron permiso a *la alta sociedad* para revelar sus prejuicios, hasta entonces ocultos, contra ella. Aunque su padre había intentado protegerla afirmando que era suya, la *alta sociedad* nunca la aceptaría por completo. Demeter tenía que estar agradecida de que lo peor que la gente pensaba de ella era que era estúpida.

Quizás lo era. Si fuera inteligente, pondría fin a su enamoramiento por Blake y nunca volvería a disfrazarse de chico. Pero, Dios mío, cómo lo había disfrutado. Hasta que todo salió mal. Tener las libertades de un hombre y medir su ingenio contra hombres que eran igualmente hábiles con las cartas le había proporcionado una emoción que ni siquiera le proporcionaba formar parte de un club de investigación con sus hermanas.

Por no hablar de los bolsillos. Dios, cómo echaba de menos esos bolsillos. ¿Por qué la ropa de mujer tenía tan pocos? Tenía algún que otro vestido con uno o dos bolsillos ingeniosamente disimulados, pero nada que ver con la gran cantidad que tenía en la chaqueta que llevaba.

—¿Me has oído? —Eleanor agitó una mano delante de la cara de Demeter—. Chastity y Cassie están aquí. —Su hermana se acercó a la ventana y apoyó las palmas de las manos en el alféizar, dejando manchas de suciedad en la pintura blanca—. ¡Chastity está enorme!

—Bueno, está a punto de dar a luz. —Demeter se levantó para asomarse a la ventana y ver a Chastity caminando por el sendero, con su vientre prominente bajo un espectacular vestido morado oscuro. Su marido, Valentine, se quedó a su lado y ella le hizo un gesto para que se alejara. Cassie y su marido les seguían, ambos

ridículamente guapos con su ropa de viaje. Al menos, con sus hermanas en la ciudad para la temporada, las cosas serían un poco más emocionantes.

Quizás dejaría de vestirse como un hombre. Al menos por un tiempo.

***

Maravilloso. Justo lo que necesitaba. El mismo hombre al que estaba tratando de investigar.

Blake se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa, echó un rápido vistazo a su reflejo en el espejo del pasillo y luego se volvió hacia su primo. Vestido con una chaqueta de excelente corte y pantalones ajustados, se preguntó dónde habría encontrado Foster un sastre dispuesto a trabajar tan rápido.

Probablemente le habían ofrecido crédito una vez que se anunció el testamento de su madre, pero eso significaba que Foster había dedicado poco tiempo al duelo y mucho tiempo a planear su debut en la alta sociedad.

Un sabor amargo le invadió la boca. La tía Iris se merecía algo mejor. Puede que el hombre dijera lo correcto y, hay que reconocerlo, ser el hijo ilegítimo y desconocido de una viuda rica significaba que no tenía una relación muy estrecha con su madre, pero lanzarse directamente a planear cómo gastar su dinero le revolvió el estómago. Simplemente, no era así como Iris quería que se utilizara su fortuna.

—Pensé que podríamos ir juntos al baile —propuso Foster con entusiasmo—. Tengo el carruaje. —Señaló hacia la puerta principal, con los guantes blancos ondeando en su mano, donde esperaba un landó abierto, con la pintura amarilla y negra brillando bajo el resplandor de las lámparas a ambos lados de la puerta.

Blake arqueó una ceja. —¿Cuándo lo has conseguido?

—Herriot lo estaba vendiendo. Lo conseguí por una miseria —su primo sonrió—. Apenas se ha usado.

Blake miró brevemente a su primo antes de recoger su sombrero y sus guantes del mayordomo. No sabía mucho sobre la vida de Foster antes de la muerte de la tía Iris, salvo que lo habían

escondido y mantenido después de haber sido concebido fuera del matrimonio de su tía.

Su elocución y su porte denotaban que había recibido una buena educación, y su piel sin marcas de viruela le indicaba a Blake que lo habían cuidado con esmero. Con su brillante cabello rubio, cuidadosamente peinado con pomada en rizos traviesos, y sus dientes blancos y uniformes, nada indicaba que Foster fuera otra cosa que un joven privilegiado, al menos igual a Blake.

Aunque, dado que Foster era ahora el heredero de la fortuna de Iris y Blake no heredaría nada en años si su padre tenía algo que ver, técnicamente Foster era superior a él.

Pero había algo en él que no le gustaba a Blake. Mucha gente diría que era porque Blake iba a heredar de su tía y, sí, las promesas incumplidas de su tía le dolían, pero había algo más que eso.

Foster era *demasiado* perfecto. Aparte de su ilegitimidad, no había ni un ápice de escándalo que se le pudiera achacar. ¿Cómo era posible que un hombre de casi treinta años no tuviera al menos una amante esperando entre bastidores para divulgar información sobre él? Según el investigador privado, se sabía muy poco sobre la vida de Foster antes de su aparición en Londres. El hombre bien podría ser un fantasma.

Un fantasma insípido, rápido en sonreír y ansioso que le recordaba demasiado a Blake a un golden retriever. Aunque él prefería un perro. Prefería los animales a hombres como Foster y su falta de personalidad. Le gustaban sus amigos imperfectos. Como él. Al menos así no tenía que sentirse aún más libertino de lo habitual.

Foster miró sus pies, con las mejillas ligeramente sonrojadas. —Yo... esperaba que no te importara presentarme.

Blake gimió para sus adentros. La sinceridad de la petición habría derretido incluso el corazón más helado. —Por supuesto que puedo —murmuró—. Pero iremos en mi carruaje. —No iba a viajar en un vehículo diseñado para llamar la máxima atención posible. No es que normalmente le importara llamar la atención, pero esa noche era diferente. Solo tenía una mujer en mente.

Con un poco de suerte, podría endosarle a Foster a alguna mujer soltera ansiosa de hacer fortuna y hablar con la dama en

cuestión. Podría dejarlo pasar, por supuesto, pero su curiosidad no se lo permitiría. ¿Por qué demonios la joven hija de un duque se disfrazaba de chico y ganaba a hombres experimentados en el juego?

Sacudió la cabeza mientras subían al carruaje y Foster daba un pequeño salto en el asiento. Primero tenía que lidiar con su primo y ahora con esta mujer salvaje. Su mano se llevó automáticamente a la herida de la mejilla.

Una mujer salvaje que casi lo apuñala. Ella era un desastre a punto de ocurrir. Si él no hubiera seguido su instinto sobre él, sobre ella, ella podría haber terminado muerta en una zanja en algún lugar, con su propio cuchillo vuelto contra ella.

Golpeó el techo y se acomodó en el asiento de cuero, resoplando y apartando uno de los cojines para prepararse para el viaje a Almack's. Las carreteras estarían concurridas, a pesar de la hora tardía, gracias a la multitud que pululaba por Londres, ansiosa por reunirse, cotillear y beber toda la noche. Normalmente le habría encantado unirse a ellos, aunque prefería beber a cotillear. Esta noche, sin embargo, tenía que estar en guardia. Por muy entusiasta e inocente que pareciera Foster, no podía quitarse esa sensación de encima. Su primo quizá ya se hubiera ganado el favor de varios miembros de la familia y de algunos de los habituales del club de caballeros, pero Blake no se dejaría engañar tan fácilmente.

Del mismo modo que no permitiría que Lady Demeter Fallon lo ridiculizara. Conocía su secreto.

Y quería saber más.

# Capítulo cinco

Demeter nunca había estado tan agradecida por el gusto siempre atrevido de la tía Sarah en cuanto a tocados. Esa noche, en Almack's, llevaba un turbante Gloucester recubierto de gasa blanca y tantas plumas de avestruz que imaginaba que había un avestruz corriendo por algún lado completamente desplumado. Era el escudo perfecto detrás del cual esconderse, sobre todo cuando anunciaron al señor Jacob Blake junto a su primo.

Sabía que él estaría allí. Por supuesto que lo sabía. Rara vez se perdía un baile y solía pasar toda la noche bailando con mujeres hermosas, pero una pequeña parte de ella esperaba que hubiera cambiado. Quizás había decidido que los bailes eran aburridos. Que ya no le gustaba bailar. Que iba a hacer de caballero rural por el resto de su vida y ella nunca más tendría que volver a verlo.

Naturalmente, lo echaría de menos, pero era mucho mejor echarlo de menos que tener que sentarse a esperar y rezar para que no la hubiera reconocido la otra noche.

Demeter se colocó al lado de su tía, moviéndose con ella cuando esta se giraba, de modo que las plumas siempre le impedían ver la escalera de caracol que garantizaba que todos los que entraban pudieran ser vistos por la multitud.

Blake disfrutaría del momento, mientras que Demeter lo odiaba. Todas las miradas fijas en ella le hacían desear fundirse en el suelo y deslizarse por las escaleras, gota a gota. Se atrevió a echar un rápido vistazo entre las plumas y apretó con fuerza su copa de ratafía, hasta que el tallo de cristal se le clavó en la palma de la mano.

Siempre estaba tan elegante con el traje de noche. Resaltaba su complexión fuerte y sus hombros, y la corbata perfectamente anudada enfatizaba una mandíbula que realmente debería estar esculpida en mármol. Ella no sería la única mujer que lo miraría, eso lo sabía muy bien. Sin duda, él acabaría en la cama de una de las viudas que estaban allí esa noche.

No debía ponerse celosa. Era la emoción más inútil que existía. Al fin y al cabo, ni siquiera sabría por dónde empezar con un hombre como Blake. Probablemente le tiraría la copa encima si él se atreviera a hablarle, tartamudearía unas sílabas y saldría corriendo.

Exhaló lentamente, sintiendo cómo sus inútiles estribos se tensaban con el esfuerzo. Menudo valor y audacia. Cuando se trataba del sexo opuesto, no era más que un ratón tímido, que huía temeroso de que siquiera la reconocieran.

—Hay algo extraño en ese hombre.

Demeter frunció el ceño y volvió a mirar a Blake. —No veo qué tiene de extraño.

—Tiene el pelo demasiado rubio —murmuró—. Nunca confío en los hombres con el pelo tan rubio.

Ah. Se refería a su primo. Demeter no sabía mucho sobre él, salvo que había aparecido recientemente, después de que su madre, la tía de Blake, muriera para reclamar su fortuna. Había quienes decían que Blake estaba muy molesto por no haber heredado y que ahora estaba prácticamente sin un centavo. Si era así, ciertamente no lo parecía.

Cuando llegó al final de las escaleras, Blake miró en su dirección. Sus miradas se cruzaron y el corazón de ella comenzó a latir con fuerza en su pecho. Se escondió rápidamente detrás de las plumas de avestruz. Maldición. ¿Cómo la había visto? Su aspecto oscilaba entre sencillo y vagamente bonito cuando se esforzaba, pero hacía tiempo que había aprendido a mezclarse con el fondo de todas las mujeres dramáticamente atractivas de la *alta sociedad*. Le sorprendió que él supiera dónde mirar.

Se lo había imaginado volviendo a casa esa noche, pensando en la mujer a la que había rescatado y sin poder recordar sus rasgos. *«¿De dónde la conozco?»*, se habría preguntado, y luego se habría encogido de hombros, concluyendo que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Pero la había recordado. Y se dirigía hacia ella.

—Tía Sarah, realmente debo...

Su tía la agarró del brazo de repente y con fuerza, apretándola tan fuerte contra ella que probablemente al día siguiente tendría un

moratón. Abriéndose paso hacia ella, Blake se detuvo brevemente para saludar con la cabeza y murmurar algunas palabras a varios asistentes. La brillante lámpara de araña que había encima hizo que Demeter entrecerrara los ojos para ver su ropa oscura entre el mar de cremas, rosas pálidos y morados. Ni siquiera debería estar mirando. Debería escapar. En ese mismo instante.

—Tía Sarah —protestó.

—No sé qué pasó la otra noche —murmuró su tía—. Pero desde entonces te comportas de forma extraña. Sé que quieres emociones fuertes, y esta es una forma mucho mejor de conseguirlas.

—¿Qué es?

—¡Bailar con el escandaloso Blake, por supuesto! —declaró su tía antes de esbozar una brillante sonrisa cuando Blake se acercó.

Inclinó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Demeter antes de saludar a su tía. —Señora Knighton, está usted radiante esta noche. —Su mirada se posó en Demeter—. Al igual que usted, lady Demeter.

Las palabras salieron con facilidad. Ella no debería sentir ningún placer al escucharlas. Podrían haberse dicho a cualquiera. Pero había algo en la forma en que él la observaba, como si conociera todos sus secretos con una simple mirada. Eso la hizo temblar.

¿Por qué tenía que ser tan terriblemente guapo? ¿Por qué tenía que hacer que se le doblaran las rodillas? Apareció ese hoyuelo y ella quiso pasar el dedo por él y averiguar exactamente por qué y cuándo había surgido.

—Es un placer, señor Blake. Usted también está muy elegante, por supuesto. —Su tía le dio un pequeño codazo.

—Bien...

¿Noche? Esa habría sido la respuesta adecuada. En cambio, se quedó callada, luchando contra el tartamudeo en su lengua. La mayoría de las veces, solo ocurría ocasionalmente. Había luchado mucho para articular las palabras correctamente después de quedarse sorda temporalmente cuando era niña. Esa noche, cada palabra que salía de su boca era como cuando tenía ocho años y sentía que tenía que volver a aprender todo lo que sabía.

«Bien», asintió él con una sonrisa. «Esperaba poder pedirte un baile».

—Oh, le encantaría —dijo la tía Sarah, empujándola hacia delante y haciéndola tropezar, de modo que, cuando extendió la mano para recuperarse, golpeó un brazo.

Un brazo musculoso y marcado, para ser precisos. El elegante corte de su chaqueta no le hacía justicia y ahora se preguntaba qué más ocultaba su ropa. Había visto suficientes estatuas como para saber que los cuerpos de los hombres podían ondular con los músculos e imaginaba que Blake era igual.

—Mira, ahora empieza un baile —declaró su tía mientras le quitaba la copa de la mano a Demeter. forcejearon brevemente, tirando una y otra vez, lo que hizo que la ratafía se derramara, hasta que su tía ganó con un tirón decidido.

Blake sonrió, una sonrisa que le llegó directamente al corazón. «¿Vamos?».

Ella no dijo nada y dejó que él la llevara a la pista de baile, incapaz de resistirse.

Dios mío, qué noche iba a ser aquella.

***

La mujer recatada y ligeramente sonrojada que tenía delante estaba muy lejos de la rebelde armada con un cuchillo con la que se había topado la otra noche. Si no supiera que no era así, creería que había sufrido un momento de locura y la había alucinado. O que, de alguna manera, se había equivocado y era otra mujer con la que se había encontrado aquella noche.

Pero nadie podía confundir esos ojos oscuros y grandes ni el delicado puchero de sus labios en forma de arco de Cupido, ligeramente enrojecidos por morderse constantemente el labio inferior. Era tan menuda que le daba ganas de atraerla hacia él y protegerla del mundo.

Todo en ella era pequeño. Desde su cintura hasta su barbilla puntiaguda, pasando por los dedos delgados que se acurrucaban tímidamente en los suyos cuando tomaban su posición en medio de la fila. Olía ligeramente a rosas y él echó de menos ese aroma inmediatamente cuando ella se alejó de él.

No podía decir que conociera bien a Lady Demeter Fallon. Habían pasado años en los mismos círculos y tal vez habían bailado una o dos veces, pero él prefería a las mujeres más atrevidas, más accesibles. Llegó a la conclusión de que su ligero tartamudeo, del que algunas mujeres se burlaban sin piedad, le impedía mantener muchas conversaciones.

Aunque sabía que ella asistía a los bailes, rara vez la veía bailar o siquiera la veía. Se fundía con las paredes como una perfecta flor de pared.

Entonces, ¿cómo demonios había acabado esta mujer jugando, ganando y empuñando cuchillos con toda la valentía de un guerrero?

Ella permaneció en silencio durante la primera mitad del baile. Él había anticipado que tal vez ella le suplicaría que guardara su secreto o al menos intentaría poner excusas, pero en cambio ella mantuvo la barbilla firme mientras se concentraba en los pasos. Cada vez que él intentaba captar su mirada, ella apartaba la vista y el rubor volvía a sus mejillas. Él no estaba acostumbrado a que las mujeres se mostraran tímidas con él.

Sin embargo, esto no era una actuación.

«¿Qué has estado haciendo desde que llegaste a Londres?», le preguntó cuando terminaron uno al lado del otro mientras los demás bailarines avanzaban en fila.

—N-no mucho.

—¿Jugando, tal vez?

Ella frunció el ceño. —No soy una niña.

No, no lo era. A pesar de su pequeña complexión, no había duda de la mujer que se escondía bajo el vestido rosa palo. Gracias a la magia de los corsés, sus pechos eran altos y evidentes, y distraían por completo. Ya había perdido el ritmo y conocía bien este baile. Demonios, conocía bien todos los bailes.

Al igual que conocía los pechos. No era como si nunca hubiera visto unos antes, de todas las formas y tamaños. Sin embargo, por alguna razón, los de Lady Demeter despertaban su curiosidad más que los muchos pares que se hinchaban bajo los vestidos en ese mismo momento.

Pero se preguntaba cómo serían los de Demeter al descubierto. ¿Cómo serían al tacto? ¿Sus pezones serían sensibles? Respiró hondo y centró su atención en el corpulento caballero que tenía enfrente y que sudaba tan profusamente que Blake temía que la pista de baile se volviera resbaladiza en poco tiempo y que hubiera muchos esguinces de tobillo al final de la noche. O eso, o el hombre sufriría un infarto allí mismo, lo que sin duda acabaría con cualquier pensamiento sobre pechos.

¿No es así?

Le echó una última mirada. Quizás no. Pero los pechos no eran la razón por la que le había pedido bailar. Quería saber más. No, necesitaba saber más. Y no solo para satisfacer su curiosidad. Si ella pasaba mucho tiempo en el casino, quizás sabría algo sobre los propietarios y su relación con su primo. Quizás incluso había visto a Foster alguna vez. Había varias razones para querer saber más sobre ella y ninguna tenía que ver con el sabor de sus pezones o con si gemiría cuando los tocara.

El baile terminó demasiado rápido. De alguna manera, se había pasado todo el tiempo fantaseando con ella desnuda en lugar de descubrir la verdad. Eso tenía que acabar en ese mismo instante.

Después de sacar a Lady Demeter de la pista de baile, le siguió sujetándole la mano y la llevó al fondo de la sala, donde un gran grupo de plantas les proporcionaba un poco de intimidad.

Ella le soltó la mano de un tirón. «No puedes arrastrarme así».

Ah. Ahí estaba. Ese indicio del chico, la mujer que había visto la otra noche. La rebelde armada con un cuchillo. Sabía que ella estaba allí, en algún lugar.

Se colocó delante de ella antes de que pudiera escapar, bloqueándola entre dos enormes helechos y su cuerpo. «Sé que fuiste tú».

«¿A qué te refieres?». Ella se apartó hacia un lado y él siguió sus pasos.

—La otra noche. Con el cuchillo y las cartas. —Bajó la voz—. Y vestida de chico.

Ella entreabrió los labios y él apartó la mirada. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo besable que era esa chica tímida?

«No tengo ni idea de lo que estás hablando».

—Sé que fuiste tú, mi señora. No soy tonto.

—No, pero estás loco.

«Yo no soy el que se viste como un miembro del sexo opuesto, es atacado y tiene que ser rescatado por un servidor».

—Podría haberlos defendido —soltó ella.

Él se permitió una sonrisa de satisfacción. «Así que admites que fuiste tú».

Ella bajó los hombros. —Está bien. Fui yo. Pero no se lo puedes decir a nadie.

—No lo haré. Pero quiero saberlo todo. Cada pequeño detalle sobre cómo pasas el tiempo en Pidgeon's y exactamente por qué una joven rica como tú haría algo así.

—¿Todo? —repitió ella, como si él le estuviera pidiendo que le desnudara el alma.

Él asintió, incapaz de ocultar la sonrisa de su rostro. De alguna manera, no le importaría que ella le desnudara el alma. Tenía la sospecha de que Lady Demeter Fallon era mucho más que una mujer que sufría los estragos de la pérdida de audición y la capacidad de adherirse a las paredes.

—Todo —dijo en voz baja.

# Capítulo seis

*Todo.*

No podía imaginar lo mucho que Demeter deseaba contarlo todo. Revelar todos sus secretos a alguien. A cualquiera.

Especialmente a Blake.

Mentir a sus hermanas —o al menos ocultarles cosas— no le sentaba bien, pero sabía cómo reaccionarían si les confesaba sus actividades nocturnas. Había sido testigo de la reacción de Chastity hacia Cassie cuando esta se vio envuelta en una peligrosa investigación el año anterior. Su sociedad de investigación, creada originalmente por su difunta madre para ayudar a otras mujeres, solía ocuparse de asuntos sencillos, como robos, pero Cassie había terminado enzarzada con unos criminales codiciosos que las habían amenazado a todas.

Y aunque su hermana mayor actuaba como madre sustituta para todas ellas, no podía hacer nada sin que la regañaran a su edad. Además, lo último que quería era preocupar a Chastity cuando estaba tan cerca del nacimiento de su bebé. Ya se preocupaba lo suficiente por todas ellas.

También estaba el asunto de sus sentimientos hacia Blake, sentimientos que estaban aflorando en ese momento. ¿Cómo no iban a hacerlo cuando él estaba tan cerca, tan guapo y vestido a la perfección? Cada vez que intentaba respirar, sentía como si le robasen el aire y tenía que luchar para poder inhalar. El aroma del sándalo y el aire fresco de la noche se aferraban a él, haciéndola sentir mareada. Le costó todas sus fuerzas no agarrarlo por los brazos y rogarle que la abrazara.

Él quería saberlo todo. Por supuesto, no lo decía en serio. Ella no podía revelarle todos los secretos de su corazón. Probablemente, el hombre saldría corriendo aterrorizado.

En realidad, quizá no fuera mala idea. Al menos así no tendría que explicarle por qué había estado en el casino la otra noche.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó él, con el rostro tan cerca que ella podría ponerse de puntillas y besarlo.

—Nada —respondió ella, manteniéndose firme sobre sus pies a pesar de la tentación.

Miró a su alrededor por encima de uno de los helechos, sintiendo varias miradas fijas en ella. La mayoría eran de su familia. Cassie le sonrió con entusiasmo, mientras que la tía Sarah hizo un gesto que estaba bastante segura de que podía considerarse lascivo. Puso los ojos en blanco.

Maravilloso. Ahora su familia tenía la esperanza de que surgiera algo entre ella y Blake. Improbable. Puede que él sintiera curiosidad por sus actividades, pero una vez que ella se lo contara todo, él se iría en busca de su próxima conquista.

Los libertinos como Blake no perseguían a las chicas tímidas como ella.

Él se giró para seguir su mirada. —Supongo que tu familia no sabe lo que has estado haciendo.

—No, y me gustaría que siguiera siendo así. Son muy protectores conmigo.

—Como deben hacerlo. ¿O has olvidado que te atacaron y que necesitabas que te salvaran aquella noche?

Sus ojos eran tan azules. A menudo se preguntaba por su color: el pelo oscuro con los ojos azules. Era como si Dios hubiera decidido añadir un poco más de perfección, solo para burlarse de todas las mujeres del mundo.

—¿Mi señora? —preguntó él.

—Oh.

Ella centró su atención en su corbata perfectamente anudada y en el pequeño alfiler de amatista que la sujetaba. Incluso eso la tenía hipnotizada. Se imaginó desabrochándola y acariciando la calidez de su cuello, tal vez incluso dándole un beso y sintiendo cómo se estremecía en respuesta. Dios mío, qué tonta se estaba poniendo.

Levantando la barbilla, inhaló aire en silencio y se obligó a mirarlo a los ojos con calma, como si se tratara de un adversario. Al fin y al cabo, él prácticamente la estaba amenazando con revelarlo todo si ella no explicaba su comportamiento. *Podría* considerarse un enemigo.

—No necesitaba que me salvaran. En realidad, no.

—No estoy de acuerdo.

—Tenía mi cuchillo —protestó ella.

—Que usaste contra mí —dijo él, señalando el rasguño en su mejilla.

Ella hizo una mueca de dolor. —Sí. Lo siento mucho. No era mi intención herirte. ¿Te duele?

—Es solo un rasguño, Demeter. Apenas duele.

Técnicamente se conocían lo suficiente como para que él la llamara por su nombre, pero aun así a ella le molestó, y sintió un pequeño vuelco en el estómago. —Aun así, parece que te dolió.

—Alégrate de que no te haya vuelto esa hoja contra ti.

Ella frunció el ceño. Era evidente que el hombre la consideraba realmente inútil. —Puedo defenderme sola, ¿sabes?

Enderezó los hombros. Sus sentimientos por Blake no iban a debilitarla. No lo permitiría. Y no dejaría que él la intimidara para que dejara de jugar. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía útil y, bueno, emocionada por la vida. Era una sensación inusual.

Él esbozó una sonrisa torcida. —Creo que mi cara preferiría que no volvieras a hacerlo en el futuro.

—¡Eso solo pasó porque te interpusiste en mi camino!

—Porque necesitabas que te rescataran.

—No necesitaba... —Exhaló un suspiro y cerró los ojos brevemente cuando vio a Chastity acercándose a su hermana y a su tía, y diciendo algo sobre lo guapos que estaban juntos.

—¿Podemos hacer esto en otro sitio? —suplicó—. La gente está hablando de nosotros.

Él siguió su mirada y luego la miró a ella. —¿De verdad?

Ella asintió.

Blake frunció el ceño y luego abrió mucho los ojos. —Ah. Lees los labios.

—Bueno, sí —murmuró ella, tirando del borde de una hoja de helecho entre sus dedos y alisándola con las yemas. Lo último que quería era hablar de su pérdida auditiva y de cómo seguía afectándole hasta el día de hoy. Ya parecía lo suficientemente tonta delante de él tal y como estaban las cosas.

—¿Damos un paseo por los jardines?

Ella miró hacia las puertas abiertas. Mientras permanecieran a la vista de las ventanas, nadie pensaría mal de ellos ni sacaría conclusiones precipitadas, a menos que se contara a la tía Sarah, por supuesto, que seguramente saltaría a la conclusión escandalosa más cercana. Pero al menos no la verían sonrojada y sonriendo como una debutante.

—Sí. Demos un paseo.

—Y puedes contármelo todo —le recordó él.

«Sí», mintió en voz baja. «Te lo contaré todo».

***

El aire estaba impregnado del aroma de los jacintos y los elegantes y amplios jardines de los salones estaban iluminados con más faroles que Vauxhall, lo que dejaba pocos rincones sombreados para las citas ilícitas.

A Blake no le impresionaba la falta de oportunidades para conocer mejor a una dama, pero hoy lo agradecía. Lady Demeter estaba muy lejos de las mujeres con las que solía relacionarse, sobre todo porque empuñaba un cuchillo y se disfrazaba de chico.

Muchos cotilleaban sobre su condición de solterona y su falta de perspectivas a pesar de su rango, y él tuvo que concluir que era inocente. Normalmente habría supuesto que alguien de su clase protegería su reputación con uñas y dientes, pero lo que había visto la otra noche echó por tierra esas suposiciones. Una mujer preocupada por su reputación no entraba sola y disfrazada en los garitos de juego.

Sin embargo, su aire ingenuo no se desvaneció con ese conocimiento. Podría ser su esbelta figura o el rubor perpetuo de sus mejillas. Fuera lo que fuera, apostaría a que era nueva en eso de ser atrevida, y sería un tonto si se involucrara demasiado con ella, por muy dulces y rosados que fueran sus labios o por mucho que sintiera cómo el calor de su baile penetraba en el fresco aire primaveral, extendiendo sus dedos hacia él como para atraerlo.

*Ven a tocarme*, le decía. *Ven a sentir el calor como es debido. Siente mi suavidad y acércate a mí*.

Apretó los dientes y señaló un banco de piedra escondido junto a una fortaleza de bojes cuidadosamente recortados. Ella se sentó, lenta y renuentemente, y él la oyó suspirar. No se confesó tan fácilmente como él esperaba. De hecho, se resistió en todo momento, a pesar de que ambos sabían la verdad de sus acciones. Él había imaginado súplicas, quizás algunas lágrimas. En cambio, ella le ofreció argumentos sobre su destreza con la daga.

No pudo evitarlo. Lady Demeter Fallon le intrigaba.

«¿Qué quieres saber?», preguntó ella, quitándose un guante de la mano, luego el otro, colocándolos cuidadosamente sobre su regazo y flexionando los dedos. Él miró los dedos largos y delgados y apartó cualquier pensamiento sobre cómo se sentirían contra su piel.

—¿Por qué estabas en Pidgeon's?

—Para jugar a las cartas, por supuesto.

—Por supuesto —repitió él—. Excepto que podrías jugar a las cartas en cualquier cena o con amigos.

—No por dinero, no puedo.

—Eso no es cierto. Conocía a muchas mujeres que se habían endeudado enormemente debido a su adicción al juego. No tenía ninguna duda de que una mujer tan hábil con las cartas como Demeter podía ganar grandes sumas de dinero de muchos miembros de la *alta sociedad*.

—Jugar con amigos es diferente.

—¿Necesitas dinero? ¿Por eso te disfrazaste? ¿Tu padre tiene problemas económicos?

—Oh, no, nada de eso. —Se miró el dorso de las manos y luego se llevó una a la boca para mordisquearse la punta de un dedo.

«Por Dios, mujer, no me lo estás poniendo fácil».

«¿Se supone que debo ponértelo fácil?», replicó ella.

Él apretó los labios para reprimir una sonrisa. Oh, le gustaba cuando ella hacía eso, lanzarle miradas fulminantes. Pocas mujeres lo hacían. La mayoría se derretía en sus brazos o se arrastraba sobre él para conseguir su riqueza o su cuerpo. Por lo general, no le importaba, pero empezaba a resultarle un poco tedioso.

—¿Por qué te importa? —continuó ella—. ¿Qué te importa lo que haga? No eres mi protector.

—Me apresuro a señalar que esa noche sí te protegí de esos hombres...

—Yo misma podría haberlos ahuyentado.

—Y sería una negligencia por mi parte permitirte continuar con ese comportamiento ahora que soy consciente de él.

—¿Permitirme? —Se giró para poder mirarlo directamente a los ojos—. ¿Permitirme? —Le dio un golpecito en el pecho con un dedo —. Tú, Blake, apenas me conoces. ¿Qué diablos quieres decir con «permitirme»?

Él le agarró el dedo y lo inmovilizó, haciéndola jadear. Su familiaridad no le sorprendió. Todo el mundo lo llamaba Blake, desde los miembros de más baja categoría de la alta sociedad hasta los de más alta. Y, como hija de un duque, ella podía llamarlo rata y él tendría que aceptarlo.

—Muy bien, lo he expresado muy mal. Lo que quería decir es que tengo el deber de advertirte contra ese tipo de comportamientos. Como caballero.

Demeter resopló. —Usted no es precisamente un caballero. —Le soltó el dedo y se volvió a meter las manos en los guantes. O al menos lo intentó. Sus dedos acabaron en los agujeros equivocados y las puntas blancas se movían de forma cómica mientras luchaba con ellos.

Blake le quitó el guante y le introdujo la mano con cuidado, colocando cada dedo en su sitio y bajando la seda por su delgado antebrazo. Sin decir nada, se ocupó del segundo guante y se lo colocó hasta el codo. Deslizó un dedo por el interior de la costura y ella se estremeció.

—Tienes frío —constató él.

—No.

Él la miró a los ojos. Su corazón dio un golpe repentino contra su pecho, una sensación tan inesperada que tuvo que tragar saliva. Escudriñó su mirada, aunque no estaba seguro de lo que buscaba. Respuestas, supuso.

¿Cómo era posible que nunca se hubiera fijado en esta mujer? Al menos, no como es debido. Por supuesto que se había fijado en ella. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era rica y pertenecía a la alta sociedad. Pero nunca se había fijado *realmente* en ella. Nunca había visto el fuego en sus ojos ni la determinación en su porte.

—No lo entenderías —dijo ella finalmente, en un tono tan bajo que tuvo que esforzarse por oírla.

—Quizá no.

Ella cerró los ojos brevemente. —Quería emoción.

Por supuesto que sí. Maldita sea. ¿No podía haber dicho otra cosa? Por ejemplo: *«Estaba siguiendo a un amante»* o *«Fue un accidente y no volveré a hacerlo nunca más, ni haré nada remotamente interesante, así que puedes olvidarte completamente de mí».*

«Y dinero», le recordó él, con la esperanza de que ella lo convenciera de que era totalmente aburrida. Quizá quería pagar nuevas joyas o algo totalmente predecible.

—Bueno, sí, eso también —entrelazó los dedos enguantados—. Soy madrina de un hospital infantil y recientemente han sufrido un incendio. Estoy intentando recaudar fondos para las reparaciones.

«Ah». Supuso que esa causa podía considerarse poco emocionante, pero también la hacía demasiado noble. «¿Así que te vestiste de chico para ganar dinero para tu organización benéfica y para vivir alguna emoción?».

Ella se encogió de hombros. «Supongo que sí».

—¿Lo haces a menudo?

—Solo lo he hecho tres veces hasta ahora.

¿Tres veces? Dios mío. Esa mujer era atrevida o estaba loca. Quizás un poco de ambas cosas. Y eso le gustaba demasiado.

—¿Lo volverás a hacer?

Ella levantó la barbilla. «Si no revelas mi secreto, entonces sí», dijo con firmeza. «Tengo muchas ganas de volver».

Blake se pasó la mano por la cara. Podía preguntarle sobre su estancia allí. Ver si sabía algo y luego desentenderse de ella. Al fin y al cabo, era su padre o su hermano quienes debían cuidar de ella,

no él. Se encontró con su mirada amplia y suplicante y gimió para sus adentros.

—Guardaré tu secreto —prometió—. Pero me deberás un favor.

Ella asintió con tanto entusiasmo que él se arrepintió de sus palabras, de su instinto de utilizarla en su beneficio. Su instinto le decía que ella le sería útil en su investigación sobre su primo, aunque aún no sabía muy bien cómo.

Su instinto también le advertía que no debía involucrarse más con esta mujer, aunque no podía imaginar cómo esta mujer dulce pero decidida podría causarle algún problema. Al menos, todavía no.

# Capítulo siete

—El señor Blake desea verla, señora.

Demeter se quedó paralizada con el trozo de tarta en la mano y miró al mayordomo, que no daba señales de que se tratara de algo inusual. Para él, supuso que no lo era, aunque las posibilidades de que cualquiera de ellas recibiera visitas masculinas eran escasas. Es cierto que habían recibido varias visitas esa tarde, lo cual era de esperar, dado que era el comienzo de la temporada, pero pocas eran de género masculino.

Vio que su tía y Eleanor intercambiaban una mirada y abandonaban rápidamente sus porciones de pastel en los platos. Se levantaron del pequeño grupo de sillas que habían arrastrado alrededor de la mesa de café después de que su hermano Anton y su esposa se marcharan.

Al parecer, al fin y al cabo no iban a estar solo ellas tres.

—¿Adónde vais? —Demeter agarró a Eleanor por la manga antes de que pudiera escapar.

Su hermana le dedicó una sonrisa cómplice. «Anoche bailasteis juntos. Ahora ya no me llama tanto, ¿verdad?».

Miró a la tía Sarah. «¿Tía?».

«Estaré en la habitación de al lado. Todo es perfectamente correcto».

Demeter frunció el ceño. Como si Blake hubiera hecho algo completamente apropiado en toda su vida. Sí, supuso que había algo vagamente atractivo en su actitud protectora de la noche anterior, pero eso no cambiaba nada. Recordó la ligera alarma en su rostro cuando ella admitió que ya había asistido al club varias veces. Si no hubiera temido que él revelara su secreto, tal vez incluso le habría gustado que se preocupara por ella.

—No creo que debas animarle, tía —dijo Demeter—. Es un libertino y todo el mundo lo sabe.

—Tengo un presentimiento sobre este hombre. —Los ojos de la tía Sarah adquirieron una mirada distante que Demeter reconocía muy bien.

—Oh, no —sacudió la cabeza enérgicamente—. No tienes ningún presentimiento sobre él. El señor Blake siempre ha sido un libertino y siempre lo será, y no me interesa en absoluto.

—Sí, querida.

—No es cierto —protestó ella.

—Lo sé. —La tía Sarah le dio una palmadita en el dorso de la mano—. Ahora quítate las migas del vestido. —Se inclinó y, antes de que Demeter se diera cuenta de lo que estaba haciendo, le pellizcó las mejillas.

—¡Ay!

—Mejor. —La tía Sarah miró a Eleanor, que asintió con la cabeza.

«Mejor».

Ambas salieron corriendo de la habitación y Demeter exhaló un suspiro, miró con tristeza la porción de tarta y se acarició el estómago. Más tarde, se lo prometió. Más tarde.

Antes de que pudiera recomponerse, el mayordomo regresó con Blake. Demeter no sabía decidir si le gustaba más con su traje de noche o con el de día. El chaleco verde esmeralda realzaba el ligero bronceado de su piel y combinaba a la perfección con sus pantalones color beige. Una cadena de oro colgaba de uno de los bolsillos, resaltando los bordados dorados del chaleco. Sus botas brillaban y tenía un aspecto impecable.

Y ella todavía tenía migas en la parte delantera de su vestido.

Se levantó e intentó quitar una discretamente, pero él se percató del movimiento y esbozó una sonrisa. ¿No era suficiente con que él ya la hiciera sentir completamente perdida cuando estaba cerca de él? ¿Tenía que sufrir además la humillación de parecer que había estado devorando pasteles como una vagabunda medio muerta de hambre? No importaba que eso se acercara a la verdad.

Después de entretener a gran parte de la sociedad ese día, había tenido poco tiempo para comer, y los delicados bocados que se esperaban de la hija de un duque difícilmente satisfacían el estómago vacío. Sobre todo después de una noche en Almack's, donde la comida era siempre desesperadamente sencilla por alguna

razón. Quizás las patronas no querían que los bailarines parecieran hinchados.

—No era mi intención interrumpir. Pensé...

«¿Qué haces aquí?», le preguntó antes de que él terminara la frase, echando un vistazo a la puerta abierta y viendo a su tía muy lejos del salón, sentada en una silla con un libro en la mano. La tía Sarah prácticamente había emparejado a su hermana Cassie con su marido, y sabía que su romántica tía estaba intentando hacer lo mismo con ella. Por desgracia, se llevaría una gran decepción al descubrir que la única razón por la que Blake estaba allí era porque había descubierto su secreto.

Le entregó su sombrero y sus guantes al mayordomo, que rápidamente los dejó solos, y luego ocupó el asiento que antes había ocupado su tía, como si fuera el dueño del lugar, sin esperar a que ella se sentara.

El mensaje era claro. *No te librarás de mí tan fácilmente.*

Dejando caer los hombros, se sentó junto a él, eligiendo el asiento más alejado. Él cogió un trozo de tarta ya cortado, lo puso en el plato y le cortó una generosa porción con un tenedor. —No sé tú, pero yo siempre tengo hambre después de una noche en Almack's —dijo antes de meterse la tarta en la boca y dejar caer algunas migas sobre su chaleco.

Ella esbozó una pequeña sonrisa. No era de extrañar que lo amara. Siempre se esforzaba por hacer que la gente se sintiera cómoda. Quizás era simplemente para ganarse el favor de los demás, pero a ella le gustaba pensar que era algo innato en él. Cogió el tenedor, tomó un trozo más pequeño de pastel y lo masticó delicadamente. Le echó una mirada de reojo. Si se lo permitía, podía imaginar que eran un matrimonio disfrutando juntos de una cena ligera.

Ridículo.

Dejó el tenedor con un ruido tan fuerte que oyó a la tía Sarah soltar un grito de sorpresa, se colocó las manos en el regazo y se quedó rígida. No se dejaría llevar por las fantasías.

—¿Qué quieres, Blake?

Él dejó el tenedor con suavidad, la miró fijamente y dijo: «A ti».

El mundo se detuvo. Su corazón se detuvo con un estremecimiento y no recordaba cómo respirar.

—¿Perdón? —logró susurrar.

—A ti —repitió él y se inclinó para tomarle la mano.

Sin fuerzas y sin poder resistirse, ella se lo permitió.

«Te quiero, Demeter. Te *necesito*». Su mirada cerúlea se clavó profundamente en la de ella. «Y solo a ti».

***

Los labios de Demeter se separaron, luego se cerraron y volvieron a separarse. Se movió en su asiento mientras unas manchas carmesí le salpicaban las mejillas. A Blake no debería gustarle ese aspecto nervioso y descuidado. Un par de migas de pastel cayeron por el corpiño de su vestido y una se quedó en su escote. El deseo de presionar un dedo contra su piel y recogerla hizo que una ardiente oleada de necesidad lo invadiera. O mejor aún, presionaría su lengua allí, renunciando a la necesidad de un dedo.

Podría tener cualquier número de mujeres, con vestidos mucho más atractivos que un simple vestido de día color crema, que lo mirarían con ojos sensuales y labios carnosos en lugar de ojos inocentes y boca abierta.

«¿Me necesitas?», susurró ella.

Él asintió. «Deseo...» *A ti,* quería decir, así que apretó los labios con fuerza en un intento por obligar a su cerebro a funcionar de alguna manera.

Nunca en su vida había seducido a una inocente y no iba a empezar ahora. No se acostaba con damas como Demeter. No. Se casaba con ellas. Y él no tenía ningún deseo de hacer tal cosa. Absolutamente ninguno.

«Tus habilidades», logró decir finalmente tras un silencio interminable.

Ella frunció el ceño. «¿Mis habilidades?».

Él asintió. Así estaba mejor. Solo tenía que concentrarse en la verdadera razón por la que estaba allí e ignorar a esa miserable migaja. —Quizá recuerdes que te pregunté por las idas y venidas en el casino ilegal.

—Sí. Me pregunté por qué.

—Mi primo...

—El que heredó en tu lugar. Ella se encogió de hombros ligeramente—. Toda la sociedad *está* hablando de ello.

—Sí —dijo él con tono seco. No le importaba mucho lo que los demás pensaran de él. No le había importado desde que se había hecho adulto y se había liberado del férreo control de su padre. Demonios, tenía suficientes inversiones inteligentes para mantenerse hasta que su padre finalmente abandonara este mundo mortal y no necesitaba el dinero de su tía, como la mayoría de la gente debería saber. Pero, por alguna razón, el juicio que ella hacía de él le dolía. —Mi primo está tramando algo.

—Parece un tipo agradable, aunque un poco excitable.

—Hay algo que no cuadra en toda esta situación. —Se presionó el abdomen con un dedo—. Lo siento en las tripas.

«¿Estás seguro de que no es porque ahora estás sin un centavo?».

—No estoy sin un centavo, maldita sea. No sé cómo empezó ese rumor —murmuró.

«Debe de haber sido muy duro que te excluyeran del testamento», dijo ella con tanta suavidad y simpatía que él casi deseó estar de acuerdo con ella solo para que ella le acariciara los hombros con una mano reconfortante o tal vez le diera un pequeño beso en la mejilla.

Blake frunció el ceño. ¿Qué le había pasado? ¿Era eso la madurez? ¿Desear caricias suaves y besitos? Dios mío, estaba prácticamente preparándose para la tumba.

—No me molestó —espetó—. No necesitaba el dinero. Sin embargo, sé que mi tía no tenía intención de que todo fuera a parar a un solo hombre, y menos aún a uno que ninguno de nosotros conocía.

—Debió de ser un shock.

«Lo era, pero eso no viene al caso». Frunció el ceño. No había previsto tener que convencerla de que sus instintos sobre Foster eran acertados. Lo sabía, en lo más profundo de su alma. «Hay algo extraño en él. He contratado a un investigador privado para que lo

investigue y parece que se le conoce por relacionarse con los propietarios de ese antro de juego. Por eso estaba allí».

—Ya veo —dijo ella frunciendo los labios—. No sería el primero ni el último en pasar tiempo en un garito.

—Bueno, se reunió con ellos recientemente. Parece conocer bien a los hombres que están allí y me parece extraño. Está tan interesado en ser aceptado en la sociedad, ¿por qué pasa tiempo con esos hombres?

«¿Quizás les debía dinero?».

—Y volverá a reunirse con ellos la semana que viene.

«¿Cómo sabes todo esto?».

«Me lo dijo una mujer».

Ella se tensó. «¿Una mujer de cierto tipo, tal vez?».

«Tenía razón sobre la primera reunión», señaló él.

«¿Y supongo que le pagaste por esta información?».

—Por supuesto.

«Entonces, podría estar mintiéndote simplemente para conseguir tu dinero».

«No me engañan tan fácilmente».

Ella resopló. «Pon a una mujer atractiva delante de un hombre y su ingenio suele quedar reducido a papilla».

—Mi juicio es totalmente estable, créeme.

—Solo digo que podría estar intentando sacar provecho de la nada. —Se encogió de hombros—. No serías el único que ha pagado por información falsa.

Lo dijo como si supiera algo sobre el tipo de intercambio en el que él había participado con la prostituta, pero él no podía imaginar cómo una mujer como Demeter podría estar involucrada en una situación así. No, estaba sacando conclusiones precipitadas. Tenía que concentrarse.

—Yo presencié la reunión. No hubo intercambio de dinero, así que no creo que fuera para saldar sus deudas. Tampoco lo amenazaron. —Sacudió la cabeza. Seguir a su primo hasta el lugar de la reunión, junto al muelle, había sido frustrante, por decir lo menos. No había podido oír nada de lo que se dijo ni deducir nada de lo que había presenciado.

—Sigo sin estar seguro de qué quieres de mí.

—Quiero que vengas conmigo a la próxima reunión y leas sus labios.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —¿Leer sus labios?

«Mi instinto me dice que está tramando algo y quiero saber qué es».

«¿No podrías simplemente preguntárselo?». Ella ladeó la cabeza. «Según mi experiencia, la mayoría de la gente no desea realmente guardar secretos. Quizás tenga algún tipo de problema y le vendría bien alguien que le escuchara».

Pero, por supuesto, ella no veía nada siniestro en todo el asunto. Demeter era inocente.

Aunque no del todo inocente. Al fin y al cabo, él la había descubierto en Pidgeon's.

«No. Está tramando algo».

—¿Así que quieres que vaya a una reunión secreta, lea los labios de un hombre probablemente inocente y te informe? ¿Todo porque tu *instinto* te dice que algo va mal?

—No me informarás. Y mi instinto siempre tiene razón.

—¿No lo haré?

—No. Estaré contigo.

«¿Estarás conmigo?», repitió ella.

«¿Es tan difícil de entender?».

«¿Solo?».

«Estarás perfectamente a salvo».

Ella soltó una risita. «Por supuesto que lo estaré».

Blake no entendió lo que quería decir con eso y no quiso preguntar. —Me lo debes, Demeter. No lo olvides.

Ella pasó un dedo por el borde de encaje del mantel, siguiendo los remolinos una y otra vez. Él contuvo la respiración y esperó, sin poder creer lo mucho que necesitaba que ella dijera que sí.

Finalmente, ella lo miró. —Supongo que no tengo mucha elección.

«No la tienes», asintió él.

«Muy bien, entonces. Soy toda tuya». Hizo un amplio gesto con la mano. «Úsame como mejor te parezca».

Él contuvo un gemido. Maldita sea su imaginación traviesa.

# Capítulo ocho

La lluvia del día anterior había dejado la hierba un poco húmeda, pero eso no disuadió a gran parte de la población de Londres de acudir en masa a Hyde Park. Suaves nubes salpicaban el cielo, prometiendo no entorpecer el día brillante y soleado. Demeter estaba agradecida por el buen tiempo. Necesitaba su paseo diario y eso había resultado imposible con la llovizna intermitente de los últimos días. Cada vez que se ponía la pelisse, el cielo se abría.

Grupos de personas salpicaban el parque, algunas con sillas y mantas para sentarse tranquilamente junto al río, mientras que otras caminaban lentamente por los sinuosos senderos. Las risas de los niños, el clop clop de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas de los carruajes obligaban a ella y a sus hermanas a levantar la voz de vez en cuando cuando pasaban.

Su grupo ya había crecido desde la reunión familiar de su hermano Anton y su esposa Eliza, sus hermanas, sus maridos y la tía Sarah. Varias madres estaban interesadas en que sus hijas pequeñas entablaran amistad con las hijas del duque, y también se habían reunido algunos viejos amigos. Hoy eran casi veinte. La conversación giraba en torno a ella, en gran parte dirigida a Chastity y su próximo parto.

Demeter reprimió un estremecimiento. A veces, sentía como si ella misma hubiera estado confinada durante gran parte de su vida. Su forma de hablar le impedía hablar en grandes grupos y, de todos modos, no estaba segura de que le importaran las charlas. Demeter prefería caminar antes que cotillear o ponerse al día. Sus pies se movían inquietos dentro de sus robustas botas.

—Puedo acompañarte si quieres —dijo Chastity con una sonrisa cómplice.

—Deberías sentarte —murmuró su marido—. Déjame traerte una silla.

Chastity hizo un gesto con la mano. —Ya estaré sentada mucho tiempo dentro de poco. Déjame disfrutar de estar de pie un rato más. —Su expresión se suavizó al ver la preocupación que arrugaba

el ceño de Valentine—. No haré ninguna tontería, lo prometo. —Se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

Las arrugas desaparecieron al instante y los ojos del hombre de aspecto severo se iluminaron con amor. El conde de Kendall no era el hombre que Demeter habría elegido inmediatamente para su hermana, pero era un auténtico caballero y la amaba más allá de toda distracción. De alguna manera, funcionaban perfectamente juntos.

«Dentro de un momento daré un paseo con la tía Sarah», explicó Demeter. «No es necesario que me acompañes».

Chastity suspiró y se frotó el estómago con la mano. —Supongo que no podré seguirte el ritmo. Siempre caminas muy rápido.

—El ejercicio es importante. —Nunca volvería a permitirse enfermar, no como cuando era niña.

—También lo es pasar tiempo con tus hermanas. —Chastity le dio un golpecito en la nariz a Demeter con el dedo.

—Pronto tendremos todo el tiempo del mundo —le recordó—. Cuando estés de baja por maternidad.

Su hermana gimió en voz alta. —Lo sé. Qué mala suerte que coincida con la temporada. Me volveré loca de aburrimiento.

«Te visitaré todos los días», prometió Deméter.

—Yo también —añadió Eleanor, y Cassie asintió.

«Puedo traer a Simon», sugirió la tía Sarah. «Es una compañía excelente. Parece que está mudando un poco con el calor, pero no te importa un poco de pelo de gato, ¿verdad, Chastity?».

—Sí —murmuró Valentine.

«Tía Sarah, ¿me acompañas a dar un paseo?», se obligó a preguntar Demeter antes de que la conversación continuara. A este ritmo, nunca terminaría su paseo y, si no lo hacía, se sentiría aburrida y sedentaria.

Por no hablar de nerviosa.

Era una tontería sentirse así, como si cada fibra de su ser hubiera cobrado vida, solo porque Blake quería su ayuda. Solo porque ella había prometido ayudarlo. De todos modos, hacía dos días que no lo veía y probablemente él ya se había olvidado de la promesa que le había arrancado.

Exhaló un suspiro. Si era sincera consigo misma, no había sido una gran lucha. ¿Cómo podía rechazarlo? No podía permitir que revelara sus travesuras —la familia apenas había sobrevivido a un escándalo inventado el año pasado—; no podía traer esos chismes a la familia también esta temporada.

Sin embargo, tampoco quería dejar sus actividades secretas. La idea de otra temporada por delante la hacía estremecerse. Si no hacía algo más que aferrarse a las paredes y enterrar la cabeza en los libros o cualquier otra cosa que pudiera encontrar para distraerse, podría volverse más loca que una Chastity confinada.

La tía Sarah pasó el brazo por el de Demeter. —Vamos, entonces. Hagamos ejercicio y luego podré sentarme a comer. —Miró con tristeza la mesa que habían preparado los sirvientes, repleta de fruta fresca y delicadas galletas de mantequilla.

La tía Sarah tenía debilidad por las galletas, aunque Demeter prefería la comida sustanciosa, cualquier cosa que la mantuviera sana. Ya había sufrido los estragos de una grave enfermedad una vez; no tenía ningún deseo de volver a sufrirla.

De todos modos, su necesidad de dar un paseo era doble. Necesitaba el consejo de la tía Sarah. A menudo, los consejos de su tía no eran más que una larga historia sobre algún escándalo. Demeter no sabía cómo era posible que la tía Sarah siguiera siendo aceptada en la sociedad, pero tal vez las historias estaban adornadas. Nunca se sabía. Sin embargo, necesitaba hablar con *alguien.*

Demeter marcó el ritmo, asegurándose de que caminaran lo suficientemente rápido como para que su ritmo cardíaco comenzara a acelerarse. Las gruesas faldas que le llegaban hasta los tobillos le impedían un poco el movimiento, al igual que la pelisse ajustada y la sombrilla. En el campo, llevaba un vestido más sencillo y prescindía de cualquier accesorio, pero en Londres tenía que mantener las apariencias. Incluso el sombrero le apretaba la cabeza, con los alfileres clavándose con tanta fuerza que le pinchaban el cuero cabelludo de vez en cuando.

—Bueno —dijo la tía Sarah—, cuéntame todo sobre tu conversación con ese delicioso señor Blake.

Demeter exhaló un suspiro y vio la sonrisa pícara de su tía.

—¿Tan interesante fue? —La acercó a ella—. Cuéntamelo todo.

***

«¿Quién eres y qué has hecho con Blake?».

Blake levantó la vista de la carta que tenía delante y vio a Ashford ocupando toda la puerta del salón. Ridículamente alto, el hombre rubio llamaba casi más la atención que Blake. No es que a él le importara ese hecho. Juntos atraían a las mujeres como moscas a la miel.

«No veo cuál es el problema». Blake apartó la carta, dejó la pluma y se crujió los nudillos. Por mucho que se devorara las investigaciones sobre su primo o escribiera cartas exigiendo más información, no servía de nada. El linaje de su primo no ofrecía dudas. Lo que significaba que el instinto de Blake podía estar equivocado.

No.

Nunca.

Ashford se acercó, dejó su sombrero sobre el gran escritorio con tapa de cuero y señaló la pila de cartas, algunas selladas con lacre, otras abiertas y arrugadas por la cantidad de veces que Blake las había leído y releído. —Tú. Escribiendo cartas. Al mediodía.

—Lo creas o no, Ash, se sabe que he escrito alguna que otra carta.

—No en la segunda semana de la temporada, y no cuando habíamos planeado ir juntos a Hyde Park y ver qué delicias nos ofrecía. Ash se apoyó en el escritorio y cruzó los brazos. —Y está el pequeño asunto de que te fugaste con la hija de un duque en Almack's la otra noche. —Extendió una mano y miró sus uñas, que, como de costumbre, estaban impecablemente cuidadas. Se las limpió con la chaqueta de lana verde oscuro y luego miró a Blake a los ojos. —Muchos lo vieron.

—No hice nada malo. Estuvimos a la vista del edificio en todo momento. Vamos, Ash, tú me conoces mejor que nadie.

—Tienes razón. Te conozco. —Se apartó del escritorio—. Y, por lo general, a estas alturas ya te habrías encontrado una viuda atractiva. Sé que he estado tratando de persuadirte para que refines

un poco tus gustos, pero ¿la hija de un duque y solterona? Eso es buscar problemas.

—No seduje a la mujer —espetó Blake, echando la silla hacia atrás y apoyando las manos en el escritorio—. Solo tuvimos una conversación.

—¿Así es como lo llaman ahora?

—Por Dios, Ashford. ¿De verdad piensas tan mal de mí?

Ashford sonrió con aire burlón, con sus ojos azules brillando. Se conocían desde antes de la universidad y Blake debería saber perfectamente cuándo Ashford estaba bromeando. Sin embargo, últimamente sus conversaciones habían cambiado de tono. ¿Acaso Ashford estaba... preocupado por él? Primero su madre intentando cuidar de él y de su amigo. ¿A dónde diablos iba a parar el mundo?

«Mira, Lady Demeter Fallon es una chica encantadora. Todo el mundo lo sabe. Si te atrevieras a burlarte de ella, su hermano te retaría a un duelo y no tengo ningún deseo de hacerte de padrino. Eres un tirador pésimo».

—Soy mucho mejor tirador que tú —replicó él.

—Solo te digo que tengas cuidado. Vi cómo la mirabas.

Blake frunció el ceño. —¿Cómo la miré?

Ashford se encogió de hombros. —Es difícil de decir. Pero nunca antes te había visto mirar así a una mujer.

—Probablemente porque no tenía intención de seducirla. —Blake se levantó de su asiento e hizo un gesto al lacayo, que se apresuró a ir a buscar su sombrero y sus guantes—. Solo estábamos conversando.

Ashford arqueó una ceja. —Si tú lo dices...

—Maldita sea, Ash. ¿No se me permite hablar con una mujer?

—Sí. Y te animo a ello. No te haría ningún daño conocer a una mujer. Pero ¿tiene que ser ella?

En realidad, sí. Pero no podía decirle a su mejor amigo por qué, o acabaría revelando su secreto. Podía ser muchas cosas, pero no rompía promesas, y había jurado guardar su secreto. Además, Ashford no tenía nada que temer. Lady Demeter podía ser guapa y bastante atrevida, en cierto modo discreto, pero no era su tipo habitual. Lo que le había pasado en el baile hacía tiempo que había

desaparecido. Quizá simplemente porque llevaba abstinente... ¿cuánto? ¿Cinco meses?

Dios mío, cinco meses. No era de extrañar que se hubiera obsesionado con sus pechos, con su olor o con su sabor.

Miró a su amigo con firmeza. —Fue una conversación. Nada más. —Cogió el sombrero del lacayo, se lo caló en la cabeza y se enfundó los guantes con más agresividad de la necesaria.

Ashford negó con la cabeza. —No me gusta. —Le hizo un gesto con la mano—. Estás diferente esta temporada.

—¿No decías tú que debía ser diferente? ¿Qué era...? ¿Que debía buscarme una amante o elegir mujeres que no fueran a saltar de mi cama a los brazos de otro después de una noche?

—Sí, eso es lo que he dicho, y lo mantengo. Te vendría bien conocer de verdad a alguna de tus amantes. Siempre te fijas en mujeres que son... ¿cómo se dice? —Giró un dedo en el aire.

—¿Atractivas? ¿Seductoras? ¿Con experiencia?

«No. Del tipo que nunca, jamás, tendrás que llegar a conocer».

«¿Por qué iba a querer hacerlo?».

«Te lo estás perdiendo, Blake». Ashford le dio una palmada en el hombro. «Qué maravillas se pueden descubrir cuando uno conoce a una mujer».

—Ahora me dirás que debería casarme —murmuró, apartando la mano de su hombro.

—Dios, no. Nunca. El matrimonio es la institución más idiota que el mundo podría haber concebido jamás —suspiró Ashford—. Lo único que digo es que últimamente pareces algo insatisfecho y no puedo evitar pensar que tiene que ver con la calidad de las mujeres con las que has estado pasando el tiempo. ¿Por qué no conoces realmente a una de tus amantes?

Su madre le salvó de tener que responder cuando entró apresurada por la puerta, con una larga bufanda de punto en la mano. —Oh, qué bien, aún no te has ido.

«¿Vienes tú también, madre?», preguntó, ignorando la mirada desconcertada de Ashford.

El hecho de que su madre estuviera en su casa era inusual, como él bien sabía. No era de extrañar que Ashford estuviera

confundido. Por lo general, durante la temporada, se relacionaban en diversos eventos y ahí quedaba todo. Por alguna razón, ella lo había llamado temprano ese día y se había quedado merodeando, observándolo de la manera más extraña. Entre ella y Ashford preocupándose por él, esta temporada iba a ser muy extraña.

—Voy a pasear con Lady James, pero debes ponerte esto. —Se abalanzó sobre él antes de que pudiera retroceder, le dio varias vueltas al pañuelo alrededor del cuello y tiró de él con tanta fuerza que sintió que la sangre le subía a la cabeza—. Esta primavera ha sido inusualmente fría. No quiero que te pongas enfermo.

Él tiró de la bufanda, pero fue en vano. Fuera lo que fuera lo que ella le había hecho, la había atado con más eficacia que su ayuda de cámara con la corbata. Quizás debería contratarla a ella en su lugar.

«Hoy no hace frío, madre», dijo lentamente. «Estaré perfectamente bien».

—Este tiempo es muy impredecible. —Se acercó a la ventana para mirar el cielo, casi completamente azul—. Creo que va a llover más tarde. Debes volver a casa si empieza a llover.

Blake se mordió la lengua para no responder. En realidad, su madre debería preocuparse por su propia salud. Aunque no era una mujer delicada, tenía una edad en la que una ola de frío podría matarla. Sin embargo, dudaba que ella apreciara que él se lo señalara.

—Nos vemos más tarde, madre —dijo en su lugar, señalando con la cabeza a Ashford, que había observado la conversación con las cejas arqueadas.

—¿Qué pasa con tu madre? —preguntó Ashford mientras montaban a caballo.

Blake negó con la cabeza. —No tengo ni idea. Sigue intentando... mimarme, supongo.

«Creo que unos años demasiado tarde».

Él asintió y dio un tirón a las riendas. En realidad, demasiado tarde, décadas demasiado tarde. Le habría venido bien que le cuidaran cuando era niño y vivía bajo el cruel dominio de su padre. Pero ahora, desde luego, no lo necesitaba.

# Capítulo nueve

«Si Chastity se entera de todo esto, hará que Anton me eche a la calle», se lamentó la tía Sarah. «Primero la temporada pasada...». La tía Sarah se calló. Habían jurado no hablar nunca de lo que Demeter había hecho tontamente la temporada pasada con ese hombre. «Y ahora esto...».

—Chastity no se enterará de nada —le aseguró Demeter a su tía, acelerando el paso para adelantar a dos jóvenes que paseaban por el camino de grava a un ritmo inusualmente lento. Tenían las cabezas inclinadas y juntas, y se reían mientras Demeter pasaba junto a ellas, seguida por su tía.

Sus hombros se tensaron y se obligó a relajarlos. No se estaban riendo de ella. ¿Cómo podrían hacerlo? Hacía años que no se burlaban de su tartamudez y era probable que esas chicas estuvieran hablando de otra cosa.

Sin embargo, eso no impidió que sintiera cómo se le calentaba la nuca.

—Chastity no es mi madre —le recordó a su tía.

—No, pero es la mayor de tus hermanas y se preocupa por ti. —La tía Sarah se llevó una mano al pecho—. No es que yo no lo haga, pero sabía que íbamos hacia algo el año pasado cuando conociste a ese sinvergüenza...

Demeter se detuvo y señaló a su tía con el dedo. —Por supuesto que no debes contarle eso a nadie.

—Por Dios, ¿por quién me tomas? —La tía Sarah se llevó la mano al corazón varias veces—. Juro por Simon que no diré ni una palabra. No deseo que vuelva a producirse un escándalo en nuestra casa.

—No debería habértelo contado —murmuró Demeter.

Su único momento de audacia y valentía había sido un completo fracaso. No podía confiar en Eleanor, no creía que su hermana lo entendiera, y Chastity y Cassie llevaban vidas muy ocupadas ahora que estaban casadas. La tía Sarah, según ella misma admitía, nunca había sido la mujer más bien educada.

«Lo único que digo, Demeter, es que debes elegir con cuidado».

—Así que supongo que vas a decirme que involucrarme con el Sr. Blake es un error.

—Oh, no. Tengo muy buen presentimiento al respecto.

Demeter la apartó a un lado cuando varios caballeros a caballo bajaron a toda velocidad por el amplio camino que bordeaba el río. Su tía había vivido con ellos durante años, desde que murió su marido, pero a veces Demeter todavía la encontraba totalmente impredecible. Primero la regañaba por su tonto riesgo de la temporada pasada y ahora la animaba a relacionarse con un conocido libertino.

«Bueno, en realidad no me estoy involucrando como tal. Él quiere mi ayuda y, sin duda, una vez que se la dé, volveremos a ser prácticamente desconocidos».

«Es el tipo de hombre al que realmente quieres tener como amigo». La tía Sarah suspiró profundamente y le tomó ambas manos. «Hija mía, solo quiero lo mejor para ti, y he visto cómo la luz se apagaba en tus ojos temporada tras temporada. Ni siquiera el club de investigación te llena como antes». Levantó las manos y acarició las mejillas de Demeter, con sus guantes de seda frescos contra su piel. —No sé qué hará que vuelva, pero haré lo que sea necesario para apoyarte. Solo asegúrate de estar a salvo en todo momento o nunca me lo perdonaré. Ni a ti. Y Simon tampoco.

Demeter no pudo evitar sonreír. La preocupación en los descoloridos ojos azules de su tía era profunda. —Eres demasiado buena con nosotros, tía Sarah.

—Así es. ¡Debería estar metiéndome en mis propios escándalos! —Se pasó un dedo por debajo del ojo.

—De todos modos, no tienes nada que temer. El señor Blake no quiere que actúe sola.

—Ah. Así que es un caballero. Qué bien.

Caballero era exagerado. Técnicamente lo era, pero nadie podía ignorar que rara vez venía a Londres sin que le siguiera el aroma del escándalo. Es cierto que este año aún no había habido ninguno, pero el año pasado lo habían echado de una alcoba con una escoba, según los periódicos sensacionalistas. El año anterior, una mujer

desolada lo había seguido hasta Italia con la esperanza de compartir su cama una vez más. No se podía negar que el señor Blake era realmente escandaloso y que ella haría bien en seguir el consejo de su tía y ser cautelosa.

Después de todo, no sería bueno dejar que sus sentimientos hacia él se convirtieran en algo visible. Era mejor que siguiera enamorada de él de forma distante, de manera que nunca llegara a sufrir realmente por su culpa.

Desvió la conversación de Blake hablando del señor Wilde, que tenía varios gatos y nunca dejaba de buscar a su tía en las reuniones sociales. Su amistad se había extendido hasta el punto de que se escribían cartas últimamente, y Demeter estaba agradecida de que su tía tuviera un compañero con intereses similares.

Cuando se reunieron con el resto de la familia, se habían sumado más personas al grupo, entre ellas el primo de Blake, el señor Foster. Tenía que admitir que no estaba segura de este instinto de Blake. El hombre tenía las mejillas siempre sonrosadas, una sonrisa rápida y un rostro regordete que le hacía parecer más joven de lo que era. Sin embargo, Demeter sabía que no debía dejarse engañar por las apariencias. Después de todo, ella misma se había disfrazado con éxito de joven en varias ocasiones sin que la descubrieran. Al menos hasta que apareció Blake.

Respirando hondo, se abrió paso entre el grupo de personas hacia su hermano, su esposa y el Sr. Michael Foster. Rara vez iniciaba una conversación si podía evitarlo, especialmente con alguien nuevo. Inevitablemente, su tartamudez reaparecería y la dejaría expuesta a las burlas. Pero ahora no era momento para cobardías. Si iba a participar en esta investigación con Blake, debía tomar la iniciativa y averiguar todo lo que pudiera sobre el señor Foster.

Fijó una sonrisa en su rostro y esperó a que su hermano la presentara formalmente. Cuando la mirada del hombre se posó en ella, sus ojos se agrandaron, el rosa de sus mejillas se volvió casi carmesí y se inclinó profundamente. El hombre resultó ser agradable y habló de su evidente amor por el ejercicio y de cómo él también

disfrutaba de las caminatas vigorosas. Nada en él indicaba que tuviera un lado siniestro o que estuviera tramando algo malo.

Con el rabillo del ojo, vio a Blake acercarse a su grupo y desmontar rápidamente, golpeando el suelo con tanta fuerza que tenía que haberle dolido. Tenía el ceño fruncido.

Se le cortó la respiración. Parecía posesivo. Casi salvaje. Y, por alguna razón, esa expresión se fijó en ella.

***

Incluso desde su posición al borde del grupo, Blake había visto la expresión de su primo.

Y no le gustó nada.

Sentía un cosquilleo en el estómago. Se dirigió con paso firme hacia Demeter y Foster, con la respiración entrecortada. Foster no tenía derecho a mirarla así, ningún derecho en absoluto.

—Blake —lo llamó Ashford, siguiéndolo—. ¿Qué prisa tienes?

No respondió, con la mirada fija en Demeter. Su hermano y su esposa se quedaron brevemente con ella y luego se alejaron, dejándola sola con Foster. Qué tonto. ¿Acaso su hermano no veía lo mismo que él? Las mejillas de Foster estaban tan rojas que se podía ver el color a un kilómetro de distancia y su mirada no dejaba de recorrerla de arriba abajo mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

Hay que reconocer que el vestido de muselina con adornos de encaje le favorecía mucho, y aunque solo había podido ver un destello de su rostro bajo un gorro de seda azul, sabía muy bien lo distractores que podían ser esos labios.

Pero no importaba. Foster era problemático y no permitiría que Demeter se involucrara con él.

Aunque fuera Blake quien le hubiera pedido ayuda con su investigación sobre Foster en primer lugar.

Sin embargo, eso era diferente. Foster no tendría oportunidad de intentar seducirla. Aún no había visto a Foster coquetear, pero por la mirada de su primo, Demeter había despertado su interés.

—Primo —declaró Foster, con una sonrisa cada vez más amplia al mirar por encima del hombro de Demeter y encontrarse con su mirada fulminante—. Qué alegría verte.

—Ni mucho menos —refunfuñó Blake—. Sabías que hoy estaría aquí.

Y si no fuera porque quería vigilar de cerca a su primo, le molestaría su constante presencia. El hombre se había ganado las presentaciones con su actitud torpe y humilde, y con el hecho de haber heredado una gran *fortuna*. Supongo que no sería el primer hombre recién heredero que intentaba congraciarse con la *alta sociedad*, pensó Blake, pero toda la situación apestaba como el Támesis en un día excepcionalmente caluroso.

Ignoró a su primo. —Lady Demeter. —Se tocó el sombrero. Ashford se colocó detrás de él y carraspeó. Suspiró. —Ya conoce a Ashford, por supuesto. —Señaló a su amigo.

Ashford sonrió y se tocó el sombrero. —Hoy se la ve muy bien, Lady Demeter. ¿Ha completado su paseo diario?

Blake miró a su amigo. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo sabía él los hábitos de paseo de Demeter? ¿Y por qué demonios sonreía Ashford de esa manera?

Demeter miró a los tres, con una pequeña arruga entre las cejas, y luego sonrió suavemente mientras sus mejillas se sonrojaban. —Sí, lo he hecho.

Blake sabía que Demeter tenía problemas para hablar. Era difícil evitar algunos de los maliciosos rumores que circulaban entre los miembros menos generosos de la sociedad, aunque él había llegado a la conclusión de que los celos solían desempeñar un papel importante en esos comentarios desagradables. Todo lo que sabía era que había sufrido sordera de niña y que eso la afectaba hasta el día de hoy. Pero no había notado el tartamudeo cuando ella le había espetado las palabras y había sacado el mentón, declarando que haría lo que quisiera y que él poco podía hacer al respecto.

Hoy, ese fuego se había apagado. Parecía más pequeña, más delicada, y su barbilla permanecía humildemente baja.

Casi echaba de menos a la Demeter que había conocido aquella noche.

—¿No parece saludable? —Ashford miró a Blake—. Un paseo sienta muy bien, ¿no crees, Blake? Lady Demeter es una gran defensora de cuidar la salud.

Blake murmuró algo en señal de acuerdo, mientras Demeter apenas le dirigía una mirada. ¿Desde cuándo sabía Ashford todo eso? ¿Y por qué actuaba de forma tan... encantadora? Sí, su amigo podía seducir a cualquier mujer, y a menudo lo hacía, pero sus gustos diferían significativamente. Ashford prefería a las mujeres más estables. Mujeres a las que era más probable encontrar leyendo que tumbadas semidesnudas en la cama.

Blake tragó saliva y apartó la mirada de Demeter. No necesitaba pensar en mujeres desnudas tumbadas y en Demeter al mismo tiempo. Imágenes de largas extremidades pálidas y pechos turgentes se le grabaron en la mente. Maldita sea su excelente imaginación.

Buscó en el parque algo, *cualquier cosa,* que lo distrajera. Fijó la mirada en una mariposa pálida que revoloteaba alrededor de un árbol en flor cercano. Dios mío, ¿en qué se había convertido? Mirando mariposas en lugar de pensar en mujeres desnudas. Demeter estaba haciendo algo extraño en su cerebro y no le gustaba.

Foster carraspeó y levantó los hombros. —Si desea dar otro paseo por el parque, mi señora, estaré encantado de acompañarla. También me gusta dar paseos largos.

Blake frunció el ceño. ¿Ahora Foster estaba tratando de competir con Ashford? Su primo tenía pocas posibilidades contra el consumado seductor, pero parecía que pensaba que valía la pena luchar por Demeter.

Tenían razón, pensó a regañadientes. Demeter le parecía una joya por descubrir, enterrada durante años hasta que alguien golpeó la roca y reveló su belleza. Antes había sido vagamente consciente de que era una chica guapa, pero era demasiado callada para su gusto. Ahora seguía callada, con la incertidumbre brillando en sus ojos, pero eso no le quitaba el hecho de que sus mejillas sonrosadas y la forma en que se mordía el labio inferior la hacían parecer muy tentadora.

—Creo que ya he caminado bastante por hoy, gracias —respondió ella en voz baja.

Bien. Resistió el deseo de levantar el puño en señal de victoria. *Dile a tu primo lo que piensa, Demeter. Pon a mi estúpido primo en su sitio.*

—Creo que mi hermana me necesita —dijo señalando vagamente detrás de ellos—. Si me disculpan, caballeros.

Abrió la boca y luego la cerró. Apenas le había dirigido la palabra. Dios mío, ¿qué estaba pasando para que Foster fuera más encantador que él?

«Bueno, eso ha sido interesante», comentó Ashford.

Blake miró a su amigo y vio una sonrisa cómplice extendiéndose por su rostro. Apretó los dientes y exhaló un suspiro de enfado. Se le ocurrían muchas formas de describir esa interacción y ninguna de ellas era interesante.

# Capítulo diez

Tocó el papel que llevaba en el bolsillo, palpando el sello de cera roto, pero obligándose a dejarlo estar. Demeter lo había leído al menos una docena de veces, deteniéndose en las últimas letras garabateadas: *Sr. Jacob Blake*.

El pulso le latía con fuerza en los oídos mientras oteaba la tranquila calle. No muy lejos de la casa de su padre, Mount Street ofrecía un refugio bien iluminado y seguro de las concurridas calles que rodeaban Piccadilly, y no tenía ninguna duda de que Blake había elegido ese lugar de encuentro para garantizar su seguridad y asegurarse de que nadie la viera reunirse con él.

Sacó el reloj de bolsillo de su chaleco y lo abrió. Todavía faltaban diez minutos. Ella había respondido afirmativamente, pero no podía evitar prepararse para la decepción. Quizás él no aparecería. Tal vez todavía estaba molesto por lo del otro día en el parque, aunque ella no podía entender por qué se había quedado allí con el ceño fruncido sin decirle casi nada.

Ella se había escapado rápidamente, incapaz de soportar la forma en que él la miraba. Le confundía y le hacía sentir calor cuando su mirada se clavaba en ella como si fuera lo único que existiera en ese momento. Decir que estaba desconcertada por todo el incidente era quedarse corto. Lo repasaba una y otra vez en su mente y seguía sin encontrarle sentido.

Quizás él se lo explicaría todo esa noche, cuando fueran a la reunión.

O tal vez no aparecería y habría decidido que no la necesitaba. Solo pensar en ello le quitó un peso de encima, pero al mismo tiempo le revolvió el estómago.

«Qué tonta», murmuró, y luego cerró la boca cuando una joven pareja pasó por el lado opuesto de la calle.

Si veían a un joven murmurando que era una chica tonta, podrían pensar que ella estaba confundida. O que él estaba confundido. O... No importaba. Ella haría lo que Blake necesitara que

hiciera y luego podría volver a amarlo desde la distancia. Era mucho más fácil y mucho menos confuso.

Un carruaje dobló la esquina y su corazón dio un vuelco cuando reconoció la pintura del vehículo de Blake. Además, llegaba cinco minutos antes. Era una buena señal, ¿no? El carruaje pasó junto a ella y ella levantó una mano cuando siguió su camino, pero luego la dejó caer a un lado, con la cara enrojecida. ¿Quizás él la había visto y había cambiado de opinión?

El ruido de los cascos de los caballos cesó y ella se arriesgó a echar un vistazo hacia el carruaje para ver cómo se abría la puerta y Blake salía. Se acercó a ella y la luz de la farola resaltó su expresión de desconcierto.

—No te reconocí —dijo él, señalándola de arriba abajo con su mano enguantada.

—Ya me has visto así antes. Además, ¿no necesitas que me vista así? ¿Para que pase desapercibida en esta reunión?

Él soltó una risita. —¿Crees que te enviaría sin un plan?

Ella abrió la boca y luego la cerró. No habían hablado nada sobre esta reunión: dónde tendría lugar, entre quiénes o qué debía buscar ella. No se le había ocurrido que un hombre como Blake quisiera planearlo todo, pero tampoco esperaba que él la mirara con el ceño fruncido y se mostrara tan taciturno mientras ella hablaba con su primo.

—Pensé que era mejor que no nos vieran juntos —dijo finalmente, sin tanta firmeza como le hubiera gustado.

Él torció la boca. —Por supuesto. —Señaló el carruaje—. ¿Vamos?

Demeter lo siguió y estuvo a punto de aceptar la mano que le ofrecía, hasta que recordó lo extraño que parecería. Él bajó la mano a un lado, aparentemente dándose cuenta de lo mismo, y le permitió subirse y acomodarse en el asiento de cuero.

Él dio unos golpecitos en el techo del carruaje y corrió las cortinas de las dos ventanas con un rápido movimiento. Sin duda, había entretenido a muchas amantes en ese mismo carruaje y a su cochero no le importaba conducir de noche con las cortinas cerradas para ocultar cualquier comportamiento escandaloso.

Una sensación de calor la invadió cuando se dio cuenta de lo cerca que estaban. Sus rodillas casi se tocaban. Su colonia, un aroma fresco y limpio, impregnaba el aire. Tuvo que obligarse a no inhalar más profundamente para no sobrecalentarse tanto que se desmayara.

Lo cual era bastante probable en ese momento. Las pesadas capas de su chaqueta y chaleco, combinadas con el grueso sombrero de castor *y* la proximidad de Blake, le hacían sentir como si necesitara sales aromáticas. Se quitó apresuradamente el sombrero, dejando que parte de su cabello cayera sobre sus hombros.

Blake arqueó las cejas cuando la miró. —¿Cómo metes todo ese pelo ahí debajo?

—Con mucho esfuerzo y el uso inteligente de un par de horquillas. —Se quitó dos horquillas del pelo y se las guardó en el chaleco.

Su mirada siguió el movimiento y pareció quedarse paralizado.

Ella frunció el ceño. «¿Blake?».

—¿Sí? —Parpadeó y sonrió rápidamente—. Sí.

«Si no estamos haciendo nada, ¿por qué estamos teniendo esta cita clandestina?».

«¿Cómo has conseguido escapar con ese aspecto?», preguntó él.

«No soy una prisionera».

«No, pero eres una mujer soltera».

Bueno, eso no podía negarlo. «Anton y Eliza salen a cenar esta noche y papá probablemente esté en la cama leyendo. Últimamente se cansa muy rápido».

—He oído que su salud no es lo que era. Lo siento.

—Está bastante bien, pero últimamente prefiere estar solo. La gente le confunde, así que le permitimos escapar. Por suerte, Anton es muy capaz de gestionar la finca y Eliza se encarga de la casa en su lugar.

—¿Y tu hermana? ¿O tu tía?

—Eleanor está casi tan preocupada como mi padre y la tía Sarah... —Sonrió—. Bueno, la tía Sarah me ayudó a elegir la ropa.

—Dios mío.

—Es una mujer poco común y sospecho que ha hecho algo similar en el pasado. Sabía demasiado sobre la ropa de hombre.

—Hay otras formas de saber sobre la ropa masculina, ya lo sabes...

Ella contuvo el aliento. Qué tonta debía de parecer.

«Perdóname, eso ha sido inapropiado».

«No creía que te importara ser inapropiada».

«Esto es diferente», murmuró él.

«Porque soy soltera y sin experiencia», afirmó ella con indiferencia. Y aburrida, sosa y demasiado callada. Ya lo sabía todo.

Él se recostó en el asiento y la miró durante unos incómodos instantes. —No sé qué eres, Demeter. Pero eres algo. Sin duda alguna, algo.

***

Blake no sabía cómo había podido confundirla con un chico. Sí, con su gloriosa melena cayendo sobre sus hombros, era obvio que era una mujer, pero esos labios... y esos ojos... y esas cejas...

Dios mío, ¿ahora apreciaba las cejas de una mujer?

La cuestión era que ahora no podía mirarla sin ver a una mujer, una mujer extremadamente guapa con un cabello oscuro que le hacía temblar los dedos. Su larga melena le rozaba los pechos y era espesa y abundante, con un ligero ondulado. Siempre se había considerado un amante de los pechos, pero en el confinamiento del carruaje, ahora consideraba que el cabello era su debilidad.

Blake carraspeó y se obligó a relajarse aún más, extendiendo los brazos por el respaldo del asiento. Había estado obsesionado con ella desde que la vio con Foster y necesitaba controlarse.

Probablemente se debía a lo ingenua que era o a cómo tartamudeaba cuando estaba cerca de su primo. Puede que ella no lo supiera, pero también tenía un instinto sobre él. Rara vez parecía tartamudear cuando estaba cerca de él.

Foster le había preguntado sobre Demeter y, al parecer, sus respuestas de una sola palabra no le satisfacían, por lo que había decidido interrogar a Ashford en su lugar. Ese maldito hombre mostraba demasiado interés por ella y eso no le gustaba nada. Si su

primo estaba tramando algo, no quería que Demeter se viera involucrada. Ella se merecía algo mejor que alguien que se casara con ella por su riqueza y su estatus.

Por supuesto, él también la estaba involucrando con su primo, pero era diferente. Él la protegería. Dios sabía que la mujer necesitaba protección. Su familia mostraba tan poco interés que ella podía ir por ahí como un hombre en las zonas más peligrosas y su tía incluso la animaba a hacerlo. Él tenía prácticamente el deber de cuidarla.

—¿Cuándo es la reunión y de qué se trata? —preguntó ella, entrelazando los dedos sobre su regazo y desviando la atención de él hacia sus largas piernas.

Tenía que admitir que las mujeres deberían llevar pantalones más a menudo. Si estuvieran a la luz del día, se tomaría el tiempo de admirar su figura con esa prenda tan ajustada.

—¿Dónde has encontrado unos pantalones que te queden bien?

—Anton solía ser mucho más delgado —dijo ella con un gesto de la mano—. Blake, esta reunión...

—¿No se ha dado cuenta de que le falta ropa?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a darse cuenta de unos pantalones que ya ni siquiera le quedan bien? —Chasqueó la lengua —. Pero, Blake, ¿qué pasa con esto...?

—¿Y el chaleco es suyo? ¿Y el reloj?

Ella frunció el ceño. «No veo por qué importa nada de esto».

Él tampoco estaba seguro, pero quería respuestas. Para todo. ¿Qué la había persuadido a hacer tal cosa? ¿Cuándo se había vuelto tan buena con las cartas? ¿Qué hacía con su tiempo antes de disfrazarse?

Ella suspiró cuando él no respondió. —El chaleco también es de Anton y el reloj pertenecía a mi abuelo. Siempre lo llevo conmigo. Incluso cuando voy vestida de mujer.

Su mano se dirigió automáticamente al bolsillo interior de su chaqueta, donde, como siempre, permanecía la pequeña pieza de madera tallada. Su corazón dio un vuelco cuando ella se percató del movimiento y él bajó la mano, esbozando una rápida sonrisa.

—Dentro de una semana —respondió él finalmente—. En The Red Lion.

Ella frunció la nariz. —No lo conozco.

«No, y tampoco deberías. Su reputación no es muy buena».

—Sabes, tu primo no parecía precisamente de los desagradables. ¿Estás seguro de que está haciendo algo inapropiado?

«Lo sé».

«Porque tu instinto te lo dice».

«Exactamente».

«Tu *instinto*».

«Todo el mundo tiene uno, y el mío siempre tiene razón».

«Sabes, tu instinto podría estar equivocado».

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. «¿No hemos tenido ya esta discusión?».

—Solo digo que el instinto no siempre tiene razón. Foster parece tan... —Giró un dedo en el aire—. Tan blando. Cuesta creer que sea capaz de cometer un delito.

«Mi tía nunca quiso que toda su herencia fuera a parar a un solo hombre. Tenía organizaciones benéficas que deberían haber recibido dinero, pero cuando se leyó el testamento, ni siquiera se las mencionó».

—Tampoco tú.

Era imposible ignorar los rumores sobre su enfado por no haber heredado, dado que era el más cercano a su tía, pero a él le daba igual. Si se hubiera dejado llevar por los rumores, habría fracasado hacía mucho tiempo. Sin embargo, le molestaba que Demeter pudiera pensar que era tan codicioso.

—Tengo suficiente dinero —espetó él, y ella parpadeó.

Se mordió la lengua e inhaló profundamente. Ella no merecía ser el blanco de su irritación por la situación. Después de todo, ella iba a ayudarlo, aunque fuera porque él prácticamente la había chantajeado para que lo hiciera.

—Perdóname. Solo quiero decir que no contaba con ningún ingreso de mi tía, y toda esta situación no me gusta nada. La tía Iris

era una mujer generosa, tanto con su tiempo como con su riqueza, y dejarlo todo a Foster no me parece lógico.

—La querías mucho —dijo Demeter en voz baja.

Él se encogió de hombros. La tía Iris había sido el único rayo de luz en su vida cuando era joven y todavía sentía un vacío en el corazón al pensar que nunca volvería a hablar con aquella mujer ingeniosa y maravillosa. Pero nada de eso importaba ahora.

—Quiero que vengas a esa reunión, Demeter —dijo—. Vestida así, porque Dios sabe que no puedes ir tan guapa y con todo eso... —Hizo un gesto con la mano—. Con todo eso...

—¿Todo eso qué?

—Pelo —concluyó con firmeza.

Ella arqueó una ceja oscura. —No sabía que mi pelo fuera un problema.

«Lo es. Créeme».

La confusión se reflejó en su rostro, pero, afortunadamente, no le preguntó qué tipo de problema era, porque en ese momento él no dejaba de imaginarlo cubriendo su pecho desnudo o bajando por sus muslos.

«¿Y cuando descubras que no está haciendo nada malo?», insistió ella.

—Está haciendo algo malo. Lo siento...

«En tu instinto, sí». Ella negó con la cabeza y sonrió. «Lo sé».

# Capítulo once

El carruaje dio una sacudida antes de que Demeter pudiera formular otra frase. No es que supiera muy bien qué más decir.

Demeter se inclinó hacia delante y Blake la sujetó inmediatamente por los brazos. La mantuvo en su sitio durante unos instantes mientras el cochero maldecía a alguien. Blake hizo una mueca y luego miró el lugar donde sus manos tocaban la chaqueta de ella.

El calor fluía desde donde la tocaba, a pesar de la gruesa lana y las capas de ropa. Abriendo los labios para respirar profundamente, ella lo miró a los ojos. Aparecieron arrugas entre sus cejas y su mirada se posó en la boca de ella y luego volvió a sus ojos. Hubiera jurado que sus ojos se oscurecieron y sus pupilas se dilataron, pero era difícil saberlo con la tenue luz. El aire del carruaje se sentía denso y su cabeza daba vueltas mientras una sacudida vertiginosa le bajaba hasta el estómago.

Maravilloso.

Él bajó las manos, esbozó una sonrisa arrepentida y se disculpó por el lenguaje soez de su cochero.

Ella aún sentía el roce de sus dedos. Miró al suelo del carruaje, donde sus botas casi se tocaban, las de él, bellamente lustradas, reflejándose en la luz de la lámpara.

Cerró los ojos brevemente. Era solo un roce, un gesto caballeroso por su parte. El hecho de que fuera un libertino no significaba que no pudiera comportarse como un caballero. Lo habría hecho por cualquiera y ella dudaba mucho que se sintiera excitado al tocar sus delgados brazos. Hiciera lo que hiciera, no debía dejarse llevar ni revelar sus sentimientos por él. Sería una humillación total y lo más tonto que habría hecho desde que se enamoró de él.

—¿Te importa si paramos en algún sitio para discutir este asunto como es debido? —Le miró de arriba abajo—. Al fin y al cabo, vas vestida para la ocasión. —Sus labios esbozaron una sonrisa—.

Ella asintió con entusiasmo. Quizás si salían del confín del carruaje, su piel dejaría de calentarse hasta alcanzar el punto de ebullición.

Blake corrió las cortinas con eficiencia, asomó la cabeza por la ventana y pidió que se detuvieran en la posada más cercana. Después de recogerle el pelo con cuidado, se encontraron frente a una posada destartalada situada entre casas más nuevas de piedra color crema. Las paredes irregulares albergaban ventanas igualmente torcidas, todas enmarcadas en madera oscura y piedra pintada de blanco. Había linternas encendidas a ambos lados de la puerta y sombras se movían rápidamente por las ventanas iluminadas.

Ella miró el pequeño letrero, que se balanceaba incómodamente sobre una delgada tira de hierro curvado. La Rosa y la Corona. ¿Conocía Blake esta posada o simplemente la visitaban por conveniencia? Ella miró de reojo su andar seguro e imitó su postura, levantando la cabeza y echando los hombros hacia atrás. Había visto a sus hermanas caminar de manera similar, pero nunca se había sentido capaz de adoptar esa postura. Sin embargo, con ropa de hombre era mucho más fácil. Al fin y al cabo, un chico delgado difícilmente llamaría la atención.

En el interior, la posada ofrecía un cálido refugio contra la fresca noche primaveral, con un modesto fuego encendido en una chimenea lo suficientemente grande como para caber de pie. Blake se dirigió a una mesa alejada del resto de los clientes, escondida en un rincón oscuro, como si estuviera colocada específicamente para reuniones secretas. Tragó saliva. Si alguien los descubría, se produciría un escándalo. Si alguien descubría que ella era un chico, sería inolvidable.

Era emocionante.

Demasiado emocionante. Aclarando la garganta, se sentó rápidamente y luego miró a Blake con imploración, ya que él permaneció de pie por un momento, observando las normas de etiqueta de la sociedad.

—Lo siento. Olvidé que estabas... —Le hizo un gesto—. Como estás ahora.

—Al menos no me has apartado la silla.

Él se rió entre dientes y levantó una mano, haciendo un gesto con dos dedos. Ella miró más allá de él y vio a una camarera que se apresuraba hacia la taberna. Ser capaz de dar órdenes a alguien con solo dos dedos... ¡Cómo envidiaba eso! Sin duda, ella tenía privilegios como mujer de rango, pero no recordaba a nadie que se pusiera en acción con un simple gesto.

Dos cervezas aparecieron frente a ellos. Ella miró la jarra de peltre mientras Blake le daba una moneda a la camarera rubia y esta se alejaba corriendo, con las mejillas sonrosadas y la cabeza gacha. Sin duda, se sentía como todas las mujeres en presencia de Blake: abrumada por su gran atractivo.

—Creo que acabas de romperle el corazón —dijo él, señalando a la chica.

—¿Yo? —balbuceó ella.

Él se encogió de hombros. —Eres una joven bastante llamativa.

Impresionante. Contuvo un suspiro y se obligó a no hundirse más en la silla. Qué injusto. ¿No podía ser ella una mujer impresionante? No era fea, pero no se movía como Chastity, que atraía las miradas allá donde iba con una sensualidad natural, ni como Cassie, cuya risa vivaz y cabello dorado nunca dejaban de llamar la atención. Incluso Eleanor, que era menos tímida y más solitaria, llamaba la atención de muchos, aunque ella lo negara rotundamente.

Su sonrisa se amplió. —Tendrás que acostumbrarte a romper corazones si sigues vistiéndote así.

—No quiero romper corazones. Solo quería...

Él se inclinó hacia delante. «Tenía intención de preguntarte, ¿por qué haces todo esto exactamente? Seguro que podrías recaudar dinero a través de eventos benéficos».

Ella se tensó. Hablar de sí misma le resultaba antinatural. A nadie le importaba realmente lo que hacía o por qué. Los que hablaban con ella solían estar interesados en sus conexiones familiares o en discutir algo insignificante. ¿Qué podía decir? *¿Que estaba aburrida hasta la saciedad y desesperadamente cansada de ser callada y aburrida?*

«No lo entenderías», dijo en su lugar.

«Pruébalas».

«¿Alguna vez te has sentido cansado de la vida? ¿De hacer siempre lo mismo?». Ella negó con la cabeza y sonrió. «No, claro que no. Al fin y al cabo, eres Jacob Blake».

Su sonrisa vaciló. «Quizás», dijo en voz baja.

«No. Tú amas la vida. Todo el mundo lo sabe».

La sonrisa pícara volvió rápidamente, dejándola con la duda de si había visto ese destello de incertidumbre.

—Por supuesto que sí. —Agarró su jarra de cerveza y dio un largo trago. Ella observó cómo se movía su nuez bajo la corbata y se quedó sin aliento. Dios mío, emocionándose por un hombre que bebía cerveza. Realmente era un desastre.

«Así que decidiste que la mejor manera de curarte de este aburrimiento es vestirte como un hombre». Dejó la taza sobre la mesa y se inclinó hacia delante de nuevo. «Y las cartas. ¿Cómo es que se te dan tan bien las cartas?».

«Creía que estábamos aquí para hablar de esta reunión y de lo que fuera que querías que hiciera».

«No puedes culparme por sentir curiosidad, Demeter».

Podía hacerlo. Nadie sentía curiosidad por ella. Durante mucho tiempo había preferido que fuera así. Eso significaba que no tenía que tartamudear durante una conversación. Pero con Blake parecía fácil, como si pudiera desvelarle todos sus secretos sin apenas titubear. Tenía que tener cuidado, mucho cuidado. Si no lo hacía, podría cometer una estupidez y confesarle su amor.

***

Blake luchó por centrar su atención en el motivo de su encuentro. No podía evitarlo. Demeter era una paradoja, una rara flor silvestre en un campo de rosas cuidadosamente cultivadas.

Diablos, tal vez Ashford tenía razón. Necesitaba algo diferente. Sí, seguía pensando en sus largas piernas enfundadas en esos pantalones y preguntándose cómo disimulaba sus pechos, pero lo más extraño de todo era que disfrutaba de su conversación. Apenas tartamudeaba cuando hablaba de algo que le apasionaba, y sus ojos se iluminaban con tal alegría que él quería alcanzar las estrellas y

entregárselas directamente, solo para poder ver su rostro iluminarse así de nuevo.

—¿Así que tu abuelo te enseñó a jugar a las cartas?

Ella asintió. —Estuve enferma durante mucho tiempo y tardé años en recuperar el oído. Mi madre no me dejaba salir de casa por miedo a que volviera a enfermar... y por otras cosas.

Él hizo una mueca. Se esperaba que la hija de un duque fuera refinada y elocuente, incluso a una edad temprana. Imaginó que su madre temía que la gente pensara que era torpe. Sin embargo, cada vez estaba más claro que ella era todo lo contrario.

«Mi abuelo jugaba conmigo todos los días».

«Y lo de leer los labios...».

«Bueno, ayuda». Ella rodeó la jarra con las manos y la miró fijamente. «Me fijo en cosas que mucha gente no ve».

Esas palabras le impactaron. Él sabía lo que era saber cosas de la gente y que no te creyeran. De niño, había intentado contar a la gente, incluso a su madre, cómo le trataba su padre. Pero todos le tachaban de niño travieso con demasiada imaginación.

«Lo que quería decir es cómo lo aprendiste».

—Lo aprendí por mi cuenta.

«¿Lo aprendiste por tu cuenta?», repitió él.

«Ya tenía edad suficiente para hablar cuando enfermé, pero mi habla distaba mucho de ser perfecta a esa edad. Sin embargo, me ayudó a aprender a leer los labios cuando me estaba recuperando y mi madre me ayudó».

«Imagino que ella no se dio cuenta de que te estaba enseñando una habilidad que te ayudaría en algo como el juego».

«Mi madre era una mujer poco común». Su sonrisa se volvió cálida y se le arrugaron los ojos en las comisuras.

No pudo evitarlo. No necesitaba saber nada más de Demeter que el hecho de que tenía una habilidad que le resultaba útil. Pero aun así preguntó: «¿Cómo es eso?».

Ella abrió la boca y luego la cerró. Negó con la cabeza. «Nada».

«Demeter», insistió él.

Ella lo miró a los ojos e inclinó la cabeza como si lo estuviera evaluando. «Ya conoces uno de mis secretos».

«¿Hay más?».

«Mis hermanas me matarán», murmuró ella y enderezó los hombros. «No puedes contárselo a nadie».

—Tienes mi palabra. —Se llevó la mano al corazón.

—No estoy segura de lo que significa la palabra de un libertino...

—Soy un libertino, Demeter, no un... —Dejó la frase en el aire con una sonrisa—. Confía en mí, soy excelente guardando secretos.

—De eso no tengo ninguna duda —suspiró ella—. Muy bien, mi madre fundó una sociedad de investigación. Y mis hermanas y yo la hemos continuado.

—¿Una sociedad de investigación? —repitió él—. ¿Y vosotras hacéis... qué?

—Investigamos cosas —dijo ella como si él fuera extremadamente simple.

Él lo sintió, si era sincero. Nunca había esperado que ella dijera algo así. La mujer estaba decidida a sorprenderlo en todo momento. ¿Cómo era posible que nunca antes se hubiera fijado en ella? ¿Cómo no había visto lo que ocultaba o, al menos, no había tenido un presentimiento sobre ella? Era más interesante que todas las mujeres de la *alta sociedad* juntas y, sin embargo, siempre había pasado desapercibida para él.

—¿Como... investigadoras privadas? —frunció el ceño—. ¿Investigadoras privadas mujeres?

Ella levantó la barbilla y enderezó los hombros. —Sí. Ayudamos a otras mujeres en asuntos en los que nadie más las ayuda. Ayudamos a personas que no tienen a quién recurrir.

Él levantó las cejas.

—Quizá te sorprenda, Blake, que unas jóvenes tan delicadas como nosotras hagamos esas cosas, pero es un servicio necesario. Hay muchas mujeres a las que nunca se escucha, a las que nunca se cree.

Levantando una mano, se inclinó hacia ella y luego se detuvo, recordando que ella iba vestida como un hombre y que no podía cogerle la mano con ternura. «Lo entiendo».

Ella lo miró con recelo.

«De verdad lo entiendo». Lo que hubiera dado por que le creyeran cuando era niño. Quizás entonces sería diferente. No habría sufrido a manos de su padre y no sería como era.

Habría tenido la oportunidad de merecer a una mujer como Demeter.

Oh, demonios.

Se aclaró la garganta, se recostó contra la dura madera de su silla y se sacudió mentalmente. No quería a una mujer como Demeter. Las mujeres como ella querían casarse con hombres estables sin pasados escandalosos. El matrimonio significaba vejez. Madurez. Muerte.

La vejez significaba ser como su padre.

No, gracias.

—Bueno, parece que está en una posición excelente para ayudarme, Lady Demeter —dijo formalmente.

Ella parpadeó, lo miró por un momento y luego se bebió el resto de su cerveza, sosteniendo la jarra vacía con ambas manos. —Sí —dijo, con la voz ligeramente tensa—. Sí, así es.

Sintió un pinchazo en el estómago. Su instinto le decía que se estaba metiendo en problemas. Tendría que andar con mucho cuidado.

# Capítulo doce

Para alguien que afirmaba tener una excelente capacidad de observación, Demeter no podía creer que nunca antes hubiera notado el destello de dolor en la mirada de Blake. Él lo ocultaba bien, pero después de años observándolo, ¿cómo se le había podido pasar por alto? Tenía los hombros tensos, el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Había desaparecido la sonrisa rápida y fácil y la diversión que perpetuamente arrugaba sus ojos.

Intentó concentrarse en la conversación, que derivó hacia seguir a su primo y averiguar por qué se reunía con gente poco recomendable, pero no podía evitar preguntarse... ¿qué había causado ese dolor?

Levantó una mano mientras él exponía sus planes. —Más despacio. ¿Cómo esperas llegar allí? Tu primo te reconocerá.

—Seguiré tu consejo, por supuesto.

—¿El mío?

—Me disfrazaré.

Ella negó con la cabeza. —Nunca funcionará.

—Claro que sí. Mírate... —Le pasó la mano abierta de arriba abajo—. Es obvio que eres una chica...

—Mujer —le corrigió ella.

«Mujer», dijo él. «Pero solo cuando uno sabe qué buscar. Nadie espera que una chica guapa, una mujer, se disfrace de hombre, igual que mi primo nunca esperaría que yo hiciera algo así».

—Creo que debería ir solo.

Él señaló con el dedo la mesa con firmeza. —Soy muchas cosas, Demeter, pero no soy tonto. La posada en la que se celebra esta reunión no es una taberna acogedora como esta. Nunca me perdonaría si te pasara algo malo.

Ella quería discutir, pero lo cierto era que incluso Pidgeon's solía ser un lugar seguro y fácil de llegar a pie. Excepto por el incidente de la semana anterior, nunca había tenido problemas. Si Blake pensaba que esa posada era peligrosa, ella le creía.

—Muy bien. Entonces llegaremos disfrazados e intentaremos averiguar de qué trata la reunión.

—Así es.

—¿Y me avisarás cuando vaya a tener lugar?

—Tengo que hablar con esa... mujer. Ella pasa... tiempo con uno de los caballeros con los que vi a Foster.

Sus mejillas se sonrojaron, aunque no sabía si era por el tema de la conversación o porque odiaba la idea de que él estuviera con otra mujer.

Él miró a su alrededor cuando un grupo de hombres ruidosos entró en la taberna, probablemente procedentes de los muelles. Estaban sucios, sudorosos y exigentes, y el hombre que iba al frente del grupo agarró a una de las camareras por la cintura y la atrajo hacia él.

Blake se puso rígido y su expresión se endureció. Nunca lo había visto tan... primitivo. Eso la dejó sin aliento.

—Deberíamos irnos —dijo él—. Esta posada no es tan agradable como de costumbre.

No había razón para discutir con él, así que no le señaló que ella les parecería un chico y que probablemente no les causaría ningún problema. Deseaba que la velada no tuviera que terminar. Deseaba poder presionarlo más, averiguar por qué se le había endurecido la expresión, sobre todo después de que pareciera tan... interesado en ella. Era una sensación completamente nueva y no podía evitar que le gustara. Quería más.

Se levantó tan bruscamente que su silla chirrió contra el suelo de madera, lo que atrajo algunas miradas hacia ellos y no le dio a ella oportunidad de cambiar de opinión sobre discutir con él. Se dirigió con pasos decididos hacia la puerta y ella se apresuró a alcanzarlo.

—No creo... —dijo sin aliento mientras salían al aire fresco de la noche— que tuviéramos que huir.

—Yo nunca huyo —dijo él, ajustándose la chaqueta y mirando a ambos lados de la calle. Su carruaje debía de estar aparcado en los establos detrás del edificio o en una calle tranquila, ya que los

únicos vehículos que se veían eran un coche de caballos que pasaba y varios carros pequeños—. Pero tú eres problemática, Demeter.

—No creo que lo sea —protestó ella—. Nadie me ha llamado problemática en toda mi vida. Si alguien es propenso a meterse en problemas, ese eres tú. ¿No participaste en un duelo el año pasado? Y el año anterior, ¿no resultaste herido en una pelea y pasaste la temporada convaleciente en el campo?

Él le lanzó una mirada. «No creas todo lo que oyes».

«Lo único que digo es que si alguien nos va a meter en problemas, desde luego no seré yo».

«Tú eres un problema», repitió él. «Y yo tenía un...».

«Si vuelves a decir instinto...».

—Tuve una corazonada.

Ella resopló, pero se calló de repente cuando un grito lastimero atravesó el aire y el corazón de Demeter dio un vuelco. Un perro. Sufriendo.

«¿Has oído eso?». No esperó su respuesta y se dio la vuelta.

—¡Demeter!

Corrió hacia el origen del sonido y se detuvo a la entrada de un callejón oscuro donde un hombre gritaba y vociferaba obscenidades. Parecía formar parte del grupo que había entrado en la posada, era corpulento y estaba cubierto de mugre. Frente a él, un niño se encogía, y Demeter tardó un momento en darse cuenta de que estaba protegiendo al perro. El hombre lanzó una piedra y le dio al niño en el brazo.

«Déjanos en paz. No quería hacerte daño», gimió el niño.

No podía tener más de doce años y la repugnancia se apoderó de ella en forma de un calor abrasador. ¿Cómo podía un hombre adulto comportarse así con un simple niño?

«El chucho intentó morderme», escupió el hombre. «Deberían matarlo».

«Estaba asustado. Tú intentaste darle una patada».

—Demeter —Blake se detuvo a su lado—. Oh, maldición —exclamó al observar la situación.

«Tenemos que hacer algo», siseó ella.

—Te dije que tenía un presentimiento.

***

Para ser una mujer tranquila, Demeter sin duda buscaba problemas. Observó la complexión musculosa del hombre. Los rumores sobre duelos y convalecencia tras una lesión no eran ciertos, pero había luchado cuando era necesario en su juventud. En la actualidad, ya no tanto. Miró al niño y al perro quejumbroso, y soltó un largo suspiro.

Por lo que parecía, estaba a punto de descubrir si aún podía pelear.

Avanzando con paso firme, se interpuso entre el niño y el hombre. «¿Puedo sugerirle que deje de molestar a este niño?».

«El maldito perro intentó morderme». Lo miró de arriba abajo y dio un paso hacia él. «¿Y a ti qué te importa?».

—Estás buscando pelea con un niño —respondió Blake con tono severo—. Un *niño*. Seguro que tienes cosas mejores que hacer con tu tiempo.

—Ese chucho necesita que le den una lección.

«Estaba asustado», gritó el niño, todavía acurrucado detrás de él. «Normalmente no muerde».

Demeter también se acercó, protegiendo eficazmente tanto al niño como al animal.

Y dándole aún más razones para ganar esta discusión.

—Ven, toma algo de beber y deja ir al niño —dijo Blake con un gesto de ambas manos abiertas—. No vale la pena el problema.

—Lárgate —espetó el hombre—. Esto no tiene nada que ver contigo. —Se agachó y cogió otra piedra suelta, esta vez del tamaño de una manzana pequeña. Si la lanzaba, le haría mucho daño al chucho, por no hablar del niño. O de Demeter.

Una oleada de calor lo invadió, tensándole los músculos. No iba a permitir que eso sucediera.

—Demeter, llévate al chico —ordenó—. Ahora.

No sabía si ella se había movido cuando él lo hizo, pero esperaba que sí. Golpeó rápidamente, dándole un puñetazo en la nariz al hombre. El hueso crujió. El hombre gritó, con los ojos llorosos, y se llevó inmediatamente la mano a la nariz. Blake no esperó a ver si había algún daño.

En cambio, se giró, vio a Demeter alejarse corriendo con el niño y agarró al perro. La criatura escuálida pesaba más de lo esperado y se resistía, ladrando por el contacto repentino. Los dientes se le clavaron en la manga y Blake maldijo en voz alta mientras corría tras Demeter.

Se detuvieron en una esquina bien iluminada de una de las calles, donde les esperaba el carruaje de Blake. Nunca en su vida se había alegrado tanto de ver un maldito carruaje.

Demeter soltó la mano del niño y se dobló para recuperar el aliento. —No creo... que nos haya seguido.

—Probablemente se esté curando la nariz rota —murmuró Blake.

El chico sonrió. —Le has dado una buena lección.

«Con un poco de suerte».

Blake dejó que el perro tembloroso se tumbase en el suelo. Al menos había dejado de morderle el brazo, al comprender finalmente que Blake era uno de los buenos, pero el daño ya estaba hecho. La tela de su chaqueta e incluso su camisa estaban desgarradas.

—Es un buen perro, de verdad —dijo el niño, agachándose para acariciarle las orejas—. Ese hombre intentó darle una patada y por eso le mordió.

—A mí también me mordió —espetó Blake, y Demeter le puso una mano en el brazo con mirada de advertencia—. Pero me alegro de que los dos estén bien. —Respiró hondo e inspeccionó la tela hecha jirones. Aparte de unas cuantas marcas de dientes, no había daños importantes—. ¿Tienes algún sitio adonde ir?

El niño señaló con el pulgar hacia la carretera. —Mi casa está aquí abajo. —Inclinó la cabeza—. Usted pelea sucio, señor. No me lo esperaba.

—¿Fue sucio? —Miró a Demeter, quien se encogió de hombros.

El chico se frotó la frente. —Creía que los caballeros debían golpear con un guante la cara de un hombre antes de pelear con él.

Blake se rió entre dientes. —Los caballeros se pelean muchas veces sin guantes, créeme. —Le dio un ligero empujón al muchacho —. Ahora vete antes de meterte en más problemas.

Esperaron hasta que el chico y su perro desaparecieron tras la esquina antes de subir al carruaje. Hobbs, su cochero, permaneció en silencio, gracias a Dios, aunque Blake imaginó que tendría mucho que contar al resto de sus sirvientes. *Nuestro amo iba corriendo por Londres como un loco con dos chicos y un chucho desaliñado. ¡Creo que ha perdido la cabeza!*

Supuso que era mejor que esos rumores sobre convalecencias y duelos, al menos.

Resistiendo el impulso de ayudar a Demeter a subir al carruaje, se subió y se sentó frente a ella con un suspiro, luego dio unos golpecitos en el techo. Giró la mano, se quitó el guante y miró sus nudillos doloridos. El daño no era grave, pero al día siguiente estarían magullados y le dolerían, y era su mano con la que escribía. Parecía que por la mañana no habría cartas de negocios.

Demeter se desplazó de su lado al suyo, se quitó los guantes, los metió en un bolsillo y le tomó la mano entre las suyas. Él se sobresaltó al sentir su tacto cuando ella le levantó la mano hacia la luz de la lámpara que entraba por la ventana.

—Deberías ponerte algo frío, si tienes.

Él retiró la mano bruscamente. Los nudillos ya no le molestaban.

No, en cambio, fue su contacto lo que lo hizo tambalearse. Sus dedos hormigueaban donde sus delicadas manos habían agarrado las suyas y no le costó mucho que su mente se desviara por un camino más sórdido, imaginando cómo se sentirían esos dedos en otros lugares. Respiró hondo, cerró los ojos y recostó la cabeza contra los cojines. La noche no había salido como él esperaba.

—Siento haberte involucrado, pero no podía permitir que ese perro resultara herido.

Abrió los ojos y se enderezó. «Lo sé. Yo tampoco podría», admitió.

«¿Tienes perros?».

Él negó con la cabeza. «Tenía uno cuando era niño, pero... bueno, no importa».

«Siempre he querido tener uno, pero mi tía tiene un gato y me temo que no se llevaría bien con él. Es increíblemente mimado».

«Ah».

Ella tiró del tejido rasgado de su chaqueta. «El perro hizo bastante daño». Despegó la solapa. «Aunque, al menos, no hizo... ¡Oh!».

¿Ah? Él bajó la mirada y se dio cuenta de que el desgarro había revelado una de las muchas locuras de su juventud.

Demeter le agarró del brazo y lo acercó bruscamente para poder inspeccionarlo. «¿Es un tatuaje?».

Él retiró el brazo bruscamente, cerrando la solapa de tela que lo cubría. «Sí».

«Nunca había visto uno de cerca». Su amplia mirada se encontró con la de él. «¿Te dolió?».

—Sí.

—¿Por qué te lo hiciste? No es algo que se haga normalmente.

Él sonrió con aire burlón. En aquel momento había muchas razones, pero ahora ninguna le parecía muy razonable. «Principalmente para enfadar a mi padre», admitió.

«Ya veo», dijo ella, pero él sabía que no era así. ¿Cómo iba a entenderlo?

Su mirada seguía posándose en su brazo y él exhaló un suspiro, ofreciéndole el brazo una vez más. «Míralo otra vez si quieres. No es muy bonito».

Ella ladeó la cabeza. «Es bastante... artístico, en cierto modo. Nunca antes había pensado en los tatuajes como arte». Entrecerró los ojos. «¿Es... un pájaro?».

—Sí.

—¿Simboliza algo?

—Libertad —murmuró él.

«¿Libertad? Pero eres un soltero adinerado. Tienes toda la libertad del mundo».

¿Lo era? No estaba tan seguro. Cuando ella lo miró, con los ojos muy abiertos y curiosos, los labios ligeramente entreabiertos, sospechó que su libertad de elección se había esfumado hacía tiempo.

Tenía que besarla.

Blake le acarició la mejilla con la mano, acunándole el rostro. Ella jadeó, pero no se apartó, incluso se inclinó un poco hacia él. Él acortó la distancia lentamente, impulsado por la necesidad que lo embargaba. Los nudillos palpitantes, la ropa rasgada y todas las demás razones por las que no debía ser condenado. Necesitaba saborear esa delicada boca.

Tocó su boca con la suya. Ella se estremeció bajo su tacto. La necesidad se apoderó de él, pero era diferente. No quería aplastarla contra él ni arrancarle la ropa. En cambio, quería saborearla, probarla y conocerla.

Esto era diferente.

Era nuevo.

Se apartó bruscamente, retiró la mano de su rostro y se alejó de ella lo más posible. Lo cual no era mucho, dados los límites del carruaje.

Ella parpadeó varias veces y lo miró fijamente, con la boca aún entreabierta, como si esperara que él profundizara el beso.

—No debería haber hecho eso —murmuró él—. Mil disculpas. No volverá a ocurrir.

—Oh —fue todo lo que ella dijo.

Oh era lo más adecuado.

# Capítulo trece

Debía de besar fatal. O quizá no resultaba atractiva para los hombres. Quizá, cuando Blake la comparaba con todas las viudas experimentadas, las elegantes cortesanas y las cantantes de ópera, ella se quedaba corta.

Demeter se concentró en poner un pie delante del otro con tanta fuerza que sentía el dolor de cada paso a través de sus botas. El día templado no justificaba un ejercicio tan vigoroso, pero necesitaba hacer algo o se volvería loca.

Quizá ya era demasiado tarde. Durante los últimos dos días, solo había pensado en Blake y en ese beso.

Ese beso.

Ese beso breve, dulce y maravilloso.

Y la cara de Blake cuando se apartó. Era como si alguien le hubiera dicho que volvían a estar en guerra con Francia o, en realidad, que arriba era abajo y que había estado equivocado toda su vida.

Con la cabeza gacha, siguió caminando. Aunque disfrutaba de un saludable paseo por el parque cuando estaba en Londres, no solía esforzarse hasta que le ardían las piernas. Mientras Chastity se sentaba y hablaba con algunas de las otras damas y su marido la mimaba, Demeter ya había dado dos vueltas a todo el parque.

Cassie no había podido venir porque estaba organizando un baile y Eleanor había decidido quedarse en casa con su padre. Sin embargo, no le importaba la falta de compañía. Sus hermanas estaban acostumbradas a que fuera callada, pero la conocían bien y seguramente se darían cuenta de su extraño estado de ánimo.

Bajó por la pequeña pendiente hacia un bosquecillo de robles, en busca de sombra, plegó su sombrilla y descansó la espalda contra el tronco de un árbol. Inclinó la cabeza hacia arriba y entrecerró los ojos para observar las hojas que se mecían suavemente sobre ella. Ya era bastante malo estar enamorada de Blake desde la distancia, pero haber experimentado un beso en la vida real... ¿cómo iba a volver a ser su vida la misma?

Una risa áspera atrajo su atención hacia el camino que pasaba junto a los árboles y Demeter se encogió contra ellos.

Lady Fenwick y la señora Crisp. Se estremeció. Eran de las chismosas más maliciosas de la *alta sociedad* y sin duda habían participado en los rumores sobre Eleanor el año pasado, si no los habían iniciado ellas mismas. Nunca fueron abiertamente groseras con ninguna de las hermanas Fallon, no se atrevían dado el rango de su padre, pero eran sarcásticas y a menudo hablaban deliberadamente despacio a Demeter, como si fuera realmente lenta. Detestaba tratar con ellas en el mejor de los días y, teniendo en cuenta lo confusa que tenía la mente por ese beso, este *no* era precisamente el mejor de los días.

Se movió alrededor del tronco del árbol, se escondió detrás de él y observó a las dos mujeres pasar, con los brazos entrelazados y sus risas rompiendo el susurro de las hojas y el suave murmullo del agua del río como un cuerno que rasga el aire. Esperó unos momentos más, asegurándose de que no la vieran salir disparada, y luego se detuvo.

Michael Foster subía por el sendero no muy lejos detrás de ellas. Debería hablar con él, averiguar si los instintos de Blake sobre él eran correctos, tal vez incluso preguntarle sutilmente por su madre.

No sabía si era por el beso, por las sensaciones que se arremolinaban en su estómago o simplemente por el cansancio de dormir tan poco, pero hoy no se sentía capaz de hacer de detective. Esperó a que él también pasara, observándolo como había hecho con las otras mujeres desde la protección del árbol.

Se movía con una modesta confianza y tenía las mejillas sonrosadas por el paseo. Todo en él indicaba que era un hombre poco acostumbrado a la riqueza y que intentaba adaptarse a una nueva vida, desde los relucientes botones nuevos de su chaqueta hasta el peinado demasiado arreglado. No es que no creyera a Blake, pero le costaba mucho imaginar a este hombre de aspecto juvenil haciendo algo malo.

Foster se detuvo y Demeter contuvo la respiración. ¿La había descubierto espiando? ¿Pensaría que era muy extraña? Pero su

mirada se dirigió más allá de ella y, cuando giró la cabeza, vio un aro rebotando por la suave pendiente del césped y dirigiéndose directamente hacia el Sr. Foster.

Él no se apartó y dejó que le golpeara en la pierna. El aro rebotó en su pantorrilla y cayó inofensivamente de lado. Un niño lo siguió rápidamente, con un palo en la mano, y lo recogió con expresión preocupada. Demeter no podía oír nada, pero imaginó que el niño le estaba ofreciendo tímidas disculpas por su expresión.

El Sr. Foster recogió el aro y se lo devolvió con expresión agria. Luego le quitó el palo al niño. Demeter frunció el ceño.

El niño intentó agarrarlo, pero el señor Foster lo partió por la mitad, y el sonido llegó hasta ella. Ella dio un grito ahogado y se tapó la boca con la mano mientras él le devolvía las dos mitades del palo al niño y se agachaba para decirle algo al oído.

Fuera lo que fuera, hizo que el niño se pusiera pálido como un fantasma y saliera corriendo tan rápido como pudo. Con la boca entreabierta, Demeter observó al señor Foster mientras se enderezaba, se ajustaba el chaleco y esbozaba una suave sonrisa en los labios mientras continuaba su camino.

Demeter se apoyó contra el árbol, con una mano aún sobre la boca. Su corazón latía tan fuerte que sentía cómo golpeaba contra sus costillas. Blake tenía razón. Había algo siniestro en ese hombre.

Y él tenía que saberlo.

Ahora.

***

—Póngase cómoda, madre —dijo Blake con lentitud, apoyándose en el marco de la puerta del salón y observando la escena que tenía ante sí. La última vez que una mujer había estado recostada en la chaise longue, las circunstancias habían sido completamente diferentes, y recordar aquella imagen mientras su madre hacía lo mismo le revolvió el estómago.

Con el bordado en la mano, una taza de té en la mesa a su izquierda y un plato vacío y lleno de migas sobre el mueble para plantas a su derecha, parecía que se había instalado allí para pasar el día.

Se frotó la frente y suspiró. Su residencia de soltero no había sido diseñada pensando en bordados, té y madres. Incluso la decoración de la habitación había sido elegida para crear un ambiente íntimo, ideal para entretener a las damas y disfrutar de sórdidas fiestas, con madera oscura, cortinas rojas y telas lujosas y lujosas.

Pero en lugar de amantes o amigos, tenía a su madre.

Ya habían pasado más tiempo juntos esta temporada que en los últimos diez años. ¿Qué estaba pasando?

«¿Estás enferma?», preguntó él de repente.

¿Por qué no se le había ocurrido antes? Ella se estaba muriendo. Era la única razón. Se le retorció el estómago. Puede que no fueran muy cercanos y que él no pudiera decir que conociera muy bien a su madre, pero no le deseaba la muerte. Dios sabía que estar casada con su padre ya era castigo suficiente por haberlo descuidado cuando era niño.

—Por supuesto que no. Tengo una constitución excelente.

«Entonces, ¿por qué...?» Entró en la habitación. «¿Por qué estás aquí?».

Ella levantó su bordado como si él fuera estúpido.

—No pretendo saber mucho de costura, pero estoy bastante seguro de que puedes hacer eso en cualquier parte, madre.

Ella suspiró, dejó el bastidor sobre las rodillas y se quitó las gafas, que quedaron colgadas de la delicada cadena de oro que llevaba alrededor del cuello. —Estoy preocupada por ti, Blakey.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?

—*Soy* tu madre. —Se levantó de la silla y dejó caer el bordado en el asiento detrás de ella antes de acercarse.

Ella extendió la mano hacia él, pero él se echó hacia atrás. Puede que no sintiera rencor hacia su madre, pero no estaba seguro de estar preparado para los abrazos. Había habido una clara falta de ellos durante su infancia y no estaba seguro de saber siquiera cómo participar en un abrazo.

Una pizca de decepción se reflejó en su mirada y apretó los labios.

—Bueno, tu preocupación es injustificada —dijo él con firmeza —. Estoy perfectamente bien y no entiendo por qué te preocupas por mí.

Entrelazando los dedos, su madre miró al suelo y luego a él, mordiéndose el labio inferior. —Sé que la muerte de Iris fue muy dura para ti. Estabais muy unidos. —Se le hizo un nudo en la garganta—. La hermana de tu padre te dio lo que... —Su pecho subía y bajaba y las lágrimas brillaban en el rabillo de sus ojos—. Lo que yo no pude darte.

Blake se apartó rápidamente, con un nudo en la garganta. Si era sincero, no quería pensar en la tía Iris, ni en su madre, ni en nada del pasado. Por supuesto que la echaba de menos. Había sido la única adulta amable en su vida y, aunque él había crecido, su relación seguía siendo fuerte.

Enderezándose, forzó una expresión neutra. —Estoy bien, madre —insistió—. La tía Iris era mayor. Era su hora. Incluso dijo que estaba preparada. —Exhaló un suspiro tembloroso—. Todos tendríamos suerte de morir mientras dormimos.

Su madre extendió una mano, con los dedos huesudos cargados por un anillo enjoyado en casi todos ellos. Él lo ignoró y ella volvió a llevar la mano al pecho.

—Jacob —dijo en voz baja.

El timbre sonó en toda la casa y Blake se permitió respirar profundamente, sin temblores. Con un poco de suerte, sería Ashford y podrían escapar de lo que fuera que estuviera pasando con su madre. Ni siquiera esperó a que el mayordomo trajera la tarjeta antes de dirigirse a la entrada de la casa.

Por desgracia, Ashford no había llegado para rescatarlo y, aunque agradecía que la conversación hubiera terminado, no estaba seguro de estar preparado para tener a Demeter y a su madre bajo el mismo techo. Sobre todo porque parecía que la tía de Demeter había venido a hacer de chaperona. Esbozó una sonrisa educada, pero lo único que conseguía era quedarse mirando los labios de Demeter.

Eran tan suaves.

Sabían a cerveza, amargos y frescos.

Habían sido tan, tan suaves.

Era extraño. Los besos eran para seducir. Eran rápidos, intensos y apasionados. Sin embargo, ese breve roce de labios permaneció en su mente más que cualquiera de los besos anteriores de su vida.

Demeter sostenía un delicado bolso de mano con cuentas en una mano, mientras que en la otra llevaba una cadena de flores de tela blanca a juego con su pálido vestido de encaje. Él había notado que ella siempre llevaba flores consigo, como si lo animara a buscarlas. No podía significar mucho, después de todo, a las mujeres les gustaban las flores, pero él no necesitaba ese estímulo para recorrer su cuerpo con la mirada y ver si había más, o dónde estaban.

Apartó rápidamente la mirada. Su tía sonrió serenamente, como si no se hubiera dado cuenta de las miradas lascivas que él había estado dirigiendo inconscientemente a su sobrina.

Demeter esbozó una sonrisa forzada. —Sr. Blake, espero que no le importe que hayamos venido sin avisar, pero me gustaría discutir un asunto con usted.

Él frunció el ceño. No querría hablar del beso, ¿verdad? Seguro que no. ¿Qué había que hablar? Nadie los había visto y, a menos que ella se lo hubiera confesado todo a su hermano o a su padre, no pasaría nada.

Dios mío, había sido un tonto. ¿En qué había estado pensando al besar a una inocente como Demeter? Especialmente vestido de chico. Si alguien los hubiera visto, tendría más cosas de las que preocuparse que un matrimonio concertado con la hija de un duque.

—Ah, señora Blake. —La señora Knighton se apresuró a rodearlo para tomar las manos de su madre—. Qué alegría verla aquí. Esperaba dar un pequeño paseo por los jardines y ahora tendré compañía. Podemos dejar a estos dos para que discutan... cosas.

Su madre parecía perpleja, pero luego abrió mucho los ojos y sonrió suavemente. —Pero claro. Hace un tiempo tan agradable y hace tanto que no hablamos.

Blake entrecerró los ojos. Estaba seguro de haberlas visto juntas el otro día en el parque. Para cuando las dos mujeres salieron

apresuradas, se dio cuenta de lo que estaba pasando. Creían que estaban participando en una especie de juego de emparejamiento.

Sacudió la cabeza para sí mismo. No importaba cuánto ese pequeño y breve beso hubiera sacudido los cimientos de su mundo o cómo nunca hubiera experimentado nada parecido. Nunca se casaría y nunca se convertiría en su padre.

# Capítulo catorce

Demeter sintió una mezcla de diversión y horror en el estómago. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando la madre de Blake se detuvo para ajustarle la corbata antes de que él se marchara, pero luego le dirigió a Demeter una mirada de aprobación y su estómago se revolvió. Su tía nunca había sido una mujer sutil, pero cuando dos mujeres con experiencia dejaron claro que la veían como la pareja ideal para Blake, se preguntó qué posibilidades tenía realmente.

Bueno, supuso que las mismas que antes. Solo que con un toque adicional de humillación cuando Blake dejó claro que no tenía ningún deseo de casarse con ella. Su expresión horrorizada después de besarla fue suficiente para acabar con cualquier idea tonta y juvenil que pudiera haber albergado en secreto. Tenía que ser realista. Por mucho que quisiera a Blake, eran una pareja terrible. Él debía de pensar lo mismo, a juzgar por su reacción al beso.

Él señaló la habitación de la derecha, empezó a decir algo y luego se detuvo. Ella entró en lo que resultó ser un salón, amueblado con un gusto totalmente masculino.

«No me extraña», murmuró para sí misma.

—¿Perdón? —dijo él detrás de ella.

Ella se giró y señaló la habitación amueblada en tonos oscuros. —Solo decía... que debería haber esperado una decoración así.

Él arqueó una ceja y ella se volvió para mirar un cuadro cercano que representaba una gran mansión.

Era una opción mucho mejor que mirar sus labios o perderse en sus ojos.

«No me había dado cuenta de que era tan predecible».

Ella lo miró. «Eres un soltero empedernido. ¿Qué más podrías tener? ¿Pasteles y helechos en cada rincón?».

«Tengo un helecho». Señaló una planta de aspecto un poco cansado cerca de la ventana.

Ella se rió. «Bueno, eso lo cambia todo».

«No quiero ser brusco, Demeter, pero ¿qué querías? Mi madre no deja de echar miradas furtivas por la ventana y, si no tenemos cuidado, acabará organizando nuestro banquete de boda por la tarde».

Ella miró hacia la ventana, donde su tía y la señora Blake paseaban lentamente por el jardín, cogidas del brazo, ambas fingiendo estar interesadas en las plantas y no en lo que estaba sucediendo en el salón.

«Sin duda, eso sería terrible para ti».

«Y para ti», dijo él. «Tus hermanas tienen fama de evitar el matrimonio».

Demeter tragó saliva. Sus hermanas lo habían evitado por una buena razón. En su caso, sobre todo porque no soportaba que el sexo opuesto se riera de ella cuando se trababa al hablar.

Ah, sí, y porque llevaba enamorada de Blake desde siempre. No podía olvidarlo.

—Chastity y Cassie ya están casadas —señaló ella.

—Mi madre nunca se había interesado por verme casado hasta ahora —dijo él con una mueca—. Parece que cree que necesito que me cuiden.

«*Yo te cuidaré*», quiso decir, y se odió a sí misma por ser tan patética.

—Quizá serías feliz con una esposa —dijo vagamente—. Al fin y al cabo, tienes casi treinta años. Seguro que quieres tener descendencia.

Él negó enérgicamente con la cabeza. «No fui diseñado para casarme. Le haría un flaco favor a la mujer».

La firmeza de su tono le partió el corazón, pero necesitaba esas palabras, la claridad que le aportaban. Las asimiló y las grabó en su mente. Blake no estaba hecho para casarse y ella nunca, jamás, debía olvidarlo.

«De todos modos, vine por tu primo».

Él levantó las cejas. «¿Sí?».

«Lo vi hoy en Hyde Park durante mi paseo diario».

—No conozco a nadie que camine tanto y tan rápido —comentó él.

—Bueno, yo... —Frunció el ceño—. Es bueno para la salud —dijo —. Pero eso no viene al caso. Durante mi paseo, vi al señor Foster y tuvo un altercado con un niño.

—¿Una discusión?

—El niño estaba jugando con un aro y un palo y estaba un poco descuidado. Golpeó a su primo. —Hizo una pausa y se llevó un dedo a los labios—. Pero fue muy extraño, porque parecía como si quisiera que el aro le golpearciera. Como si estuviera buscando una excusa para regañar al niño.

«¿Así que regañó al niño?».

«Peor aún. Le partió el palo por la mitad y luego le dijo algo».

—¿Algo?

—Blake, deberías haber estado allí. Nunca había visto a un niño tan aterrorizado. Y fue por la forma en que lo hizo. —Se acercó a Blake y acercó la cara a su oído—. Le habló así, con una expresión muy amenazante.

Blake la miró de reojo. Ella sintió el calor de su piel en su mejilla y olió su colonia. Con solo un pequeño movimiento, él podría presionar sus labios contra su piel y luego bajar, a lo largo de su cuello y...

Ella dio un paso atrás bruscamente y tragó saliva. «Lo peor es que después actuó como si nada hubiera pasado. Simplemente sonrió y siguió caminando, aparentando estar, bueno, agradable».

Se llevó un dedo a los labios y luego se pasó la mano por el pelo. «Lo sabía».

—Tenías razón, Blake. Tu instinto, esa corazonada tuya, era acertada. Hay algo que no cuadra y Michael Foster no es quien dice ser.

Su sonrisa se volvió triunfante. —El instinto, Demeter. Confía siempre en tu instinto.

«No hay necesidad de ponerse tan emocionado. Podría ser un asesino o... o...». Le costaba pensar en algo peor. «O algo así».

—Sí —su sonrisa se amplió—. Y lo descubriremos exactamente dentro de unos días, cuando asistamos a esa reunión.

*Nosotros*. Demeter exhaló un suspiro. Dios mío, ojalá esa simple expresión no hiciera que su corazón diera un pequeño salto de

alegría.

***

Antes de que Blake pudiera prometer enviar un mensaje a Demeter y poner fin a la conversación que su tía y su madre observaban sin disimulo a través de las ventanas, el mayordomo entró en el salón seguido de Ashford.

La mirada de Ashford se posó rápidamente en ellos y luego en la ventana detrás. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Ignoró a Blake, pasó junto al mayordomo y fijó su mirada en Demeter. Ella abrió mucho los ojos y Blake apretó los dientes. Había visto esa sonrisa en Ashford demasiadas veces. La usaba para seducir, influir y asegurarse de que cualquier número de mujeres cayera a sus pies.

Cómo se atrevía a usarla con Demeter.

—Lady Demeter, qué agradable sorpresa.

—Lord Ashford. —Ella bajó la mirada y se inclinó con recato.

Él inclinó la cabeza y le entregó su sombrero y sus guantes al mayordomo, asegurándose de que Blake captara el mensaje: *me quedo.*

—Lady Demeter se marchaba —dijo Blake con voz tensa.

—¿Ah, sí?

Ashford se rió entre dientes. —Mi amigo tiene unos modales detestables. Veo que ni siquiera le ha ofrecido té.

—No soy muy dado a tomar té, Ashford.

—No lo necesito, de verdad —protestó ella—. Y ya me iba.

—¿Tan pronto? —Ashford señaló hacia fuera—. Parece que la señora Blake y su tía lo están pasando muy bien. Sería cruel separarlas.

—¿Tan pronto? —balbuceó Blake—. ¿Cómo sabes que no ha estado aquí toda la tarde?

Ashford se encogió de hombros. —Simplemente lo sé. —Inclinó la cabeza y le miró la muñeca—. Qué pulsera tan encantadora.

Demeter parpadeó y levantó la muñeca, sin darse cuenta de que le estaba dando a Ashford la oportunidad de tocar las flores que adornaban su delicada extremidad.

—¿Tiene algún significado especial? —Ashford pasó un dedo por las flores de tela, rozando casi la piel interior de su muñeca.

A Blake le dolían los dientes. Se obligó a relajar la mandíbula.

Las mejillas de ella se sonrojaron y se mordió el labio inferior. —Es un hábito —dijo en voz baja.

¿Una costumbre? Maldita sea. ¿Qué quería decir con eso? ¿Y por qué demonios no se le había ocurrido preguntarle por las flores? ¿Por qué Ashford estaba descubriendo todos sus secretos?

«Bueno, es un hábito excelente. Algunas mujeres se cubren de joyas, pero tú no necesitas adornos tan llamativos. Te queda muy bien».

El rubor de sus mejillas se intensificó.

«Ahora bien...».

Su madre y la señora Knighton entraron en la habitación, que ahora parecía realmente pequeña. No sabía si sentirse molesto o agradecido. Al menos Ashford dejaría de coquetear con Demeter.

—Estaba pensando que deberíamos pedir un poco de té —dijo su madre, acomodándose en el sofá burdeos.

La tía de Demeter hizo lo mismo tras intercambiar una mirada con su madre. ¿Qué estaba pasando exactamente ese día?

—Tía Sarah, realmente creo que...

Sonó el timbre de la puerta y Hammond se apresuró a abrir.

—¿Y ahora qué? —Blake no pudo evitar exclamar.

No debería haberse sorprendido cuando su primo entró en la habitación y su mirada se posó inmediatamente en Demeter. Una sonrisa se dibujó en sus labios, pero a Blake le puso más nervioso que la de Ashford. No era una sonrisa depredadora como tal, pero la forma en que su mirada se fijó firmemente en ella, como si fuera la única mujer que existiera, le puso los nervios de punta.

—Perdóname —declaró—, no sabía que hoy tenías invitados. Solo quería venir a consultarte sobre el baile en Knowle. Como sabes, será mi primera vez y quiero honrar a mi madre lo mejor que pueda y, bueno, tú la conocías mejor que nadie...

«Así es», Blake no pudo evitar decir. *Y tú no sabías nada de ella...*

—Pero puedo volver en otro momento...

—Tonterías, Foster. Ahora estás aquí. —Ashford le indicó que se uniera a él y a Demeter, ignorando la mirada significativa de Blake.

Bueno, esto era maravilloso. Al parecer, él no tenía voz ni voto en quién visitaba o quién se quedaba. Más le valía marcharse, imaginaba que nadie se daría cuenta. Las dos ancianas compartían murmullos y risas ocasionales, mientras Demeter se situaba entre Foster y Ashford, con aspecto de estar viendo un partido de raquetas, con los ojos muy abiertos y demasiado bonita. ¿Se habían dado cuenta Ashford y Foster de lo besables que parecían sus labios? ¿O de lo largo que era su cabello?

Se sacudió y le hizo una señal a Hammond. —Parece que vamos a necesitar té.

—Por supuesto, señor. —Hammond permaneció impasible, pero sabía que el mayordomo estaría sorprendido. La última vez que había organizado una recepción en casa había sido...

Bueno, no recordaba haberlo hecho nunca. Las fiestas y los entretenimientos eran más su estilo.

—Estábamos hablando del amor de Lady Demeter por los perros —dijo Foster al acercarse—. Es una pena que no puedas tener al menos uno. Son unos compañeros maravillosos. Tengo dos cachorros en la finca y te encantarán.

Ella miró a Blake y él tuvo que recordarse a sí mismo que ella sabía que ese encanto no era real, que no se dejaría engañar. Sin embargo, una pequeña y estúpida parte de él seguía dándole vueltas a la cabeza.

«¿Y si se lo creyera?», se preguntaba.

No. Ella era demasiado inteligente para eso. Él, sin embargo, era un completo idiota. Ella había mencionado lo de los perros antes, pero él nunca le había dado mucha importancia. Parecía que no solo le gustaban los perros y estaba dispuesta a saltar delante de hombres enfadados para salvarlos, sino que realmente adoraba a los perros. Y lo de las flores... ¿por qué nunca le había preguntado sobre eso?

Hizo una mueca mientras su amigo y su primo seguían conversando con ella. ¿Desde cuándo Ashford y el torpe Foster eran mejores que él con las mujeres?

# Capítulo quince

Para ser una cita clandestina, era increíblemente aburrida.

Bueno, Demeter supuso que no era del todo aburrida. Al fin y al cabo, estaba con Blake y no imaginaba que ninguna mujer se quejara jamás de estar en su compañía. Él tenía la capacidad de hacer que cualquiera se sintiera el centro de su atención, a pesar de que estaban allí para vigilar a su primo.

Hasta el momento, el hombre no había aparecido y la noche se alargaba. Si tardaba mucho más, se quedaría dormida. Tenía los ojos pesados, a lo que no ayudaba el hecho de que no hubiera podido dormir la noche anterior, consciente de que su encuentro era esa noche, y su estómago no dejaba de dar vueltas.

Blake tenía razón sobre la posada. Podría entrar en un antro de juego con la cabeza bien alta, pero, incluso disfrazada de chico, aquel lugar le ponía los pelos de punta. Una rata le pasó corriendo por el pie en cuanto entró en el edificio y tuvo que contener un grito.

Por aparentar, compartieron una botella de whisky, pero ella tiró la mayor parte al suelo, pensando que nadie notaría un derrame en las tablas del suelo, que ya estaban pegajosas. Nunca le había gustado el whisky, a pesar de que era la bebida favorita de su tía, y este licor le dejaba un sabor amargo y ardiente en la lengua. Fuera lo que fuera con lo que lo mezclaran los propietarios de este establecimiento, no podía ser bueno.

A medida que los clientes bebían más y más alcohol, el volumen aumentaba y conversar con Blake se hacía casi imposible. Supuso que eso era bueno, teniendo en cuenta que cuando él hablaba ella no podía apartar la mirada de sus labios.

Mientras ella se había vestido como un chico, él había adoptado un aspecto más adecuado para la taberna, con barba incipiente en los labios y la mandíbula, una camisa abierta y una chaqueta que parecía tan diferente al Blake que ella conocía. Los codos estaban desgastados y las solapas ligeramente deshilachadas. Era extraño; nunca lo había visto vestido de otra manera que no fuera totalmente

elegante, con cada pequeño mechón de pelo y cada prenda perfectamente en su sitio.

«¿Esa chaqueta es tuya?», no pudo evitar preguntar.

—Sí.

—Pensé que podría pertenecer a un sirviente.

Él se movió en su asiento. —Es muy vieja.

—¿Y por qué la conservas?

Él esbozó una rápida sonrisa. «Para momentos como este».

Ella dudaba que él esperara estar escuchando a escondidas una cita secreta. Había otra historia detrás de la chaqueta, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente y asintió con la cabeza en dirección a la puerta. Entraron tres hombres, todos bastante bien vestidos y con aire autoritario. Uno de ellos era claramente el líder, que avanzaba con paso firme como si fuera el dueño del edificio, y el tabernero hizo un gesto frenético a la camarera para que les trajera una bebida. Hubo una breve conversación y luego los tres hombres se sentaron en una gran mesa no muy lejos de la puerta principal.

—Son los hombres de la reunión anterior. ¿Has visto lo que han dicho?

Demeter negó con la cabeza. Llevaban demasiado tiempo de espaldas a ella.

—No les pierdas de vista.

Ella asintió, manteniendo el sombrero bajo sobre el rostro. Su posición a la derecha de la barra era perfecta para permanecer oculta cuando llegara el Sr. Foster, pero no ayudaba mucho a ver lo que decían. —Ya sabes, si no estuvieras aquí, podría sentarme más cerca.

—Ni lo sueñes.

Ella no discutió, sobre todo cuando se produjo un breve altercado cerca de ellos, que hizo que un joven flaco se estrellara contra su mesa y Blake agarrara la botella para evitar que se derramara. El hombre se levantó del suelo, se rió y le dio una palmada en la espalda al que lo había empujado.

«No entiendo a los hombres».

—Somos fáciles de entender. Solo queremos buena bebida, buena compañía y... —Apretó los labios—.

«¿Y?».

—Y casi se me olvida con quién estaba hablando. —Hizo un gesto como si se cosiera la boca—. Además, las mujeres son mucho más complicadas.

«No es cierto. Solo queremos respeto, sinceridad y... y...».

«¿Y?».

—Bolsillos —concluyó ella.

Él levantó una ceja. «Bolsillos».

Ella se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. «¿Tienes idea de lo pocos bolsillos que tengo?».

«Nunca se me había ocurrido, debo admitir». Hizo un gesto sutil a los hombres. «¿Qué están diciendo ahora?».

Tras observarlos unos instantes, ella hizo una mueca. «Que Michael Foster llega tarde y que va a tener problemas».

«Yo desde luego no dejaría esperando a estos hombres».

«Parecen problemáticos», convino ella, observando la fuerza bruta y los brazos venosos del líder.

«Y tú estabas jugando a las cartas en su establecimiento», le recordó él. «Quizás ahora te lo pienses dos veces antes de volver».

—Es un establecimiento tranquilo *gracias* a esos hombres y su reputación. Sabía que allí no habría problemas.

Él suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. «¿Por qué no puedes ser una buena chica?».

«Una chica buena no estaría aquí, ayudándote», señaló ella.

—Cierto.

Esperaron otra hora. Los hombres terminaron sus cervezas, pidieron más y se pusieron cada vez más nerviosos.

«No dejan de decir que tendrán que ir a buscarlo si no llega. No creo que quieran esperar mucho más».

«No están solos», murmuró Blake.

«Me imagino que hay muchos otros lugares en los que te gustaría estar esta noche».

Ella dijo esto más para recordarse a sí misma que, si él no estuviera allí, probablemente estaría en los brazos de una mujer hermosa esa noche. Si no lo hacía, podría encontrarse imaginando

que esto iba más allá de un solo encuentro. Jacob Blake nunca la iba a amar y ella debía recordar eso.

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. «En realidad, no ha sido tan terrible. Al fin y al cabo, la compañía es bastante excelente».

Ella bajó la cabeza, segura de que se estaba sonrojando. «¿Nos vamos?», se obligó a preguntar cuando los tres hombres se rindieron y salieron del edificio.

Él apuró su bebida, hizo una mueca, dejó el vaso sobre la mesa y asintió. —Sí, no tiene sentido esperar más.

Ella reprimió la sensación de decepción. Él solo la estaba utilizando para averiguar cosas sobre su primo, un hecho que no debía olvidar.

***

«No puedo decir que no me moleste lo que ha hecho el chico». Ashford se dirigió a su mesa habitual en Boodle's. Pidió dos bebidas, apartó una silla y se sentó con su habitual desenvoltura.

Blake dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa y se bebió el whisky nada más servirlo. Pidió otro. Mucho mejor que la porquería que se había visto obligado a tragar el día anterior.

Ashford arqueó las cejas. —¿Buscas a alguien?

Blake se recostó en la silla de cuero y apartó la mirada de la puerta. —He oído que mi primo se ha hecho socio aquí. —Apretó los labios—. Ahora no tengo ninguna posibilidad de evitar a ese cabrón.

—¿Pero es un cabrón?

—Sí, maldita sea. Te acabo de decir que asustó a un niño hasta dejarlo sin sentido.

—Según Demeter, y Dios sabe que no quiero difamarla, pero podría estar equivocada. Sospecho que hay muchas cosas que la asustan.

Blake negó con la cabeza. —Estás completamente equivocado.

Inclinándose hacia delante, Ashford dio un sorbo a su bebida y acunó la copa de cristal. —Blake, todos sabemos que la muerte de Iris te afectó mucho...

«Oh, no empieces».

«Es natural que te sientas mal. Ella era lo más parecido a una madre que tenías y...».

—Ashford —le advirtió Blake.

—Ella estaba ahí cuando la necesitabas, cuando tu padre se comportaba como un auténtico canalla contigo. Ashford lo miró fijamente con una mirada que le recordó a la que le había lanzado su madre. No le gustó nada. —Ahora que ella ya no está, no tienes a nadie.

—Te tengo a ti —señaló con amargura—. Aunque no estoy seguro de quererte en este momento.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Y ahora tengo a mi madre, por primera vez en mi vida. Blake se encogió de hombros. —Solo Dios sabe de qué se trata eso.

—Parece que le ha dado un ataque de conciencia.

—Preferiría que se mantuviera alejada, como antes. Así era mucho más fácil.

—No estoy seguro de que lo digas en serio.

Blake señaló con el dedo la mesa oscura y brillante. —No he venido aquí para que me atormenten con... —hizo un gesto con la mano—. ¿Estamos aquí para beber y relajarnos o no?

—Bueno, me relajaría si no fuera porque pareces dispuesto a saltar de la mesa y abalanzarte sobre la primera persona que entre. Ashford entrecerró los ojos. —¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

Blake bajó la voz, consciente de que había otros clientes en las mesas cercanas. —... meses.

—¿Mes? —balbuceó Ashford—. ¿Cuántos?

«Cinco meses, maldita sea».

«Bueno, no me extraña que no dejes de mirar a Demeter como si fuera el bocado más apetecible del bufé. Aunque es bastante encantadora, una vez que le prestas atención...». Se encontró con la mirada de Blake y sonrió. «De todos modos, no es de extrañar. Cinco meses debe de ser el periodo más largo que has pasado desde que alcanzaste la mayoría de edad».

Así era. Pero él no sabía muy bien por qué. Había previsto que la temporada pondría fin a esta sequía, achacándolo a la falta de

opciones. En teoría, podría haber encontrado una amante la primera noche de la temporada, pero no lo había hecho. Ninguna de las mujeres le atraía, por alguna razón.

«Como te dije antes, necesitas una relación madura. Una mujer cálida a la que volver cada noche». Ashford dijo esto como si fuera varias décadas mayor que él, en lugar de solo un año.

Blake apretó los labios. «No voy a casarme. Eso es para los viejos». Y eso llevaría a tener hijos, y quién sabe qué pasaría entonces. Su padre había sido terrible. ¿Y si él también era un mal padre?

«Confía en mí, nunca te empujaría a la institución del matrimonio, pero como dije antes, una amante funcionaría muy bien».

—No necesito una amante —dijo Blake con firmeza—. Y no necesito esta conversación. Estoy bien tal y como estoy.

Ashford lo miró por un momento y luego suspiró. —Eres mi amigo, Blake. Tengo derecho a preocuparme por ti.

Blake bajó los hombros. Estaba siendo un idiota amargado y horrible, y Ashford no se lo merecía. Quizás se parecía más a su padre de lo que creía. Boodle's solía ser un refugio acogedor donde podía disfrutar de buena comida y las mejores bebidas, donde podía olvidar su infancia desolada y sin amor. Que su primo se hiciera socio le ponía nervioso, como si el hombre se le hubiera metido bajo la piel.

¿O era Demeter?

No. No podía ser. Por muy encantadora que fuera, no era de las que se metían bajo la piel de un hombre y le impedían pensar en nadie más.

Terminó la última gota de whisky y dejó el vaso sobre la mesa. —Perdóname, Ashford, parece que no estoy de humor para beber. Probablemente debería irme a casa y rumiar solo.

—Al menos te acompañaré a casa —se ofreció Ashford, levantándose con él.

—No hace falta.

—Blake, sabes que no puedes decirme lo que tengo que hacer, igual que yo no puedo decirte lo que tienes que hacer tú.

Resignado, Blake salió a la concurrida calle, con Ashford manteniendo un ritmo rápido a su lado. Cuando llegaron al cruce donde el Palacio del Rey dominaba el horizonte, haciendo que las casas a su alrededor parecieran insignificantes, una mancha borrosa de pelaje gris y beige cruzó la carretera, evitando por poco ser atropellada. Golpeó la pierna de Blake, obligando tanto a él como al animal a detenerse. La criatura temblaba lastimosamente, su pelaje enmarañado y su esquelética estructura apenas revelaban que se trataba de un perro de tamaño mediano. Lo miró con ojos oscuros y tristes.

Oh, Dios mío.

Blake se agachó y extendió una mano junto a su cabeza. El perro olfateó con cautela y luego empujó su fría nariz contra la mano de Blake. Este lo miró mientras se sentaba pacientemente. «No has sido un perro callejero toda tu vida, ¿verdad?», murmuró.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Ashford con tono severo. — —Por el amor de Dios, no lo toques.

El perro le dio un empujoncito con el hocico y se sentó.

De pie, miró a su amigo, luego volvió a mirar al perro y soltó un suspiro mientras el animal permanecía pacientemente sentado en el pavimento, con expresión resignada.

«Maldita sea».

Cogió al animal antes de que pudiera cambiar de opinión y la criatura se sentó plácidamente en sus brazos como si siempre hubiera estado destinada a estar allí.

La expresión de Ashford se volvió horrorizada. «Probablemente tenga pulgas y Dios sabe qué más. Suéltalo».

—No puedo.

«Es muy fácil...».

«A Demeter le gustan los perros».

Ashford frunció el ceño. «No veo qué tiene eso que ver».

Blake tampoco sabía explicarlo, pero lo único que sabía era que no podía dejar a ese perro en la calle. «Me lo llevo a casa», dijo con firmeza.

Ashford lo miró fijamente durante unos instantes y luego negó con la cabeza. —Estás loco, Blake. Completamente loco.

No discutió. Puede que fuera cierto.

# Capítulo dieciséis

Había habido muchos días en los que Demeter se sentía culpable por imaginar a Blake caminando hacia ella. Aunque nunca aquí, en Londres. Y nunca con un perro en brazos. O ese beso le estaba jugando una mala pasada a su mente o él realmente estaba paseando por el parque con un perro desaliñado acurrucado contra su chaqueta.

Redujo el paso, miró el carruaje que la esperaba y giró bruscamente en dirección contraria. Probablemente, el señor Bay estuviera leyendo el periódico y no se daría cuenta de que ella se había desviado de su ruta habitual por el parque. Sospechaba que el hombre informaba a Anton sobre sus movimientos y los de Eleanor, pero dado que ni ella ni Eleanor eran las personas más sociables del mundo, el cochero y su mozo no tendrían mucho que contarle a su estirado hermano mientras la acompañaban por Londres.

Además, ¿qué era lo peor que podía decir? ¿Que Lady Demeter había sido vista conversando brevemente con un conocido libertino? Ella había visitado su casa recientemente, lo que era mucho más probable que llamara la atención, pero había sido absolutamente necesario.

Al igual que verlo ahora. Con este perro.

Frunció el ceño y se encogió de hombros mientras atravesaba las puertas de hierro forjado de la entrada del parque. Muy bien. Quizás no era necesario, pero ¿no debería comprobar si necesitaba ayuda? Tal vez la criatura estaba herida y por eso Blake la llevaba consigo. ¿Qué clase de persona horrible negaría ayuda a un animal herido?

Ella no, eso estaba claro.

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando la vio. Caminaba con su amigo Ashford, que siempre le había parecido encantador, de una forma más sutil que Blake. Alto, bien formado, con una sonrisa permanentemente divertida en los labios, le recordaba a lo que ella imaginaba que sería un dios griego. Todo cabello dorado y líneas angulosas.

Lord Ashford no era tan descaradamente libertino como Blake, pero no había duda de que entre los dos habían roto muchos corazones. Hoy, sin embargo, su sonrisa parecía más desconcertada que divertida cuando se detuvieron frente a ella.

—Pobrecito —dijo ella con voz melosa—. ¿Qué le pasa? ¿Está herido? —Acarició al perro desaliñado y el animal cerró los ojos con satisfacción—. Es un perro precioso.

—Es un chucho —dijo Ashford.

—Tiene pedigrí —replicó ella—. Solo necesita un baño.

—Lo encontré no muy lejos de aquí —le dijo Blake, señalando con la cabeza hacia el camino—. Lo voy a llevar a casa.

El perro le lamió la mano con cautela. —Es precioso. ¿Está bien?

—Aparte de estar hambriento, parece estar bien.

«Pobrecito». Acarició al perro un poco más y sonrió cuando él le dio un empujoncito con el hocico cuando ella se detuvo. «Sin duda, alguna vez fue de alguien».

—Eso es lo que he dicho.

Blake miró a Ashford, quien se encogió de hombros y murmuró: «Está lleno de pulgas».

«Creo que estará precioso una vez que lo limpien. Solo asegúrate de bañarlo con limón y romero. Eso eliminará todas las pulgas».

—Y quema tu chaqueta. Y tus pantalones —murmuró Ashford—. Y no te acerques nunca más a mí.

Blake ignoró a su amigo. «Pensé que podría ser tuyo».

«¿M-mío?». Parpadeó varias veces, miró a Ashford, que tenía una expresión resignada, luego a Blake y, por último, al perro. «No puedo tener un perro, ¿recuerdas? La tía Sarah nunca lo permitiría».

«Bueno, puede quedarse en mi casa, pero oficialmente será tuyo. Puedes visitarlo cuando quieras y yo lo llevaré al parque para pasear con él».

Demeter miró alternativamente a los dos hombres y al perro, luchando por encontrar una respuesta. Se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas le nublaron la vista. No podía llorar, no delante de ellos dos. No por un perro.

Pero nadie había pensado nunca en hacer algo así por ella. Ni siquiera sus hermanas. Por mucho que la quisieran, ahora tenían sus propias vidas ocupadas, con poco tiempo para cuidar de perros. Tragó saliva con dificultad.

—¿Estás seguro? —logró susurrar.

—Por supuesto. Te adora. Lo sé —dijo Blake como si estuviera diciendo algo sabio.

—Me encantaría pasearlo.

«Vamos a fortalecerlo y veremos cómo está la semana que viene».

Ella sonrió. —Estoy deseándolo.

—Quizás puedas venir a verlo mañana —sugirió Blake— y ver cómo está. Sin duda, mi madre estará allí y le encanta la compañía de tu tía.

—Sería maravilloso, y sé que a la tía Sarah le encantaría ver a tu madre.

—¿Tías, madres y perros? —Ashford negó con la cabeza—. Creo que las dos están locas.

—¿Porque nos gustan los perros? —preguntó ella, volviéndose hacia el amigo de Blake.

—Porque os gustan los perros feos y llenos de pulgas. —Ashford miró al dócil animal que había apoyado la barbilla en el brazo de Blake y cerrado los ojos mientras Demeter lo acariciaba—. Me gustan los perros tanto como a cualquiera, pero este...

—Será maravilloso una vez que lo alimenten y lo limpien —concluyó Demeter por él—. ¿Verdad, mi amor?

—¿Cariño? —se burló Ashford.

—¿Cómo quieres llamarlo? —preguntó Blake.

—¿Qué tal Ernest? Siempre quise tener un perro llamado Ernest cuando era pequeña.

—¿Ernest? —repitió Ashford—. ¿En serio?

Blake asintió. —Le queda perfecto.

Ashford levantó las manos. «Está claro que soy la única persona con sentido común aquí». Se tocó el sombrero ante Demeter. «Que tenga un buen día, Lady Demeter. Buena suerte con su... perro».

Miró a Blake. «Blake, ¿no crees que...?» Suspiró y hizo un gesto con la mano. «No importa. Que tenga un buen día, Blake».

Blake ignoró a su amigo, que se alejaba marchando, y levantó el brazo para que Demeter pudiera ver bien la cara del perro. «Va a ser tan guapo», dijo ella.

Y era todo suyo.

De ellos.

No. Suyo. Cruzó la mirada con Blake y sintió un pinchazo en el pecho. Ni siquiera en sus fantasías más descabelladas habría podido imaginar algo así. Jacob Blake le había regalado un perro y ahora lo quería más que nunca.

***

«Si me tocas con ese pañuelo una vez más, madre, te echaré del carruaje».

Los ojos de su madre se agrandaron y ella guardó el pañuelo quién sabe dónde entre los encajes y pliegues de su pesado vestido. Blake sabía que era pesado porque, cuando la ayudó a subir al carruaje, ella se apoyó con fuerza en sus brazos, como si le pesaran las infinitas plumas y sedas, por no hablar de las joyas que llevaba en el cuello, las orejas y las muñecas. Nunca había sido una persona sutil, pero esa noche se había pasado un poco, incluso para ella.

Cuando él le preguntó por su aspecto, ella le recordó que la gente tenía que pensar que seguían siendo los miembros más ricos de la familia ahora que Foster había heredado.

—De todos modos, ya estamos aquí —resopló ella—. Así que puedes echarme en la escalera y ver qué piensa todo el mundo de ti cuando tires al suelo a tu pobre madre indefensa.

Un lacayo abrió la puerta y Blake salió. Ayudó a su madre a bajar los dos pequeños escalones y la soltó tan rápidamente que ella casi tropieza. Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—No sé por qué estás de tan mal humor esta noche. —Su expresión se suavizó y le puso una mano en el brazo—. Solo tienes que hacer una pequeña aparición. Estoy segura de que con medio Londres aquí, nadie notará tu ausencia, solo tienen que registrar tu asistencia.

Eso no era cierto, y él se negaba a que lo echaran. Los rumores de que era pobre porque su primo había heredado la enorme fortuna de la tía Iris no le molestaban mucho, pero no iba a permitir que Foster alardeara de toda la vida cuidadosamente construida por Iris sin estar al menos presente.

—¿Por qué querría irme, madre? —dijo, con expresión deliberadamente inexpresiva—. Sabes lo mucho que me gustan los bailes.

—Sé lo mucho que te gusta esta casa —murmuró ella, pero sabiamente se guardó cualquier otro comentario y se dirigió hacia el edificio.

Él la tomó del brazo y subieron los escalones de piedra hacia la enorme puerta principal rodeada por seis columnas del grosor de viejos robles. Recordó la primera vez que las vio, a los seis años, completamente intimidado por la grandeza del antiguo edificio. La casa en la que creció no era una choza, pero nunca le habían permitido cruzar la puerta principal, y mucho menos disfrutar de los lujos de su opulento estilo de vida. Llegar a Knowle había supuesto un gran cambio con respecto a la casa de su padre.

Y ahora todo estaba en manos de Foster.

Apretó los labios y se unió a la multitud que intentaba entrar. Muchos se detuvieron y se quedaron boquiabiertos, a pesar de que probablemente ya la habían visitado cuando Iris aún vivía.

Sin embargo, esa noche, Foster se había esforzado por impresionar. Todos los rincones y mesas estaban decorados con flores, hasta tal punto que el aroma de las rosas era casi abrumador. Había velas encendidas en cada rincón, se habían colocado los mejores jarrones y Foster también había trasladado algunos de los muebles de las suites privadas para poder lucirlos. La tía Iris nunca habría hecho algo así, sabiendo lo probable que era que se derramara madeira sobre las superficies antiguas.

Su madre lo acercó a ella. —Intenta no parecer tan gruñón, Blakey. La gente estará pendiente de nuestra reacción.

—No estoy malhumorado.

—Sí que lo pareces. Si no tienes cuidado, te convertirás en tu p... —Se detuvo y apartó la mirada, sonrojándose.

Bueno, ahora sí que estaba de mal humor. ¿Cómo se atrevía a insinuar que se estaba convirtiendo en ese bastardo de su padre, aunque no fuera su intención? Prefería recorrer descalzo las zonas más peligrosas de Londres antes que convertirse en ese miserable viejo.

Maldita sea. ¿De verdad estaba siendo tan horrible? Fuera un lapsus o no, su madre parecía estar intentando mostrarse maternal. Esbozó una sonrisa encantadora y saludó a su primo con la mayor cordialidad que pudo.

Foster sonrió, con las mejillas más sonrosadas que nunca. Blake tenía que admitir que el hombre hacía un trabajo impresionante fingiendo ser un tonto torpe que no sabía qué hacer con su nueva riqueza.

—¿Qué te parece, Blake? —dijo señalando a su alrededor—. Me hubiera encantado que me dieras tu opinión, pero últimamente has estado muy ocupado.

Si había rencor en sus palabras, Blake no lo detectó. Apenas culpaba a Demeter por dudar de sus instintos al principio. Incluso él mismo dudaba de ellos cuando hablaba con Foster.

—Sí —murmuró Blake sin comprometerse.

Su primo le dio una palmada en el hombro. —Ahora estás aquí, que es lo más importante. Junto con tu encantadora madre. Señora Blake, es usted una visión, y espero de verdad que baile esta noche.

—¿Yo? —ella negó enérgicamente con la cabeza—. Por Dios, no.

Un anfitrión con más experiencia se habría dado cuenta de eso. ¡Dios mío, qué actuación!

«Bueno, espero que pasen una velada agradable».

Avanzaron, desbordando los pasillos y saliendo al salón de baile. Blake hizo una mueca. A Iris le encantaban las fiestas, pero detestaba los bailes. Disfrutaba conversando con sus amigos y saboreando la deliciosa comida sin prisas. Debido a la multitud, era casi imposible llegar hasta la comida, y los que lo conseguían sufrían empujones y golpes. Cogió una copa de ponche de un sirviente que pasaba, le dio una a su madre y se bebió el líquido, demasiado dulce. Iris habría odiado cada minuto de aquello.

Su mirada se posó en una mujer que se movía por la parte trasera del salón de baile. No sabía por qué le había llamado la atención, pero en un instante se dio cuenta de que era Demeter. Prácticamente pegada a la pared, se movía con gran sigilo.

Interpretaba a la perfección el papel de florero, pero él seguía sin comprender cómo no se había fijado en ella antes. Entre las voluptuosas damas rubias, destacaba como un cuervo entre cisnes.

Aunque dudaba que ella se sintiera halagada por la comparación con un cuervo. Caramba, estaba perdiendo su don para los halagos.

Ella siguió avanzando por el salón de baile, mirando hacia atrás, donde se encontraba su familia, no muy lejos de las puertas traseras abiertas. Él frunció el ceño. No necesitaba haberla observado antes en un baile, sabía lo que estaba haciendo. Ella le dio la razón, deslizándose hacia la escalera y subiendo los escalones de tres en tres, como si eso fuera a impedir que alguien la viera.

No iba a permitir que siguiera involucrada en el asunto de Foster. Su primo era peligroso, estaba convencido de ello desde que Demeter lo había visto gritarle a ese chico.

—Si me disculpas, madre —murmuró y se dirigió hacia Demeter antes de que ella pudiera decir lo que escondía esa sonrisa cómplice.

Primero tenía que ocuparse de Demeter. Después se preocuparía por Foster.

# Capítulo diecisiete

Unos dedos se cerraron alrededor de su brazo. Demeter se giró y dio un grito ahogado, luego se llevó una mano al pecho. —¡Blake! Me has asustado.

Él le soltó el brazo. Tenía el ceño fruncido y los ojos oscuros. Ella nunca había visto a Blake enfadado. Era extraño no ver sus juguetones hoyuelos ni su rápida sonrisa. Por supuesto, seguía siendo tan guapo como siempre, pero ¿acaso su primo lo había enfadado de alguna manera?

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Investigando al Sr. Foster, por supuesto.

—No.

—¿No?

Él la agarró del brazo de nuevo y la arrastró un poco por el pasillo. —Vuelve abajo. No deberías estar aquí.

—¿Por qué no? —Ella le soltó el brazo y se puso las manos en las caderas—. Iba a buscar su estudio. Puede que tenga documentación allí. Cartas. O incluso un testamento.

Blake negó con la cabeza. «De alguna manera, dudo que Foster sea tan tonto como para dejar algo revelador tirado por ahí».

«Mira, la reunión ha fracasado, pero no podemos rendirnos». Le puso una mano en el brazo e intentó no pensar en los músculos que se adivinaban bajo la tela perfectamente cortada. «Hubo una investigación el año pasado... mi hermana... bueno...». Ella hizo un gesto con la mano. «Es difícil de explicar, pero hubo un testamento falsificado. ¿No crees que podría haber pasado lo mismo aquí? El Sr. Foster falsificó el testamento de alguna manera y así es como ha heredado todo esto sin que haya habido ninguna solicitud para cumplir los deseos de tu tía».

—Podemos rendirnos —dijo él, señalando entre ellos—. Porque no hay ningún *«nosotros»*. No debería haberte involucrado en esto desde el principio.

—Hace poco me lo estabas suplicando.

—He cambiado de opinión.

—No me importa hacerlo. De hecho, yo...

—Demeter, Foster podría ser peligroso.

—Admito que ver su comportamiento el otro día me asustó un poco, pero no creo que vaya a hacer nada realmente peligroso. Al fin y al cabo, no puede poner todo esto en peligro.

Blake suspiró y ella observó su expresión. Tenía los hombros ligeramente encorvados y los ojos cansados, como si algo le pesara mucho. ¿Qué había cambiado desde ayer, cuando básicamente le había regalado un perro?

Su mirada se desplazó detrás de ella y sus ojos se oscurecieron, mientras sus labios formaban una línea recta. Ella se giró y vio un cuadro detrás de ella. No tenía nada de extraordinario: un atractivo paisaje que mostraba una iglesia alta y los campos que la rodeaban. Tenían uno similar en la casa de su padre. Volvió a mirar a Blake y vio que movía la mandíbula.

—¿Qué pasa?

—Este cuadro es uno de los más valiosos de la casa.

No sabía qué decir, así que permaneció en silencio.

—Mi tía quería que se vendiera tras su muerte y que la fortuna se donara a su organización benéfica favorita. Su tono no revelaba emoción alguna y eso la hizo estremecerse, porque Blake nunca hablaba sin mostrar alguna emoción. Era como si la luz se hubiera apagado por completo en él.

—Por eso debemos averiguar si había otro testamento —insistió ella.

—No, Demeter. No hay ningún «tenemos» que valga.

—Puedo ayudarte. Ya te he dicho que tengo experiencia...

—No.

—Y puedo hacer cosas que tú no puedes. Tu primo no sabe que me visto de hombre y, de todos modos, nadie sospecha nunca de una mujer.

«No».

«Tú querías mi ayuda», le recordó ella. «Prácticamente me chantajeaste».

—No.

—No sabes qué hacer ahora. Sé que no lo sabes. Si tan solo...

—Maldita sea, Demeter. No.

Levantó la barbilla y lo miró, con la mano aún en la cadera. —No puedes detenerme, lo sabes.

Él soportó su mirada durante unos segundos y luego se pellizcó el puente de la nariz. —A mi primo... le gustas.

—Bueno, eso es algo bueno...

«No, verás, creo que quiere casarse contigo».

Demeter se rió. «Nadie quiere casarse conmigo. Soy demasiado callada, tartamudeo demasiado. La gente cree que soy tonta».

«Yo nunca he pensado eso».

Ella miró sus zapatillas de satén color crema, que contrastaban con el suelo de madera oscura. «No».

«Eres la hija de un duque, Demeter, y aún no te has casado. Eres una buena opción para un hombre que acaba de hacerse rico».

—Sí. Por supuesto —dijo ella aturdida.

Y no una buena candidata para nadie más. Esa sugerencia flotaba en el aire entre ellos. La única razón por la que alguien había deseado casarse con ella era por su padre y su dote, aunque el interés había disminuido rápidamente tras su debut en sociedad. Antes nunca le había importado. No quería el interés de innumerables caballeros, solo el de uno. Sabía que amar a Blake era una locura y que ningún hombre podría igualarlo jamás. También sabía que no deseaba casarse con nadie que temiera que su tartamudez le avergonzara. Era mucho más fácil amar desde la distancia que arriesgarse a sufrir un dolor real.

Desgraciadamente, involucrarse con Blake la estaba llevando demasiado cerca del riesgo. Lo sentía en su corazón, que latía con fuerza, como si quisiera recordarle lo fácil que era que se rompiera. Solo con una palabra él podría romperlo, de eso estaba segura.

Pero había estado buscando algo con lo que ocupar su tiempo y ¿qué mejor manera que llegar al fondo de este asunto de Foster? Simplemente tendría que ser cautelosa con Blake.

—¿Cómo está Ernest? —preguntó de repente cuando el silencio se prolongó demasiado.

—Está muy guapo —dijo él con una media sonrisa—. Tal y como se esperaba.

—Iré a visitarlo tan pronto como pueda.

—Hazlo. Creo que ya te echa de menos. Puedes visitarlo en cualquier momento, aunque yo no esté allí.

—Sí, claro. —Entrelazó las manos. ¿Lo ves? Por eso tenía que controlar su corazón. Solo estaba siendo amable al ofrecerle la copropiedad del perro. No era para poder verla más.

Sus dedos se cerraron una vez más alrededor de su brazo y la atrajo hacia él. Le costaba respirar y su mirada se desvió de su rostro.

Luego la arrastró a una habitación a oscuras y cerró la puerta tras ellos.

«¿Qué estás...?»

Él le puso un dedo en los labios y a ella le dio vueltas la cabeza al sentir su proximidad. Él permaneció inmóvil, tenso, con el ceño fruncido. Ella frunció los labios contra su dedo.

«¿Blake?», dijo ella, con la palabra amortiguada.

«Viene alguien», dijo él, y ella se dio cuenta de que estaba escuchando y no reuniendo valor para besarla o salirse con la suya.

Por supuesto. Se dejó caer contra la pared detrás de ella y apartó su dedo con el dorso de la mano. Qué tonta era.

***

Blake no solía cometer errores. Sus instintos siempre eran acertados y, llevando la vida que llevaba, no podía permitirse cometer muchos.

Llevar a Demeter a una habitación a oscuras, a solas, sin duda podía considerarse un error. Una vez que los pasos se alejaron, pudo pensar en la sensación persistente de los labios de ella bajo su dedo. Eran suaves, insoportablemente suaves. Le hizo querer recordar cómo se sentían sobre los suyos. Lamentó que su beso hubiera sido tan breve.

No.

Dio unos pasos atrás, inhaló profundamente y la miró, con la cabeza inclinada hacia atrás, su largo y elegante cuello adornado con un sencillo collar de encaje cosido en forma de pequeñas flores blancas, muy parecido al que había visto en las niñas pequeñas con flores de verdad.

Se arrepentía del beso, ¿no? Ashford le había advertido sobre ella y no se había equivocado. Aunque nunca se lo habría dicho a su amigo.

Demeter no era el tipo de mujer a la que se le robaban besos. Habría consecuencias, y no solo las que se obtienen apuntando con una pistola. Por muy atrevida que se creyera, era inocente y demasiado decidida a hacer lo correcto por los demás. Primero este asunto de la caridad, luego rescatar a un niño y a un perro. Diablos, incluso quería ayudarlo a él, a pesar de que prácticamente la había chantajeado para que lo hiciera. No podía aprovecharse de su naturaleza generosa, por mucho que lo tentara.

Por muy fácil que fuera acortar la distancia, tomarla en sus brazos, sentir cómo se hundía en su abrazo. Le besaría el cuello y...

—Las flores —dijo de repente, señalando su cuello—. ¿Por qué no joyas?

Ella frunció el ceño. —¿Las flores?

—Llevas flores más que joyas. Es inusual para una mujer de tu rango.

—Supongo que crees que debería estar cubierta de joyas.

—No pienso nada. Solo sentía curiosidad.

Ella esbozó una suave sonrisa y acarició el collar con los dedos. —Es una costumbre.

«¿Llevar flores es un hábito?».

«Todo empezó cuando era sorda. Mi madre me enseñó el lenguaje de las flores cuando tenía cinco años y me pareció la forma perfecta de comunicar lo que sentía cuando me costaba expresarlo con palabras. Así que empecé a recoger flores del jardín». Su sonrisa se amplió. «Al jardinero no le gustaba, así que mi madre mandó hacer joyas, alfileres para sombreros y otras cosas con forma de flores para mí». Dejó de tocar el collar y bajó la mano. «Sé que Chastity teme que yo esté... reprimida de alguna manera por eso». Levantó y bajó los hombros. «Quizás lo esté».

Bueno, ahora deseaba no haber dicho nada. Blake sintió la repentina necesidad de hacer cualquier cosa para devolverle la sonrisa a sus labios. Para hacerla más feliz que nunca. Para eliminar

cualquier duda que persistiera en su mente. Haría cualquier cosa para que eso sucediera.

Se acercó, alejándose de las cortinas cerradas hacia la puerta, y se detuvo a un paso de ella. Tocó el collar, siguiendo las intrincadas líneas. «¿Tu madre lo mandó hacer?».

Ella asintió.

—Imagino que te ayuda a sentirte más cerca de ella.

Ella volvió a asentir.

—Este mundo no siempre es amable. No veo nada malo en ese hábito si te reconforta.

«Dudo que tú necesites consuelo».

Él dudó y luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Ella miró su puño cerrado y él lo giró hacia el fino rayo de luz que se filtraba a través de la cortina y luego abrió los dedos. Casi cerró los dedos de golpe cuando vio lo que ella vería: nada más que un pequeño y gastado trozo de madera.

Demeter extendió una mano y lo acarició con un dedo. —¿Qué es?

Tragando saliva, luchó contra el impulso de volver a meterlo en el bolsillo. «Lo hice yo. Cuando tenía unos cinco o seis años, creo. Era una especie de muñeco, un amigo, por así decirlo».

Ella levantó la vista hacia él. «¿Por qué ibas a necesitar un amigo? Blake, tú nunca estás solo».

—Bueno, ahí te equivocas. —Cerró la mano y volvió a guardar la madera en el bolsillo. Ya había dicho demasiado.

—Somos amigos, ¿no? —dijo ella en voz baja—. Al menos...

«Sí, somos amigos», respondió rápidamente, porque lo eran.

No sabía cómo ni cuándo, pero se habían hecho amigos. Sin duda, era una extraña novedad para él. Aunque había pasado gran parte de su vida adulta con mujeres, nunca había tenido a ninguna como amiga. Demeter ya sabía más sobre él que incluso Ashford, así que estaba seguro de que eso debía considerarse amistad.

Sin embargo, los amigos no querían besarse.

—Me alegro porque...

Actuó rápidamente porque ella era demasiado guapa, demasiado dulce, y no quería seguir pensando en ello. Rodeándole

el cuello con una mano, reclamó su boca. Ella jadeó y le agarró los brazos, permitiéndole profundizar el beso. Un pequeño y suave gemido se le escapó y él respondió con otro gemido. No era de extrañar que no hubiera podido resistirse. Su boca parecía hecha para él, su sabor lo atraía. Había dado cientos, si no miles, de besos y ninguno le había hecho sentir así.

Ninguno había dejado sus miembros tan débiles, su corazón rugiendo como si hubiera ganado una gran victoria, su sangre corriendo furiosa por su cuerpo.

Su lengua se entrelazó con la de él y él la abrazó con fuerza, consciente de lo frágil que era ella, consciente de cuánta confianza había depositado en él. Deslizó la otra mano hasta su cintura y sintió las ligeras varillas de su corsé a través de la seda. La agarró con fuerza, tirando de la tela como si eso pudiera de alguna manera atarlo a ella.

Se separó cuando oyó una voz. Una voz grave, masculina, y pasos. Durante unos instantes, apoyó la frente contra la de ella y escuchó su respiración entrecortada, que se correspondía con la suya.

Luego le dio un beso en la nariz. —Tenemos que irnos de aquí, cariño —le susurró—. Tienes que alejarte de mí.

«Sí». Ella siguió agarrándole los brazos y él no se movió.

La voz volvió y Blake se dio cuenta de que era alguien hablando consigo mismo. Y ese alguien era su primo.

Demeter abrió mucho los ojos cuando la manija de la puerta traqueteó. Foster iba a descubrirlos.

# Capítulo dieciocho

Demeter empujó a Blake hacia atrás, se giró y abrió la puerta antes de que Foster pudiera entrar en la habitación. La puerta ocultaba a Blake de la vista, pero Foster se quedó quieto al verla.

—¡Lady Demeter! ¿Qué está haciendo...? Es decir...

Ella sonrió rápidamente, colocándose directamente delante de él y obligándolo a retroceder de la puerta. —Estaba, eh, buscándote. —Miró a sus pies, esperando que él confundiera su acción con timidez y no con su intento de ocultar su inútil mentira.

Miró por debajo de sus pestañas y vio que él apretaba brevemente los labios antes de volver a esbozar esa sonrisa tímida.

—Te vi subir —dijo rápidamente—, y pensé que habías entrado en esta habitación, pero, por supuesto, me equivoqué.

Su sonrisa era temblorosa, pero esperaba que fuera lo suficientemente encantadora como para que él no se diera cuenta. Oh, cómo deseaba ser como Chastity o Cassie, que lo habrían deslumbrado con sus encantos en un instante.

—¿Y qué quería de mí, mi señora?

Tragó saliva. ¡Piensa! «¡El cuadro!».

—¿El cuadro?

—Había oído que tenía un Boucher —respondió ella con un suspiro—. Es uno de mis favoritos y quería verlo, pero no sabía dónde estaba.

—Ah. —La expresión del señor Foster se relajó—. Mi madre tenía un gusto excelente. Es prácticamente invaluable, ¿sabes?

Los latidos de su pecho se ralentizaron. Pero, por supuesto, era de esperar que el señor Foster quisiera presumir de su nueva riqueza. Él no sabía que su padre tenía muchos, muchos cuadros de valor incalculable, algunos guardados en casas que rara vez visitaban.

«¿Me lo enseñará?», preguntó ella con dulzura.

El señor Foster miró a su alrededor. —Quizá deberías llamar a tu tía o a una de tus hermanas —sugirió.

—Oh, no —ella negó con la cabeza—. Si salía corriendo a buscar un acompañante, él podría descubrir a Blake. No podía arriesgarse a eso.

Él abrió mucho los ojos.

—Se lo están pasando muy bien y solo tardaremos un momento, estoy segura. ¿No me enseñarás el cuadro... a solas?

El sudor brotó en su labio superior. Demeter no podía entender por qué. Había visto su cuidadosa actuación. ¿Acaso un hombre así no se pondría nervioso por sus sutiles atenciones?

Él asintió enérgicamente. «Por supuesto. Solo será un momento, como usted dice».

Señaló el largo pasillo, flanqueado por numerosos cuadros y varias mesitas con plantas y jarrones. La decoración era un poco más oscura y antigua de lo que le gustaba a Demeter, pero la tía de Blake era de otra generación, por lo que sin duda seguía siendo de su agrado. Se preguntó cuánto tiempo tardaría el señor Foster en cambiarlo todo y cómo se sentiría Blake al respecto. Estaba claro que quería mucho a su tía.

—De hecho, pasaste por delante sin verlo. —Señaló el cuadro de una mujer desnuda, recostada en una chaise longue, colgado de un riel con un enorme marco dorado.

—Oh, qué tonta soy. —Se llevó una mano al pecho y se detuvo frente al cuadro—. Me encanta Boucher. Era mentira. Le repugnaba su gusto por las mujeres desnudas tumbadas en posturas incómodas. ¿Por qué se le había venido ese nombre a la mente?

El recuerdo de un beso muy reciente abrumó sus sentidos, y Demeter lo apartó. Tenía que concentrarse.

—Pensaba que lo habías visto —comentó él—. Está en un lugar bastante destacado.

Apretó los labios. El cuadro colgaba cerca de la parte superior de las escaleras, donde la mayoría de las miradas se posaban en él. —Estaba tan concentrada en seguirte... —Giró la cabeza y se encontró con su mirada fija en ella. ¿Se creía su mentira? Dios mío, si ella escuchaba semejante tontería, él desde luego que no.

Pero su mirada permaneció fija en ella, no con duda, sino con algo más. Era como si sus ojos se hubieran iluminado desde dentro y

el sudor de sus labios brillara a la luz de la lámpara.

Se inclinó lentamente. Tan lentamente que le dio tiempo a reconocer lo que brillaba en su mirada.

Deseo.

Ella se echó hacia atrás rápidamente y unas voces resonaron al pie de la escalera, lo que le permitió respirar hondo.

—Perdóneme —murmuró él—. No debería estar sola aquí arriba, mi señora. Créame cuando le digo que no soy el tipo de hombre que pasa tiempo con damas sin acompañante y usted es realmente... —Señaló hacia ella—. Tan encantadora. Nunca haría nada que... la molestara.

Ella pensó en todas las veces que había estado sola en los bailes, cuando cualquier hombre podría haberse acercado a ella y sin duda no lo había hecho, y luego en todas las veces que había estado con Blake. No podía entender muy bien lo que el señor Foster pensaba de ella, pero se equivocaba, fuera cual fuera su impresión.

—¿Por qué no baja? —sugirió ella—. Estoy segura de que sus invitados la están echando de menos.

—Sí —asintió enérgicamente, con un movimiento de garganta—. Sí, claro. Espero que tengamos la oportunidad de volver a hablar. En compañía, por supuesto.

Ella le dedicó una brillante sonrisa. —Por supuesto.

—Hasta entonces, mi señora. —Hizo una reverencia y bajó rápidamente las escaleras.

Con el ceño fruncido, lo vio alejarse corriendo y luego volver a esconderse entre las sombras cuando dos mujeres pasaron por debajo de las escaleras. No podía entender a aquel hombre. ¿Era capaz de sudar a voluntad? ¿Realmente la había deseado? ¿O era todo parte de su actuación?

Fuera lo que fuera, le provocó náuseas. Había visto deseo en los ojos de Blake, aunque fuera momentáneo y probablemente totalmente precipitado, y había sido diferente al que había visto en los del Sr. Foster.

Ese hombre era peligroso, concluyó. Más peligroso de lo que ninguno de los dos había sospechado.

***

Cuando Blake entró en Pidgeon's y sus ojos se acostumbraron a la tenue luz del amplio espacio abierto, sacudió la cabeza para sí mismo. Cualquiera que conociera a Demeter tendría dificultades para imaginarla siquiera poniendo un pie allí. Seguramente habría salido corriendo, con los ojos muy abiertos y las piernas temblorosas.

Pero ellos no la conocían como él.

Miró hacia la mesa en la que la había visto jugando. Ahora le parecía que había pasado una eternidad.

A esas horas tempranas, solo los desesperados y los ansiosos ocupaban las mesas. No tenía ni idea de si Harriet Carr estaría allí, pero se había despertado con una necesidad desesperada de hacer algo con respecto a la maldita situación con su primo. Cuando debería haber estado investigándolo, había estado, bueno, bastante ocupado con Demeter. Había pasado demasiado tiempo simplemente hablando con ella.

Y pensando en ella.

Ah, sí. Y besándola también.

Se frotó la cara con la mano, se agarró el sombrero con una mano y se abrió paso entre las mesas. El aire olía a hierbas y sudor rancio. Probablemente las hierbas se utilizaban para ocultar el hedor de los cuerpos, pero no podían ocultar el olor de la desesperación. Al menos dos de los hombres que estaban en las mesas de juego probablemente estaban sudando a través de sus camisas. Fuera lo que fuera lo que los había traído allí, nunca iban a hacer fortuna.

Sonrió para sus adentros. Demeter sí lo haría, por supuesto, pero Demeter era una rareza, en muchos sentidos.

Un joven barría astillas de madera del suelo, restos de una silla por lo que parecía, y Blake se preguntó por qué la dulce Demeter había elegido este lugar entre todos para jugar. Había garitos con mejor reputación donde no se producían peleas de forma habitual. Por supuesto, ella no parecía hacer nada de la manera fácil. Era toda determinación, envuelta en un delgado mechón de pelo largo y lujoso y unos labios demasiado besables. Cualquiera que pensara que no podía defenderse aquí no la conocía.

Maldita sea. Ahora no era el momento. No tenía por qué pensar en el beso ni en cómo había llegado a conocerla demasiado

íntimamente para su gusto y, sin embargo, no lo suficiente.

Le dio una palmada en el hombro al hombre. No tenía tiempo que perder. Anoche había vislumbrado el rostro de su primo a través de la rendija de la puerta. Había visto cómo su mirada se había detenido en Demeter. Oh, lo había ocultado bajo una apariencia de caballerosidad, pero Blake reconocía esa mirada. No había habido sospechas, como Blake había temido, oh no, solo había deseo.

Y Demeter, la maldita mujer, respondió con todo el falso encanto y la inocencia de una debutante que busca conseguir una propuesta de matrimonio, aunque él dudaba que ella tuviera idea de lo que sus palabras podían hacerle a un hombre. ¿En qué estaba pensando al arrastrar a Foster a ver un cuadro de desnudos? ¿A solas?

—¿Qué quieres? —El joven larguirucho se volvió con un gesto de fastidio, dejó la escoba apoyada contra la pared y miró a Blake con aire cansado. Parecía que ni siquiera su rostro bastante conocido ni su ropa cara impresionaban al hombre, que no podía tener más de veinte años, pero que aparentemente lo había visto todo en ese lugar.

—¿Está Harriet aquí por casualidad?

Miró hacia arriba, hacia el balcón que recorría todo el ancho y largo del edificio y conducía a las habitaciones superiores. —Arriba.

«¿Alguna habitación en particular?».

El hombre se encogió de hombros, sus huesudos hombros resaltaban contra una camisa fina que tenía remiendos en ambos codos. «¿Importa?»

«Estoy buscando específicamente a Harriet».

«Pruebe en la tercera».

Antes de que Blake pudiera darle las gracias, el hombre volvió a su tarea de barrer. Parecía que no solo a Demeter no le importaba lo más mínimo su opinión. Solo pensar en su primo mirándola fijamente le tensaba los hombros. Cuanto más observaba a Foster, más convencido estaba de que había algo que no cuadraba en toda la situación, y en el propio Foster. Empezaba a arrepentirse profundamente de haber involucrado a Demeter en todo esto. Un hombre capaz de fingir tan torpemente tenía que ser peligroso, ¿no?

Con un poco de suerte, Harriet tendría más información sobre los hombres con los que habían visto a su primo. O quizá Demeter tenía razón y ella solo quería su dinero. En cualquier caso, lo averiguaría con certeza y decidiría cuál sería su siguiente paso. No podía seguir descuidando esta investigación.

Subió los escalones de dos en dos y llamó a la puerta con los nudillos. Oyó pasos, pero ella tardó un rato en abrir la puerta. Ella sonrió al verlo, por lo que tuvo que concluir que o bien pensaba que era un blanco fácil para sacarle más dinero o bien le había dado información real.

—¿Has cambiado de opinión? —le indicó que entrara en la habitación.

Pasó junto a ella, rodeado por el aroma de lavanda que le hacía latir las sienes. Vio varios ramilletes en un pequeño jarrón de cristal y restos esparcidos por un pequeño tocador. Probablemente, Harriet utilizaba la planta en lugar de perfume.

Las cortinas estaban casi completamente corridas y una vela de sebo desprendía un feo humo gris en una esquina. Muchos no le creerían, pero nunca antes había puesto un pie en la habitación de una prostituta, y ahora no se arrepentía de esa decisión.

Harriet cerró la puerta y se apoyó contra ella, dejando ver su pierna entre la abertura de una bata vaporosa. Frunció los labios pintados y lo miró por debajo de las pestañas. No era fea, con su pelo rojo, su mandíbula afilada y sus grandes ojos azules, pero el cansancio se reflejaba bajo sus ojos y los huesos de la clavícula y el pecho delataban muchos días sin comer.

Él dio un paso atrás cuando ella se acercó y ella resopló, poniendo las manos en las caderas. —No me haga perder el tiempo, señor.

«Usted ha malgastado el mío», le señaló él.

—Lo habría recordado —dijo ella con una sonrisa maliciosa.

—¿La reunión? —le recordó él—. No había nadie allí.

—Bueno, eso no fue culpa mía —dijo ella, tirando de un largo rizo y enrollándolo una y otra vez alrededor de su dedo—. Solo le dije lo que sabía.

—Me dijiste algo incorrecto.

«No soy mentirosa», protestó ella.

«Entonces dime qué más sabes».

Poniendo los ojos en blanco, pasó junto a él, se dejó caer en la silla delgada frente al tocador, sacó un pequeño bote de colorete y se lo aplicó en las mejillas. «Si alguien se entera de que estoy hablando contigo...».

«Sabes que puedo pagarte bien».

Se giró, con la mano en el respaldo de la silla de mimbre. «Lo sé». Mordiéndose el labio inferior, dejó el tinte y se limpió los dedos en la manga de la bata. —No sé por qué no había nadie allí, pero sí sé que el señor Foster tiene problemas con esos hombres. Los oí hablar de lo que le iban a hacer y de cómo iban a atraparlo. Creo que él los ha estado evitando y Newman, el dueño, está furioso. Debe de deberles dinero, más del que ya tiene.

—¿Dijeron algo más?

Harriet se encogió de hombros. —Todo lo que sé es que lo recuperarán de una forma u otra y que el señor Foster sería un tonto si no les pagara. Todo el mundo sabe lo peligrosos que son esos hombres. Aun así, probablemente pronto tendrá dinero más que suficiente para pagarles.

Blake frunció el ceño. La herencia de su tía ya se había repartido y no se le ocurría de dónde más podría sacar dinero Foster ni por qué no tenía suficiente, aunque gran parte de la fortuna de Iris estaría invertida en inversiones o propiedades. Apostaría a que a Newman no le importaría dónde estuviera el dinero, siempre y cuando lo recuperara.

—¿Cómo es eso? —insistió.

—Se dice que le ha echado el ojo a una solterona rica y desesperada. Una vez que se case con ella, tendrá dinero más que suficiente para pagar a Newman y a sus amigos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, congelándole el corazón. No hacía falta una mente tan rápida como la de Demeter para averiguar a quién perseguía su primo.

—Maldita sea.

Antes de que saliera corriendo de la habitación, Harriet chasqueó los dedos. —¡El pago! —le gritó—. Me debes dinero.

Maldiciendo entre dientes, sacó un puñado de monedas, sin molestarse en contarlas, y las dejó caer sobre el tocador. Luego salió de la habitación. Foster se casaría con Demeter por encima de su cadáver.

# Capítulo diecinueve

—Sabes, *has* estado pasando bastante tiempo con el señor Blake. Eleanor entrelazó dos dedos de ambas manos y los entrelazó una y otra vez, con la mirada baja.

Sobre la mesa había varios objetos metálicos. Demeter no sabía qué significaban, había muchos engranajes, bobinas de aspecto extraño y placas metálicas lisas, pero conociendo a Eleanor, en unos días se convertirían en algo bonito o funcional, o tocarían una melodía. La casa estaba llena de artilugios creados por su hermana, algunos diseñados deliberadamente y otros más bien montados por accidente.

Demeter observó el movimiento de los dedos de su hermana e intentó ignorar los latidos acelerados de su corazón al mencionar a Blake. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no dejarse caer en la silla más cercana y apoyar sus débiles rodillas.

Otra reunión, otro beso. Pero, ¿qué significaba todo eso?

—No tienes por qué preocuparte —comenzó Demeter.

Eleanor levantó la mirada hacia ella. —Es un libertino, Demeter. Y tú eres...

—Una florero. Lo sé. Completamente opuestos y con muy pocas posibilidades de tener un futuro juntos. Sí, lo sabía todo. Sin embargo, eso no impidió que su mente tonta diera cien pasos imposibles hacia adelante. Contuvo un suspiro.

—En realidad, quería decir que eres tan encantadora y amable que él podría aprovecharse de eso.

—¿De verdad me crees tan tonta? —dijo automáticamente, sintiendo cómo se le erizaba el vello.

Quizás realmente era una tonta. Después de todo, ¿qué mujer compartiría dos besos con el libertino más famoso de Inglaterra y se imaginaría otra cosa que no fuera una tórrida aventura? E incluso eso era un pensamiento tonto. Los libertinos no tenían aventuras con las tímidas.

—Eres una de las mujeres más inteligentes que conozco. Eleanor hizo un gesto con la mano. —Pero, Demeter, sé que piensas

que vivo en mi propio mundo...

—Eso no es...

—Y con Chastity y Cassie casadas, solo quedamos nosotras dos.

—B-bueno, sí...

—Y tú eres mayor que yo.

Demeter frunció el ceño. «No estoy segura...».

Eleanor siempre había sido más cercana a Cassie. Prácticamente habían crecido juntas. Sin embargo, no se consideraba completamente ignorante en cuanto a los hábitos de su hermana. Eleanor era más intelectual que tímida, no le importaba quedarse apartada en los bailes y prefería dedicarse a sus propias aficiones. El año pasado, las dos se las arreglaron bastante bien juntas. Hoy, sin embargo, no la entendía en absoluto.

—No quiero darte consejos —dijo Eleanor—, pero siento que debo hacerlo. Chastity no estaría contenta conmigo si dejara que esto continuara sin decir nada.

—¿Dejar que pase qué, Eleanor? No tienes por qué preocuparte. —Las palabras le parecieron una mentira.

Miró hacia la ventana cuando sonó el timbre. —Creo que sí debo preocuparme.

Con el ceño fruncido, Demeter se acercó a la ventana y apoyó las palmas de las manos en el alféizar, inclinándose hacia delante para mirar la puerta principal. No podía ver quién estaba allí, pero vio el carruaje pintado de colores vivos que daba la vuelta por la parte trasera del edificio.

*Blake.*

Miró a Eleanor y se estremeció interiormente cuando vio la mirada cómplice en su rostro. Su hermana se levantó de la mesa y le puso una mano en el brazo. —Ten cuidado, Demeter. Un hombre como ese no se gana una reputación por nada.

—Lo sé —susurró Demeter.

—Buscaré a la tía Sarah para que esté cerca. Menos mal que Anton no está en casa. Dudo que permitiera que ese hombre se acercara a ti.

—Lo sé —repitió con voz ronca.

Y en cuanto a Anton, ella achacaba su respuesta a lo estirado que podía llegar a ser ese hombre, pero si Eleanor le advertía que se mantuviera alejada de él, debía hacerle caso. Su hermana era la más racional de todos ellos.

Con las manos entrelazadas delante de ella, esperó, con la mirada fija en la puerta entreabierta. Su pulso latía tan fuerte que lo sentía en los dedos. Cada crujido de la puerta, cada paso y cada murmullo lo hacían latir más fuerte.

Estaba desesperada. Eleanor había llegado demasiado tarde con sus advertencias. En cuanto Blake entró en la habitación, su corazón casi se le salió de la garganta y cayó al suelo. Seguramente un hombre como Blake había soportado a suficientes mujeres desesperadamente enamoradas como para reconocer sus sentimientos por él. Enderezó los hombros y rezó para que su expresión fuera tan inexpresiva como pretendía.

Él inclinó la cabeza en señal de saludo y la tía Sarah le hizo un pequeño gesto con la mano y luego esbozó una amplia sonrisa mientras arrastraba deliberadamente una silla hasta la esquina de la habitación, con las patas de madera chirriando por el suelo, hasta que se sentó en ella, dándole deliberadamente la espalda.

Los labios de Blake se crisparon y Demeter puso los ojos en blanco.

—No te esperaba —comenzó ella.

—Yo... —dijo él al mismo tiempo.

Ella apretó los labios y le indicó que continuara.

—Después de ti —dijo él.

Ella negó con la cabeza. «No, tú».

«Muy bien. Yo...».

El gato lo interrumpió empujándole insistentemente la pierna. Él bajó la mirada y, incluso desde su posición junto a la ventana, ella vio el pelo blanco sobre sus pantalones oscuros. —Simon —le regañó ella.

—¿Simon?

—Mi tío.

Se le formaron arrugas entre las cejas. «El gato...». Lo señaló mientras este le daba vueltas alrededor de la pierna y volvía a

empujarlo con descaro. «... ¿es tu tío?».

—Sí. Quiero decir... No. No exactamente.

Él negó con la cabeza. —No importa. Tenía que venir urgentemente. —Acortó la distancia entre ellos tan rápidamente que ella se olvidó de respirar—. Mi primo está de camino.

—Ah.

«Y me temo que viene a preguntarte algo».

—¿Algo?

Su garganta se movió.

—Demeter, no puedes decir que sí. No importa cómo... —Hizo un ruido en la garganta—. Simplemente no digas que sí.

—¿Sí a qué?

—Quiere casarse contigo.

«Oh». Las palabras calaron en ella y abrió mucho los ojos. «¡Oh!».

***

*Oh.* No dijo «bueno, eso es absurdo» ni «no diría que sí aunque fuera el último hombre sobre la tierra». Ni siquiera puso cara de disgusto.

El miedo latía con tanta fuerza en el pecho de Blake que parecía un pájaro tratando de escapar de su jaula. Lo cual era más absurdo que el hecho de que el Sr. Foster le pidiera matrimonio. Ella nunca diría que sí, ¿verdad? No con todo lo que ellos, bueno, sabían. Más o menos. No habiendo ella sido testigo de lo que se escondía bajo su disfraz.

No con sus instintos.

No después de su beso...

No, eso no tenía nada que ver con este asunto. Lo más importante era que Demeter no dijera que sí bajo ninguna circunstancia.

—¿Está de camino... ahora mismo? —preguntó ella, señalando con un dedo.

—Sí. Vi su carruaje en Oxford Street.

—Bueno, no veo cómo eso significa...

—Estaba comprando algo —dijo él con irritación. Un regalo para Demeter, según dijo el cochero. Blake tuvo que obligarse a no cerrar

el puño. Por supuesto que Demeter se merecía regalos, cientos de ellos, si no miles, pero no de Foster.

Ella levantó una mano. —¿Por qué eso significa que quiere pedirme que me case con él? Blake, no tiene mucho sentido.

—Está de camino. El cochero lo ha dicho.

Las arrugas surcaron su frente. —¿Para pedirme que me case con él?

—Creo que sí.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Mi instinto...

—Blake, ¿tu instinto también te dice que podría estar tan desesperada como para decirle que sí a un hombre al que apenas conozco? ¿A un hombre al que hemos estado investigando? ¿A un hombre que podría ser una persona peligrosa?

—Bueno... —Miró por la ventana cuando vio pasar un carruaje. No había duda de que era el nuevo carruaje de su primo. Las alas latían con más fuerza en su pecho, creando una tormenta en toda regla. Foster no podía tenerla. Ningún hombre podía. Él...

¿Qué? La había besado dos veces. Una decisión realmente estúpida. Jacob Blake no besaba a las inocentes hijas de los duques. Pero eso no significaba nada. No podía reclamar su futuro ni sus decisiones.

—Ya veo.

Desvió su atención hacia ella. ¿Qué vio ella? ¿Que era un hombre presa del pánico? ¿O que no tenía ni idea de lo que pretendía cuando entró allí para exigirle algo? Lo único que sabía era que no podría soportar que existiera la más mínima posibilidad de que ella dijera que sí.

Ella bajó la mirada al suelo y encogió los hombros. Él cerró los ojos brevemente. Ahora lo entendía.

Qué idiota.

—Demeter... —Se acercó unos pasos—. No quería decir...

Ella levantó la barbilla. Sus ojos estaban apagados, como si él hubiera apagado la luz que los iluminaba. Ahora lo único que quería era devolvérsela, preferiblemente besándola. Fue entonces cuando su rostro se iluminó más, calentado desde dentro por sus besos.

—Creo que sí —dijo ella en voz baja—. Crees que soy una solterona desesperada que diría que sí a un hombre así.

No era cierto. En absoluto. Ni siquiera se le había ocurrido que ella pudiera decir que sí por la necesidad de casarse antes de que fuera demasiado tarde. Ahora se daba cuenta de lo terrible que había sido. Nunca le había preguntado qué quería de la vida, nunca le había preguntado por qué hacía todas las cosas que hacía o si realmente quería sentar cabeza algún día y tener hijos, hijos que sin duda seguirían los pasos de su madre y serían tan ridículamente inteligentes y astutos. Habían pasado mucho tiempo juntos últimamente y él no sabía lo suficiente.

Quería saber más.

Por desgracia, si alguna vez llegaba a conocerla mejor, tendría que admitir que su miedo a que ella dijera que sí a su primo no tenía nada que ver con la situación de ella y sí con la suya.

Simplemente no podía soportar la idea de que otro hombre la tuviera. Se habría reído a carcajadas si no pensara que Demeter habría interpretado que la risa iba dirigida a ella. ¿Qué derecho tenía él a reclamarla? ¿Desde cuándo sentía celos?

Sonó el timbre y se le hizo un nudo en la garganta.

Desde hoy, al parecer.

No apartó la mirada de Demeter, ni siquiera cuando oyó que se abría la puerta detrás de él y unos pasos entraban. La mirada de ella se dirigió rápidamente hacia atrás y, antes de que pudiera comprender lo que había hecho, se encontró arrodillado.

Ella abrió mucho los ojos y él oyó un grito ahogado detrás de él, que supuso que era de la tía Sarah, dado el tono. Antes de que su prima pudiera articular palabra, soltó la pregunta que nunca pensó que diría en su vida.

«Lady Demeter, ¿quieres casarte conmigo?».

Ella se llevó una mano a la boca. Su respiración resonaba en sus oídos. Simon, el gato, empezó a lamerse una pata desde su posición en el alféizar de la ventana y el sonido de sus pequeños lametones era inusualmente fuerte. El tiempo podría haberse detenido, no estaba seguro. Tampoco podía hurgar en sus pensamientos difuminados. Eran como barro: espesos y difíciles de atravesar.

Había actuado por instinto, y su rodilla golpeó el duro suelo antes incluso de pensar en lo que estaba haciendo.

—¿Demeter? —le instó la tía Sarah desde detrás, con voz cercana.

—Yo... —La mirada de Demeter buscó la suya. Ella se encogió de hombros levemente—. ¿Sí...?

La tía Sarah gritó. El gato saltó del alféizar de la ventana y empujó a Blake. Su corazón dio un vuelco tan fuerte que quiso pedir sales aromáticas.

—¿Sí? —repitió él.

—Supongo que sí —respondió ella con los ojos muy abiertos y una mirada interrogativa. Él no la culpaba. Ninguno de los dos había previsto tal acción. Tendría que pensar mucho para darle sentido.

Blake se levantó de rodillas y sonrió. «Excelente». Se giró y vio a Foster y a la tía Sarah prácticamente pisándole los talones.

Las mejillas de su primo estaban más rojas de lo habitual y su mirada severa contradecía la tensa sonrisa de sus labios. «Veo que he llegado en el momento oportuno. Enhorabuena, primo. Podrías haberme contado tus intenciones y no habría invadido un momento tan privado».

«Ah, bueno...», Blake miró a Demeter. «No estaba exactamente planeado, pero...».

—Cuando uno está enamorado, nunca puede planear esas cosas. —La tía Sarah le tomó el rostro y le besó en ambas mejillas—. Querido chico guapo, serás muy bienvenido en esta familia.

Él se encontró con la mirada insegura de Demeter y le dedicó una sonrisa de disculpa. Los había arrastrado a ambos a algo totalmente imprevisto y no estaba seguro de poder culpar a sus instintos esta vez. En presencia de Demeter, estos no parecían funcionar correctamente en absoluto.

# Capítulo veinte

«Sabes, creo que la pareja de recién comprometidos necesitaría un momento a solas».

Demeter asintió enérgicamente mientras su tía se llevaba al señor Foster. Lentamente, desvió su atención de la puerta vacía hacia Blake. Apenas se había movido desde que se levantó de una rodilla y su piel, normalmente bronceada, tenía un aspecto pálido.

—¿Por qué has hecho eso? —siseó ella—. ¿Por qué?

—Bueno, fue...

—Si dices que fue por instinto, te tiraré este jarrón a la cabeza. —Señaló el jarrón de cristal que había sobre el escritorio a su derecha.

Él hizo una mueca. —No tenías por qué decir que sí.

—¡Tú querías que lo hiciera! —protestó ella—. Lo vi en tus ojos.

Él se pasó la mano por el pelo y asintió. «Es cierto». Echó un vistazo a la habitación vacía y se acercó.

Su corazón dio un salto tonto y absurdo. Él le había pedido matrimonio por instinto y por alguna razón que ella aún desconocía. Ella le había dado la respuesta que él quería, pero, por muy tonto que fuera su corazón, reconoció que su repentina acción era necesaria. Simplemente no podía entender por qué lo había hecho. Por muy tonta que fuera en lo que respecta a sus sentimientos por Blake, no era tan estúpida como para creer que él realmente quería casarse con ella.

—¿Y bien?

—Mi primo...

«Nunca iba a decir que sí y tú lo sabes».

«Sí. Cierto». Asintió con la cabeza. «Por supuesto».

—Entonces, ¿por qué?

Blake se pasó la mano por el pelo otra vez, dejándolo despeinado. Ella quería pasar los dedos por sus mechones y sentir su suavidad por sí misma. Como prometida, ¿no tenía libertad para hacerlo? Excepto que nada de esto era real. Simplemente no podía serlo.

—Demeter... —Exhaló un suspiro—. Foster es más peligroso de lo que tememos. Estoy seguro de ello.

—¿Así que querías protegerme?

Ella cruzó los brazos. Menuda protección. Ahora se sentía más expuesta y frágil que nunca. Estaba oficialmente comprometida con el hombre al que había amado durante demasiado tiempo. Sin duda, eso solo podía acabar en desastre, ¿no?

—Sí —dijo él rápidamente, recuperando el color en las mejillas como si se sintiera aliviado por haber dado una respuesta—. Y piénsalo, si estamos comprometidos, nos resultará mucho más fácil hablar entre nosotros sobre la investigación.

—Creía que no querías que me involucrara.

Él esbozó una sonrisa. —Estoy empezando a darme cuenta de que, quiera yo o no, tú encontrarás la manera de involucrarte.

—Tienes toda la razón —dijo ella, levantando la barbilla.

Su sonrisa se amplió. —Eres adorable cuando dices palabrotas.

Bueno, eso era molesto. Ella no pretendía ser dulce.

—Pero, ¿qué pasará cuando...? —Hizo un gesto vago con la mano—. No vas a querer seguir adelante con eso, ¿verdad?

—No temas. No tengo intención de obligarte a casarte conmigo.

Su corazón se encogió un poco. Qué tonta, qué tonta. Por supuesto que no. ¿Por qué *esperaba* algo diferente? Aunque su corazón no lo supiera, su mente sabía que no eran una buena pareja. Él tenía toda esa experiencia y confianza, y ella tenía...

Una tendencia a aferrarse a las paredes y un tartamudeo, supuso. Un amor por las flores y los perros, y un odio por la atención. Difícilmente iba a ser un matrimonio por amor, aunque su corazón lo anhelara.

El hecho era que, por mucho que deseara que pudieran estar juntos, no iba a casarse con alguien que no la amaba.

Y su familia... si la reacción de la tía Sarah servía de referencia...

—Blake, esto es... —Se dejó caer en la silla más cercana, dejando que los cojines acunaran su cuerpo, repentinamente cansado. Su corazón no había dejado de latir con fuerza desde que

él se había arrodillado—. Esto es un desastre. ¿Por qué lo has hecho?

—Ya te lo dije... para protegerte.

Ella ladeó la cabeza. —No necesitaba que me protegieras.

«Has visto el cambio de comportamiento de mi primo. Y ahora cree que vosotros dos deberíais estar juntos». Su boca se tensó en una línea severa. «No necesitamos que te vigile de cerca, Demeter. Sinceramente, creo que podría ser peligroso. Un hombre capaz de fingir así tiene que serlo».

«Sabes que solo tienes mi palabra de que se comportó así. Nunca lo has visto por ti mismo».

Sus labios se curvaron. «Menos mal que confío plenamente en ti, cariño».

Demeter lo miró fijamente durante unos instantes, observando su expresión abierta. La única razón por la que su madre había creado la sociedad de investigación era porque a menudo no se confiaba en las mujeres. Incluso los investigadores contratados se negaban a creer en su palabra. A lo largo de los años, Demeter no había discrepado con su madre. Una y otra vez se dudaba de las palabras de las mujeres. Sin embargo, a Blake nunca se le había ocurrido desconfiar de ella. A pesar del lío en el que se encontraban, ella apreciaba eso de él.

—Entonces, cuando esto termine... —Hizo un gesto con el dedo entre ellos dos.

—Puedes romper conmigo —dijo él, como si fuera la sugerencia más sencilla del mundo—. Tu reputación permanecerá intacta y la gente probablemente creerá que la culpa fue mía.

—¿No te importa que la gente piense lo peor de ti?

Él sonrió con aire burlón. —La gente ya lo hace. Un poco más de chisme no hará daño.

—Y mientras tanto... fingiremos estar comprometidos. Ella se llevó las manos a la cabeza. —Esta farsa no va a ser fácil de explicar a nadie —murmuró contra sus manos.

«*Soy* irresistible», le recordó él.

Ella levantó la cabeza lentamente e intentó ignorar la sonrisa que le hizo agradecer estar sentada. «Y yo soy una florero. Nadie

entenderá por qué me lo has pedido».

Blake se acercó a ella, se sentó en cuclillas y le puso una mano en la rodilla. —Todos pensarán que soy el hombre más inteligente de todo Londres.

Ella resopló.

—Estarán celosos de que yo haya visto lo que ellos no vieron. Se comerán por dentro al saber que la mujer más hermosa del mundo, con el cabello más glorioso y la mente más ágil, me ha dicho que sí. —Le acarició la nariz con un dedo—. Confía en mí. Nadie lo cuestionará, cariño.

Cuando ella estudió su expresión, no vio ningún signo de mentira. Ese hoyuelo se le formó en la mejilla y sus labios carnosos estaban tentadoramente cerca. Si él fuera realmente su prometido, ella se habría inclinado y lo habría besado. Por algún milagro, se contuvo. Le creyó: nadie lo cuestionaría. Pero si no tenía cuidado, ella también podría creer que había algo más que un compromiso falso.

***

Blake cerró el libro de un golpe cuando Ashford entró en el salón, más rápido de lo que el mayordomo podía seguirle el ritmo. Miró a su amigo desde su asiento junto a la mesa auxiliar y puso una mueca de disgusto. Primero su madre, ahora Ashford. La noticia de su compromiso se había difundido más rápido de lo previsto.

Blake levantó una mano y se levantó de la silla. —Si estás...

—¿Qué diablos estás leyendo? —preguntó Ashford, sacando la silla de enfrente, echándose hacia atrás la cola del frac y sentándose. Dejó el sombrero y los guantes sobre la mesa, ocultando las letras doradas de la portada del libro.

Debería haberle dado la vuelta a esa maldita cosa. Se dejó caer en la silla e hizo una señal al mayordomo. «Algo fuerte, por favor, Hammond».

Después de que su madre se abalanzara sobre él, con los ojos brillantes, chillando tan fuerte sobre su compromiso que apenas había podido entender nada entre las palabras *«compromiso»* y *«nietos»*, debería haber sacado el alcohol. Ahora Ashford estaba allí,

mirándolo como si le hubiera salido una segunda cabeza, y sin duda necesitaba un trago.

—¿Te has caído recientemente?

«¿Caído?», repitió Blake.

—Porque la única razón que se me ocurre para que estés leyendo... —Apartó los guantes de la cubierta del libro—. ...floriografía es que te has golpeado la cabeza y estás completamente aturdido. —Se recostó y lo miró con tanta franqueza que Blake se sintió como un espécimen en estudio. —¿Has estado últimamente en algún lugar con poca luz? ¿Te has caído de un caballo, tal vez? —Se volvió hacia Hammond—. ¿Has oído algún golpe durante la noche?

El mayordomo ignoró a Ashford y colocó las copas de cristal y sirvió una generosa ración de whisky antes de colocar la jarra a juego en el centro de la mesa.

Blake tendría que recordar agradecer más tarde a su mayordomo su comportamiento taciturno.

—No me he golpeado la cabeza —insistió—. Ni me he caído de un caballo. No me pasa nada, Ash. Gozo de perfecta salud.

—Entonces, ¿por qué lees libros como este? —señaló con el dedo las encuadernaciones de cuero—. ¿Y le has pedido matrimonio a Lady Demeter Fallon? —Sacudió la cabeza enérgicamente—. Casi me caigo de mi maldito caballo cuando me enteré de la noticia. Llamé mentirosa a Lady Fossbury.

—Bueno, se sabe que esa mujer exagera la verdad.

—¡Pero esta vez es verdad!

—Lo es —admitió él.

Ashford dio un largo trago, vaciando el vaso hasta dejar solo una pequeña gota de líquido ámbar, y luego lo dejó sobre la mesa con un golpe tan fuerte que Blake temió por la antigüedad de cristal. —Te lo advertí, Blake. Te dije que las cosas no acabarían bien. ¿Qué le va a pasar a la pobre chica cuando rompas con ella y quede completamente arruinada? Ningún hombre volverá a tocarla.

—Serían unos necios, —murmuró Blake—, pero no importa. No voy a romper con ella.

Ashford se detuvo a mitad de servir otra copa. —¿Vas a seguir adelante con ello?

«No exactamente».

Su amigo dejó la jarra y se pellizcó el puente de la nariz. «Llevas comportándote de forma extraña desde que llegamos a Londres. Solo se me ocurre que tiene que ver con Demeter».

«Bueno...».

—Es una buena mujer y no permitiré que la hagan daño.

Blake frunció el ceño. —¿Desde cuándo te importan sus sentimientos? No eres su hermano.

—Tampoco soy ciego. Es atractiva, dulce, muy inteligente y...

—Aléjate de ella —espetó Blake.

—Blake —Ashford lo miró con dureza—. No soy yo quien va a comprometerse. Sigo siendo un soltero maravilloso y perpetuo. Sin embargo, eso no significa que quiera ver sufrir a esa chica. Te conozco, Blake, quizá mejor que tú mismo.

—Eso no es cierto —murmuró él.

—¿No? Entonces, ¿sabes por qué estás leyendo un libro sobre flores?

—Es... —Blake exhaló un suspiro—. Bueno, es... —Agarró el libro y se echó hacia atrás en la silla para colocarlo en la estantería cercana—. Es solo un maldito libro.

Nunca debería haber comprado esa maldita cosa, pero cuando vio el título en el escaparate de una de las librerías de Londres, no pudo resistirse.

«Amas a esa chica».

Blake parpadeó varias veces. ¿Amar? Ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra. Nunca la había oído pronunciar ni a su padre ni a su madre. Estaba bastante seguro de que no sabía cómo amar, y mucho menos *estar* enamorado.

Y sí, había habido una o dos mujeres que habían pronunciado esa palabra, pero nunca significó nada. Era en medio de la pasión o porque esperaban domesticarlo. Ninguna de ellas lo conocía realmente, así que ¿cómo podían amarlo?

¿Cómo podía él amar a otra persona? ¿Cómo podía amar a Deméter?

Sonrió con sarcasmo. «Eso es ridículo».

«¿Ah, sí?», Ashford señaló el libro que seguía inclinado en la estantería, como burlándose de él.

«Es un libro, Ashford».

—Y un compromiso, y cada vez más tiempo pasando con Demeter.

—Estamos investigando a mi prima —espetó Blake—. No hay amor ahí. Ni por mi parte ni, estoy seguro, por la suya.

—Bueno, ella es demasiado sensata como para enamorarse de un libertino —admitió Ashford.

Blake intentó ignorar la fría punzada de tristeza que le provocó esa afirmación.

—De todos modos, ¿investigar? ¿Qué significa eso?

Respirando hondo, Blake explicó que quería aprovechar la habilidad de Demeter para leer los labios, sin revelar cómo había descubierto esa habilidad, y sus dudas sobre su prima. Incluso le explicó lo del compromiso.

Las cejas de Ashford se fruncieron durante un rato y el hombre se quedó mirando la brillante superficie de la mesa mientras los carruajes pasaban por delante de la casa, con sus ruedas traqueteando sobre la carretera seca. Eso le dio demasiado tiempo para reflexionar sobre la palabra. *Esa* palabra. La que se repetía con el traqueteo.

*Amor, amor, amor, amor.*

Maldito Ashford. Él no amaba a Demeter.

—Sin duda la has envuelto bien en tu lío, ¿no es así? —dijo Ashford finalmente.

—La liberaré de él, no te preocupes.

Una media sonrisa se dibujó en los labios de su amigo. —¿De verdad lo harás?

«Por supuesto», respondió Blake rápidamente, ignorando la duda que latía en su corazón. No la amaba y la dejaría marchar. El amor y el matrimonio definitivamente no estaban en los planes del infame libertino Jacob Blake.

# Capítulo veintiuno

Si Demeter tenía que sonreír y dar las gracias a otra persona por sus felicitaciones, era muy probable que gritara.

Bueno, probablemente no lo haría. Gritar y llamar la atención no era precisamente algo que soliera hacer. Pero podría huir y esconderse en algún lugar. Tenía que haber algún sitio donde ella y Blake no llamaran la atención.

Echó un vistazo al parque. ¿Era solo ella, o toda la sociedad había decidido que, a pesar del día nublado y la ligera brisa, saldrían a dar un paseo por la tarde? Le dolían las mejillas de tanto sonreír y le dolían los dientes de apretarlos. Sin embargo, si no los apretaba con fuerza, temía que la verdad saliera a la luz, especialmente cuando alguien le lanzaba esa mirada extraña, como si no pudieran entender por qué Blake le había pedido matrimonio.

A decir verdad, ella tampoco podía entenderlo. Suponía que su razonamiento era lógico, pero le molestaba que él realmente pensara que ella era capaz de caer en los brazos del primer hombre que se lo pidiera.

Exhaló un suspiro y se concentró en Ernest, que trotaba a su lado. Eso también la confundía. No el perro en sí, sino el hecho de que Blake lo hubiera acogido y, en esencia, le hubiera dicho que era suyo. Era el gesto más amable y dulce que nadie había tenido jamás con ella. Y no tenía sentido.

*Blake* no tenía sentido.

Todo lo que siempre había sabido sobre Blake se estaba desmoronando, como el borde de un acantilado azotado por una tormenta. Era un libertino, encantador, al que poco le importaba más que su propio placer. Esos hechos se vieron envueltos en la tempestad de su mente y estaban siendo zarandeados.

Bueno, era un libertino y encantador, pero ella no sabía que tenía otras facetas. Como lo mucho que se preocupaba por su tía, o lo tierno y compasivo que podía ser con un perro. O cómo la hacía sentir más que una florero con tartamudez.

Empezaba a llegar a la conclusión de que el hombre del que se había enamorado no existía realmente. El problema era que el hombre que había llegado a conocer era mucho más atractivo que quien ella pensaba que era.

—¿Por qué frunces el ceño, Demeter?

—Parecemos demasiado una familia. —Señaló a Ernest, que se había detenido para olfatear detenidamente alrededor de un banco.

—Bueno, estamos comprometidos. Eso es una especie de familia.

—No me gusta, Blake. Mi tía se quedará desconsolada cuando esto termine.

—No puedo imaginar a la tía Sarah ni remotamente melancólica.

—Oh, lo estará —le aseguró Demeter—. Estaba hablando de que quería que yo tuviera un... —Se calló de golpe—. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le había contado algo así?

Blake arqueó las cejas. —¿Un amante?

Ella tragó saliva. «Sí».

—No seguiste su consejo, ¿verdad? —Su tono era extraño, como si acabara de tragarse algo.

—¡Por supuesto que no!

—Bien. —Su hoyuelo brilló.

Demeter puso los ojos en blanco.

«Eso es...».

«Está bien que tú tengas un amante, pero yo no. Lo sé». Hizo un gesto con la mano para descartar cualquier excusa.

Ella y sus hermanas habían reflexionado muchas veces sobre la hipocresía de la sociedad y los sexos, y Demeter nunca había llegado a una conclusión definitiva sobre por qué las normas eran diferentes, salvo que era porque los hombres gobernaban el mundo. Además, se había rebelado una vez y no había salido bien. Las normas podían ser absurdas, pero para ella era mucho más fácil cumplirlas.

«No es eso...»

«Blake, no voy a discutir esto contigo».

«¿Aunque sea tu prometido?».

«Temporalmente».

«Sabes, si realmente fuéramos a casarnos, me gustaría discutir estos asuntos contigo».

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. «¿De verdad?».

—¿Te parece tan extraño?

—Bueno, ni siquiera la tía Sarah ha hablado conmigo sobre el, eh, lecho matrimonial. Y dudo mucho que mi madre hubiera querido hacerlo. La mayoría de las chicas que conozco lo desconocen por completo la víspera de su boda.

«No le veo el atractivo a una novia nerviosa y aterrorizada. La noche de bodas debería ser para los dos». Hizo una pausa. «Es decir, lo sería, si llegara a suceder».

Una sensación de nerviosismo la invadió, comenzando en el estómago y extendiéndose a todas las extremidades mientras imaginaba cómo sería pasar la noche de bodas con Blake.

«¿Qué pasa?».

Demeter infló las mejillas brevemente, tratando de refrescar su rostro. Confesar sus pensamientos solo la haría parecer una tonta. «Nada». Sacudió la cabeza enérgicamente y tiró un poco de la correa de Ernest, animándolo a alejarse del banco y seguirla. «Deberíamos estar hablando del Sr. Foster, ya sabes, y no de este tonto asunto del compromiso».

—Sí, claro —dijo él con tono monótono.

Ella ignoró la extraña tensión en su expresión. «Sabes, creo que he descubierto su tic».

—¿Su punto débil? Pero no has jugado a las cartas con él, ¿verdad?

«No, pero se sonroja constantemente».

—Me he dado cuenta.

«Puede parecer entrañable».

«Pues no lo es en absoluto. Ese hombre es un fraude, Demeter, no lo olvides».

«Para mí no», protestó ella. «Pero contribuye a su imagen de nuevo rico que intenta hacerse un hueco en la sociedad».

«Sí...».

«Bueno, a mí me parece que ocurre cuando miente».

«Se sonroja todo el tiempo», señaló él.

«Sí, porque miente la mayor parte del tiempo». Hizo una pausa y miró a Blake directamente a los ojos. «Pero cuando me llamó, eh, preciosa, se me fue el rubor».

«*Eres* encantadora», coincidió él. «Pero eso podría ser solo una coincidencia».

Ella negó con la cabeza y apartó el cumplido de su mente. «No lo creo».

«¿Cómo lo sabes?».

Ella sonrió. «Instinto, Blake. Tengo instinto».

***

Armado con este nuevo conocimiento, Blake se acercó a su primo mientras este se despedía de unos nuevos amigos. Si era cierto, tal vez podría saber cuándo su primo decía la verdad y cuándo mentía.

«¿Te vas?», preguntó Blake, esbozando una sonrisa forzada.

Su primo miró a su alrededor. «En efecto».

«Pensé que podríamos hablar...», Blake buscó en su mente, «de una cena».

—¿Una cena?

—Bueno, aún no has organizado ninguna y es lo que se suele hacer.

Foster se mesó el borde del chaleco. —Ah. Bueno, sí, claro.

«Entonces, vamos a tu casa».

—He traído el carruaje —Foster señaló con la mano hacia las puertas exteriores, donde esperaba el vehículo de color amarillo brillante.

Ah, sí. Esa monstruosidad amarilla. De alguna manera, logró ocultar el disgusto en su rostro. —¿Vamos? Blake se limitó a responder.

Blake se subió al carruaje junto a su primo, tratando de no mirarlo fijamente para ver si se sonrojaba. En ese momento, sus mejillas estaban pálidas. Aún no se detectaban mentiras.

—Sabes, no me había dado cuenta de que tú y Lady Demeter os estabais cortejando.

Blake parpadeó ante la dureza de su mirada. Oh, había molestado bastante a su primo. Qué interesante. Quizás si indagaba

más, podría irritar a Foster y hacer que revelara algo sobre sí mismo.

—Bueno, en realidad no, pero es una dama de fortuna —se encogió de hombros—. Y tampoco es fea.

Foster apretó los labios en una fina línea mientras el carruaje daba una sacudida hacia delante. —Es extremadamente elegante y encantadora —dijo con tono duro—. Eres un hombre afortunado.

—Hay muchos que dirían que *ella* es afortunada —Blake esbozó una sonrisa de satisfacción.

«¿Casarse con un hombre que...?» Foster negó con la cabeza y se enderezó. «Bueno, os deseo lo mejor a los dos».

Ahí estaba, el rubor. Lo más probable era que aquel hombre quisiera matarlo por entrometerse y robarle a su novia. Realmente le gustaba Demeter, y no solo por su riqueza.

«Quizás tú también encuentres una novia esta temporada, primo. Hay muchas mujeres solteras y debutantes disponibles y ahora que te estás estableciendo en la sociedad, no tengo ninguna duda de que tendrás muchas damas interesadas».

«Había pensado en intentar encontrar una novia, pero...». Apretó los labios. «Bueno, ninguna ha despertado mi interés».

O la que le había interesado ahora estaba comprometida. Cuanto más hablaba Blake con su primo, más agradecido se sentía de haberle pedido a Demeter que se casara con él, fuera por circunstancias falsas o no. La forma en que los ojos de su primo adquirían una mirada extraña y nublada al mencionar su nombre hacía que Blake quisiera echar al hombre de su propio carruaje.

«Seguro que quieres una novia rica. Las propiedades como la de tu madre son terriblemente costosas».

—Mi madre tenía mucha riqueza —dijo con amargura en la voz.

Blake intentó no sonreír. —Es extraño que no decidiera gastar parte de ella en tu educación en Londres, Foster. Hubiera pensado que querría lo mejor para su hijo.

—Recibí una educación excelente.

—Ah. ¿Dónde estudiaste exactamente?

—Creía que íbamos a hablar de esta cena —espetó Foster y se presionó las sienes con los dedos—. Perdóname, creo que estoy un poco cansado.

—Sin duda. Últimamente has estado trabajando mucho, organizando bailes y tratando de encontrar tu lugar en la sociedad. Quizás una cena no sea una buena idea después de todo.

—No, no. —Negó enérgicamente con la cabeza—. Si es lo que se espera, lo haré. Como siempre, agradecería tu ayuda, primo.

Blake entrecerró los ojos. ¿Por qué sospechaba que su primo no necesitaba ayuda alguna? Fuera lo que fuera lo que había estado haciendo todos estos años, oculto de la sociedad, debía de llevarlo preparando desde hacía mucho tiempo, dado lo educado que era su comportamiento. Hoy era la primera y única vez que le había visto perder la compostura, aunque fuera un poco.

—¿Tienes tiempo para tomar una copa? —preguntó Blake cuando llegaron a la casa de su tía—. Así podremos discutir a quién debes invitar y te recomendaré un excelente cocinero.

—Mi cocinero *es* excelente —dijo Foster con tono seco mientras salía del vehículo—. Uno de los mejores.

—Ah, sí, lo había oído. Monsieur Lucien Baduex. Todo un partido. Y extremadamente caro. Incluso los miembros más ricos de la *alta sociedad* tendrían dificultades para pagar su salario anual. Su tía había sido una mujer adinerada, pero no tanto.

—Exacto —la sonrisa de su primo se volvió presumida—. Estoy seguro de que puedo organizar una cena de la que la *alta sociedad* hablará durante meses.

«Casi creo que no necesitas mi ayuda, Foster».

—Oh, no. Tu consejo será muy valioso.

Blake tuvo que concluir que su primo lo consideraba mejor como aliado que como enemigo. Quizás Foster lo consideraba demasiado libertino o frívolo como para cuestionar las circunstancias de Foster. Fuesen cuales fuesen las razones para continuar con el engaño, prefería que Foster lo considerara un amigo, al menos hasta que descubriera la verdad detrás de la herencia de su primo.

Se detuvo en el pasillo y vio una zona desnuda en la pared del vestíbulo. El papel pintado formaba un gran cuadrado descolorido y había ganchos vacíos colgando del riel para cuadros. —¿No había un cuadro ahí?

—Oh, sí. —Las mejillas de Foster se sonrojaron lentamente—. Estoy cambiando algunas cosas. Dándole mi propio toque a la casa y demás.

—Ya veo —murmuró Blake.

—¿Vamos al salón? —sugirió Foster, señalando la habitación favorita de su tía. La decoración era decididamente femenina, nada que ver con la habitación que él esperaba que le gustara a su primo.

Frunciendo el ceño, miró más allá de su primo, fijándose en el zócalo al final de la profunda entrada. Ignoró los gestos frenéticos de su primo y se dirigió a grandes zancadas hacia el zócalo, que ahora ocupaba un jarrón azul y blanco.

—¿Más cambios? —preguntó, con la voz tensa.

—Oh, sí.

—¿Dónde está el elefante? No apartó la mirada del lugar donde antes había estado un elefante de bronce.

—Es difícil de decir. He movido tantas cosas... ¿Ahora vamos a...?

—Prefiero verlo.

—Lo siento, Blake, no recuerdo dónde lo puse.

Blake dirigió su atención a su primo, fijándose en el enrojecimiento de su rostro. «Sabes, acabo de recordar que tengo que reunirme con Ashford esta tarde».

Foster arqueó las cejas. «¿Ah, sí?».

«Perdóname, primo. Será mejor que me dé prisa».

Blake ignoró la charla de su primo sobre cenas y cuándo volverían a verse, y se despidió vagamente, pero lo único que podía imaginar mientras caminaba rápidamente por la carretera era ese maldito elefante.

Era una tontería sentirse dolido por un objeto. Ridículo, incluso. Pero ese elefante había sido una de las primeras cosas que había visto cuando llegó a la casa de su tía después de años de abandono, y siempre le había fascinado. Había admirado a la criatura, frotándola en un lugar concreto para sentirse reconfortado, tantas veces que lo había desgastado.

El bastardo estaba vendiendo las pertenencias de su tía, estaba seguro de ello, y ahora tenía que detener a su primo antes de que

desapareciera más del legado de la tía Iris. Lo antes posible.

No tardó mucho en llegar a la casa de Demeter, ni en inventarse una excusa para volver a visitarla tan pronto después de su paseo por el parque.

Sin embargo, la tentación de observar a Demeter mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja y hojeaba un libro, sin darse cuenta de su presencia en la puerta de la habitación, lo atravesó y lo hizo detenerse. Juró que podría observarla durante horas, especialmente cuando se mordisqueaba el labio inferior. Todo su cuerpo se tensó por el deseo y se aclaró la garganta en un intento por librarse de esa sensación.

Ella se sobresaltó y abrió mucho los ojos. —Dios mío, Blake. ¿Qué haces aquí?

Demeter se acercó a él, miró arriba y abajo por el pasillo y le agarró del brazo con tanta fuerza que sus uñas le dejaron marcas. Lo arrastró al interior de la habitación, que resultó ser la sala de música. La hora tardía ofrecía una luz crepuscular a través de las ventanas, atenuando los verdes pálidos y dorados a un gris.

—Estaba hablando con tu hermano —explicó—. Pero quería verte.

Ella frunció el ceño, dejó el libro sobre el piano y cerró la puerta suavemente detrás de ella.

—¿De qué hablabas con mi hermano?

—De nuestro compromiso, por supuesto.

—Oh, Dios mío. —Se llevó una mano al pecho y se desplomó contra el piano—. ¿Por qué harías algo así?

—El hecho de que te haya pedido la mano sin hablar primero con tu padre o con tu hermano no es precisamente lo más adecuado —dijo Blake con naturalidad. Al fin y al cabo, no era del todo mentira —. Anton dejó claro que no le hacía mucha gracia, así que pensé que debía hablar con él para evitar que hiciera algo drástico, como retarme a un duelo.

—Anton es tan anticuado a veces —murmuró ella.

—Es un hombre con cuatro hermanas. No le culpo por ser tan protector.

—Bueno, no deberías haber hablado con él. Ahora lo estás haciendo parecer aún más real.

*Real.* La palabra resonaba en su mente. No solo parecía real, sino que se sentía real. Especialmente ahora que la tenía a solas. Llevaba el pelo recogido en una trenza suelta que le caía sobre un hombro. Era evidente que se había vestido para estar cómoda ahora que la cena había terminado, con un sencillo vestido de muselina y una bata larga de color crema, atada sin apretar a la cintura. No podía estar seguro, pero habría jurado que no llevaba corsé. Sin la maldita capa exterior, lo habría sabido con certeza, y una parte de él ansiaba acercarla a él, aflojar los lazos de la prenda y quitársela de los hombros.

Oh, sí. Esto parecía demasiado real.

—Yo también quería hablar contigo. —Apretó con fuerza el ala de su sombrero. Si lo sujetaba con fuerza, no cedería a la necesidad de tocarla. ¿Tenía que estar tan increíblemente guapa sin todas esas joyas, encajes y rizos?

—¿Ah, sí?

«Sabes que hoy acompañé a mi prima a casa después de nuestro paseo por el parque».

—¿Has descubierto algo?

—Está vendiendo las pertenencias de mi tía. No pudo evitar que su tono sonara amargo. Solo eran cosas y su tía se lo habría recordado si aún estuviera viva, pero eran más que eso. Eran *sus* pertenencias, cosas que ella adoraba.

Ella levantó las cejas y se apartó del piano. —Seguro que acaba de heredar una fortuna considerable. ¿Por qué haría algo así? ¿Te explicó por qué?

—No. De hecho, creo que pensó que no me daría cuenta. Pero faltaban dos cuadros, además de unos candelabros que ella había heredado de su padre y... —Tragó saliva, sintiendo que se le quebraba la voz—. Este adorno que... —Respiró hondo—. Bueno, era importante. Estoy seguro de que el testamento estipulaba que no se podía vender.

«Pero eso no significa nada, ¿verdad?».

Metió la mano en el bolsillo, tocó la pequeña figura de madera que había allí y exhaló lentamente. No debería sentirse apegado a las pertenencias; al fin y al cabo, había pasado gran parte de su vida sin nada, pero la vida desperdiciada de su tía le había calado hondo en el corazón, dejándolo sensible y herido.

—Hablé con la... mujer de cierta reputación hace unos días.

Ella cruzó los brazos. —Puedes decirme «puta». No soy completamente ignorante, Blake.

—Bueno, ella afirma que los hombres con los que se supone que mi primo pasa el tiempo le persiguen por dinero.

Se llevó un dedo a los labios fruncidos y se rodeó la cintura con un brazo. —Sabemos que los hombres estaban furiosos porque no acudió a la reunión. ¿Por qué podría deberles dinero?

—No puede ser por algún tipo de identidad falsa. Ya he verificado su linaje con la comadrona y una criada.

—¿Qué más dijo el investigador?

—Solo que efectivamente era mi primo, pero su vida antes de llegar a Londres es un misterio. Vivió cerca de Devil's Lane durante un tiempo.

—Dios mío.

—Ha experimentado un rápido ascenso social.

—Sin embargo, es evidente que es un hombre culto. Tu tía no lo descuidó.

Se pasó la mano por el pelo. —Ojalá pudiera preguntarle yo mismo por él. Ojalá me hubiera hablado de él.

Demeter le puso una mano en el brazo. «Un hijo ilegítimo habría sido el fin para ella... y para él. Debes comprender por qué no dijo ni una palabra».

—Lo entiendo. Pero eso hace que toda esta situación sea imposible. Independientemente de las circunstancias de su nacimiento, él no es un buen hombre. Tú y yo lo sabemos. —Hizo un gesto entre ellos—. Por el bien de la tía Iris, debo averiguar lo que realmente sucedió.

—Bueno, entonces deberíamos ir a Devil's Lane.

Imaginó a la gentil Demeter en medio de la zona más pobre y viciosa de Londres. Luego se imaginó pisando ese lugar y un

escalofrío le recorrió la espalda. —No es una buena idea.

—¿Qué otra opción tenemos?

«Si digo que voy solo, ¿qué harás tú?».

—Probablemente iré con mi tía de todos modos. —Ella sonrió.

«Por supuesto».

# Capítulo veintidós

El viento silbaba a través de la ventana rota creando un susurro sobrenatural, como si la habitación aún estuviera embrujada por las pobres almas que habían vivido en ella. Un escalofrío recorrió a Demeter, a pesar del cálido día. En el suelo, quedaban los restos de unos cuantos colchones de paja, nada más que parches rectangulares de paja y tela raída.

Había una chimenea, pero dudaba que se encendiera a menudo. Las únicas concesiones a la comodidad en este alojamiento de Devil's Lane eran un aplique de pared, cuya vela hacía tiempo que se había consumido, y unas cortinas raídas que en otro tiempo debieron de ser de color crema o blanco, pero que ahora estaban cubiertas de mugre.

Era difícil imaginar al señor Foster viviendo aquí.

Se giró para mirar a Blake, que aún no la había seguido al interior de la habitación. —¿Tú...?

Su pálido rostro la hizo detenerse. Su mirada estaba fija en un jergón, pero no parecía que lo estuviera viendo.

—¿Blake? —Se apresuró a acercarse a él y le tomó la mano—. ¿Qué pasa? Sus dedos temblaban.

Él se irguió de golpe y le soltó la mano. —Tengo que irme. —Se dio media vuelta y salió del edificio.

Ella tuvo que acelerar el paso para seguirlo. En momentos como ese, deseaba llevar ropa de hombre. ¿Cuánto más fácil sería bajar las escaleras sin el estorbo de las faldas y las enaguas?

—¿Blake? —lo llamó, alcanzándolo cuando se detuvo a cierta distancia del edificio, de espaldas a él, con los hombros caídos.

Él negó con la cabeza y se enderezó, llevándose una mano al estómago. —Perdóname.

Su voz era ronca, casi frágil. De hecho, todo su aspecto transmitía una sensación de fragilidad que la asustaba. Nunca lo había visto de otra manera que no fuera fuerte y seguro de sí mismo.

—¿Perdonarte por qué?

—No puedo volver a esa habitación.

«¿Pero por qué?».

Él negó con la cabeza y su pecho subía y bajaba mientras miraba más allá de ella, hacia el edificio. «Yo...» Su mirada se encontró con la de ella. «No es nada».

Ella ladeó la cabeza y se puso las manos en las caderas. «No parecía que no fuera nada».

Él la miró durante unos instantes. «No es nada», repitió con firmeza.

—Blake...

«Maldita sea, mujer, ¿es que un hombre no puede tener sus secretos?».

«No cuando eso los hace a todos...». Ella señaló su rostro. «Pálidos y con aspecto de muertos».

«Maravilloso». Él hizo una mueca. «Mi ego te lo agradece».

—Es evidente que esa habitación te ha impactado. ¿No me vas a decir por qué? —Le cogió la mano de nuevo, agradecida de que él no la retirara—. Creía que éramos amigos.

—¿Amigos? —repitió él—. Amigos. —Asintió—. Sí. Supongo que lo somos.

«Bueno, quizá te sorprenda saber que puedes contarle a tus amigos cuando algo va mal. Sé que los hombres son bastante inútiles en esas cosas...».

—Le cuento algunas cosas a Ashford —protestó él.

—Pero no todo, apostaría yo.

Él sonrió con aire burlón. —Nunca apostaría contra ti. Te he visto jugar.

—Deja de intentar cambiar de tema.

Exhaló un suspiro y retiró la mano, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo. «Esa habitación...». Lanzó una mirada hacia el edificio. «Me recordó mucho al lugar donde crecí».

—Creía que vivías en la finca de tu padre en Herefordshire.

—Así es.

—Entonces, ¿cómo...?

Una sonrisa seca apareció en sus labios. «Mi padre tenía una habitación reservada especialmente para mí. Muy parecida a esa».

—¿En su finca?

—Sí. Con un colchón de paja y todo. Estaba cerca de las dependencias del servicio, donde no molestaba a nadie. El maldito techo goteaba y apestaba a moho y excrementos de pájaros.

Ella se estremeció ante el lenguaje grosero, pero se obligó a mantener una postura firme. Lo último que Blake necesitaba en ese momento era ver su sorpresa. «¿Pero por qué? Tu padre es rico, ¿no? Quiero decir, por Dios, no es que vivas precisamente como un indigente».

«Digamos lo que digamos de mí, soy un hombre con recursos propios. Me aseguré de ello después de irme a Eton».

No le sorprendió. Antes quizá lo habría hecho, pero ya no. Ahora que lo conocía mucho mejor.

—Entonces, ¿por qué vivías... así? —Señaló el edificio en ruinas.

—Porque era travieso.

—¿Cómo de travieso podías ser tú, o cualquier niño, para merecer tal trato?

Él se encogió de hombros. —Mi padre tiene mal genio. No le gustaba verme por muchas razones. A veces, si simplemente respiraba demasiado fuerte, me mandaba a la cama sin cenar y no me dejaba salir hasta la noche siguiente. Un estremecimiento sacudió sus fuertes hombros y Demeter sintió el deseo de abrazarlo y absorber el dolor grabado en su frente.

—¿Así que también te mataba de hambre?

—Así es.

—¿Y tu madre? ¿No podía protegerte?

—Mi madre fue una desconocida para mí durante la mayor parte de mi infancia.

Demeter frunció el ceño. No sabía mucho de la señora Blake, pero por lo que había visto, parecía que se preocupaba por Blake. —¿Tu padre la echó?

Levantó ambos hombros. —Probablemente. Cuando era más joven no lo relacioné, pero las pocas veces que la vi, tenía la cara magullada.

Se le heló la sangre. —¿Os pegaba a los dos?

—Por supuesto. —Sus labios se torcieron—. Hace tiempo que acepté el hecho de que mi padre no era un hombre agradable.

—Sin embargo, todavía te persigue.

—Muy bien, tal vez no haya hecho las paces *por completo*. —La miró a los ojos con una media sonrisa—. ¿Por qué me encuentro confesándote todos mis pecados, cariño? Me resulta muy difícil seducirte.

Ella arqueó las cejas. —¿Quieres seducirme?

—Todo el tiempo.

Se le hizo un nudo en la garganta y le costó responder. Jacob Blake era conocido por muchas cosas: escándalos, libertinaje, una forma de hablar que podía llevar a la cama incluso a la solterona más convencida. Sin embargo, durante el tiempo que habían pasado juntos, él siempre había sido sincero y franco. Ella encontraba *eso* más encantador que cualquier otra cosa que él pudiera hacer.

No estaba segura de quién era el hombre del que se había enamorado. Quizás fuera la impresión que le había causado, o incluso una fantasía. Por desgracia para su corazón, el hombre real era mucho más que un hombre elegante, encantador y guapo. Era un hombre profundo, cariñoso y con debilidades. Era humano, y eso hacía que fuera demasiado fácil amarlo.

—¿Tenemos que volver dentro?

Demeter sonrió ante ese atisbo de vulnerabilidad juvenil. «No lo creo».

***

A pesar de que el aire estaba cargado de humo, Blake se obligó a seguir respirando profundamente mientras se alejaban del edificio en el que había vivido su primo cuando llegó a Londres. Los estrechos callejones y la miseria le seguían poniendo los pelos de punta. Niños hambrientos sentados en las puertas, demasiado cansados para moverse, acompañados por madres con rostros marcados por la desesperanza. Delgados trozos de ropa colgaban de edificio en edificio, creando banderas de tela pálida y raída sobre sus cabezas. Se detuvo para darle una moneda a una niña y ella se lo agradeció con una débil sonrisa.

Si así era como había crecido su primo, casi podía excusar todas las mentiras que había dicho. Casi.

«No tiene sentido», le susurró a Demeter.

—¿Qué no tiene sentido?

Iba a contarle más. Parecía que no podía evitarlo cuando estaba con ella. Aunque recordar sus miserables años de infancia le remordía una parte de sí mismo que había enterrado bajo el alcohol, la buena vida y las mujeres hermosas, algo en Demeter lo sacaba a la superficie y le rogaba que lo liberara.

—¿Por qué Foster viviría así? Mantenerlo en secreto, lo podría entender. Por muy moderna que fuera mi tía, su reputación nunca soportaría un hijo fuera del matrimonio.

—Sin duda. Pocas mujeres podrían soportar esa prueba. —Suspiró—. A diferencia de mi padre.

—¿Eleanor?

—Me pregunto qué le pasó al padre de Foster para que no lo reclamara como mi padre hizo con Eleanor. Por supuesto, su rango ayudó a garantizar que Eleanor fuera aceptada como su hija natural, pero yo ya tenía la edad suficiente cuando Eleanor llegó a nuestra familia para ser testigo del asunto. Ninguna mujer podría hacer lo mismo por su hijo, eso es seguro.

—A pesar de que mi tía no pudo reconocerlo como tal, no pude ver cómo lo abandonaba a la pobreza. —Sacudió la cabeza y la atrajo hacia él cuando pasaron junto a un grupo de hombres reunidos en una esquina del pequeño patio entre las casas—. Era una mujer generosa.

—Seguro que tenía sus razones, ¿no? Tu tía era bondadosa y sé que hacía generosas donaciones al hospital de expósitos.

Él frunció el ceño y la mantuvo cerca mientras recorrían otro callejón estrecho. —Era más que generosa. Sin ella, sospecho que habría muerto.

—¿Cómo...?

—Me visitaba cuando podía, asegurándose de que tuviera ropa de abrigo y comida en el estómago.

Demeter tragó saliva. «¿Cómo pudo un padre tratar así a un niño?».

«Sigue siendo un misterio para mí y sospecho que lo seguirá siendo para siempre. No he vuelto a verlo desde que decidió disfrutar del cálido clima de Italia hace siete años.

«No se merece esa vida», murmuró ella.

«Quizás, pero poco puedo hacer al respecto». Él se encogió de hombros. Por lo que a él respectaba, mientras no tuviera que volver a mirar a los ojos a ese hombre, sería feliz.

«¿Cómo te salvó la vida tu tía?».

—Estaba gravemente enfermo cuando tenía nueve años. Ella vino a visitarme y exigió a mi padre que tratara mi enfermedad. Él afirmó que era un castigo por mi mal comportamiento y que era lo que me merecía. —Se pellizcó el puente de la nariz, aún capaz de recordar el hedor de la enfermedad y el sudor que lo rodeaba, de estar envuelto en el cálido abrazo de su tía y acostado en una cama suave y llena de plumas.

«Mi tía me llevó entonces, en contra de los deseos de mi padre, ignorando todas sus amenazas». Dejó que una sonrisa se dibujara en sus labios. «Puede que estuviera apenas lúcido, pero nunca disfruté tanto de un momento en mi vida como cuando mi tía pasó junto a él y le dijo que tendría que batirse en duelo con ella si quería que me devolviera».

—Evidentemente, no tuvo que cumplir su amenaza.

Él negó con la cabeza. «Ella me cuidó hasta que recuperé la salud y mi padre se olvidó de mí. Viví con la tía Iris hasta que fui a Eton».

—Era una mujer increíble.

—Lo que me lleva a preguntarme: ¿por qué haría algo así por mí y, sin embargo, condenaría a Foster a una vida que no era mejor que la que yo llevaba?

Ella se detuvo y le puso una mano en el brazo, mirándolo a los ojos. «¿Qué te dice tu instinto?».

—Que hay más de lo que parece.

—Exactamente. —Miró hacia un grupo de mujeres inclinadas sobre cubetas de agua jabonosa, golpeando enérgicamente las prendas contra el suelo con tal agresividad que el chasquido de la

tela resonaba en el aire—. Creo que debería hablar con algunos de sus vecinos.

—El investigador privado hizo lo mismo, y le sirvió de mucho. Nadie pudo decirles nada sobre Foster. Nadie sabe cómo era su vida antes de Londres.

«Sí, pero estás olvidando una cosa».

Blake miró la determinación de su barbilla. —¿Que eres absolutamente cautivadora y animarás a cualquiera a contarte cualquier cosa?

—Ponte serio.

—¡Lo estoy! Solo Ashford sabe algo de mi infancia, y eso que es muy poco.

«Te agradezco que lo hayas compartido, Blake. No sé por qué los hombres insisten tanto en guardar secretos».

«No eres precisamente quien para hablar, cariño. Si mal no recuerdo, tú tienes un secreto bastante grande...».

Ella entrecerró los ojos. «Tengo buenas razones para no contarle a mis hermanas lo de mis apuestas y tú lo sabes».

Él se encogió de hombros y sonrió con aire burlón. «Quizá te vendría bien confesarlo todo», dijo con tono sabio.

«No puedes darme lecciones sobre secretos. Jamás». Ella le señaló con el dedo. «Ahora tengo una idea. Creo que una amiga mía, Charlotte Summers, conoce a algunas personas que viven en esta zona. Hablaré con esas mujeres, pero Charlotte podría tener más suerte que nosotros a la hora de averiguar algo».

No tenía mucho sentido discutir con ella. Para ser una mujer tranquila, tenía más determinación que nadie que él hubiera conocido jamás. Con solo un ligero movimiento de cabeza, se apoyó contra la pared y la observó entablar conversación con las mujeres. Sonrió para sus adentros. Lady Demeter Fallon era realmente una mujer digna de admiración.

# Capítulo veintitrés

«Maldición».

Demeter se detuvo en seco y miró a su hermana con curiosidad.

Eleanor señaló con la cabeza hacia la calle. —No me gusta ese hombre.

Siguió la mirada de su hermana hasta lord Ashford, que se acercaba hacia ellas. Desde que pasaba más tiempo con Blake, el vizconde inevitablemente pasaba más tiempo con todos ellos. Conocían a lord Ashford desde hacía tanto tiempo como a Blake y, en realidad, Demeter lo consideraba una especie de amigo. Aunque no eran precisamente íntimos, él era educado y solían mantener conversaciones triviales durante la mayoría de las temporadas.

—¿Qué ha hecho ese pobre hombre?

Eleanor se metió en la puerta de la organización benéfica para niños abandonados e hizo un gesto enérgico a Demeter para que se uniera a ella. —Rápido, o nos verá.

Ashford les hizo un gesto con la mano y Demeter se encogió de hombros. —Ya es demasiado tarde.

—Maldición —repitió su hermana.

—Sigo sin entender... —Demeter sonrió rápidamente cuando lord Ashford se acercó y se detuvo al pie de la escalera para saludarlas con un movimiento de sombrero.

—Lady Demeter, Lady Eleanor —les dedicó una sonrisa cordial —. Qué alegría verlas.

Demeter le devolvió la cálida sonrisa, pero su hermana permaneció en la puerta del alto edificio, con los labios apretados en una delgada línea. Las habilidades sociales de Eleanor eran tan buenas —o tan malas— como las suyas, pero no era propio de ella ser abiertamente grosera. Bajó rápidamente los últimos escalones para acercarse a lord Ashford. —Buenas tardes, milord. —Hizo un gesto frenético detrás de ella y su hermana se acercó lentamente, de mala gana, para situarse a su lado.

«Lord Ashford», murmuró.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. Demeter lo miró fijamente durante unos instantes. ¿Sabía él el motivo del enfado de su hermana? Si lo sabía, aparentemente no le importaba lo más mínimo. De hecho, parecía divertirle, y su mirada se posó en Eleanor.

—¿Has estado visitando a los niños abandonados? —preguntó, señalando el edificio.

Demeter asintió. —Intento visitarlos cada semana, pero últimamente no he tenido tiempo... —Cerró la boca cuando vio la mirada cómplice de Ashford.

Porque había estado pasando demasiado tiempo con Blake, terminó él en silencio por ella.

—El incendio devastó completamente el ala de las niñas. Tenemos suerte de que nadie resultara herido —dijo rápidamente. Si él pensaba en la naturaleza siniestra de los incendios y el riesgo para los niños, no se concentraría en ella y Blake.

Y entonces quizá ella tampoco estaría pensando en Blake.

Y en su beso. Y en su compromiso. Y en cada segundo desde entonces.

¿O fueron besos?

El primero quizá no contara, ¿verdad? Fue tan breve, aunque infinitamente dulce. Sintió un pequeño vuelco en el estómago. El segundo sí contaba, sin embargo. Sin duda alguna. Su lengua, su cuerpo, sus labios... Contuvo un suspiro. Esa combinación letal no le dejaba ninguna duda de que había sido un beso, uno que nunca olvidaría.

—Lo recuerdo —dijo lord Ashford—. Pero la reconstrucción va bien. Están utilizando al mismo tipo que me ayudó con mi finca de Somerset.

Eleanor parpadeó rápidamente. —¿Cómo lo sabe?

—Yo lo recomendé —respondió con indiferencia.

Una extraña expresión cruzó el rostro de su hermana.

Como ella no respondió, Demeter se vio obligada a romper el silencio. Eran días extraños, sin duda, en los que ella era la hermana más sociable. —¿Qué le trae por aquí, lord Ashford?

—Estoy visitando a los chicos —dijo señalando el edificio—. No están tan impresionados con un vizconde como me gustaría, pero me escuchan y espero poder ser una buena influencia de alguna manera.

—¿Usted... visita...? —repitió Eleanor.

—Así es.

—¿Buena influencia? —murmuró su hermana, frunciendo el ceño.

—Bueno, algunos dirían lo contrario —se encogió de hombros y sonrió—. Pero a los chicos les gusta fingir que son caballeros.

Demeter le dio un pequeño codazo a su hermana. ¿Qué le pasaba?

—No sabía que estuvieras involucrada —dijo Demeter, manteniendo una sonrisa cortés con la esperanza de desviar la atención de Eleanor, que parecía cada vez más como si su cerebro se hubiera quedado completamente bloqueado—. Qué suerte tienen de tenerte como mecenas.

«Como ellos te tienen a ti». Sus ojos se iluminaron cuando miró detrás de ella y Demeter se giró para ver a algunos de los chicos saludándole con la mano a través de la ventana.

Demeter se rió. «Creo que estás muy solicitado. Te estamos alejando de ellos».

«Así parece. Será mejor que me dé prisa o habrá algún tipo de rebelión». Se tocó el sombrero de nuevo. «Buenas tardes, señoras».

Una vez que lord Ashford entró en el edificio, Demeter tomó a su hermana del brazo. «¿Qué te ha hecho lord Ashford?», le preguntó.

—Oh —su hermana pareció cobrar vida—. Nada.

—Eleanor...

—Es un libertino, Demeter. No confío en él, eso es todo.

Se podría decir lo mismo de Blake, pero ella confiaba en él ciegamente. Suspiró. Qué situación tan peligrosa.

—De todos modos, ¿no deberíamos hablar de otros asuntos? —Eleanor tomó a Demeter del brazo—. Como los planes de tu boda. Sabes que a Anton no le gusta que el señor Blake no le haya pedido permiso.

Demeter frunció el ceño. —Anton es un viejo cascarrabias. Se podría pensar que Eliza sería una buena influencia para él.

Su cuñada era menos rebelde que el resto, pero era una mujer independiente y solía convencer a Anton de que dejara de comportarse como si fuera su padre.

—Anton tiene razón. —Eleanor se detuvo, obligando a Demeter a girarse hacia ella con una mano en cada hombro—. ¿Estás seguro de este compromiso, Demeter? Nadie te culparía si quisieras cambiar de opinión. Todos sabemos que Blake es bastante, bueno...

—¿Bueno?

—Libertino. —Señaló con la cabeza en dirección al hospital—. Hace que lord Ashford parezca un monje.

—Es libertino —admitió ella—, pero hay más en él que eso.

—Solo queremos que seas feliz.

—¿Habéis estado hablando de nuestro compromiso?

—¡Por supuesto! ¿Por qué no íbamos a hacerlo? Es lo más impactante que nos ha pasado en mucho tiempo, incluyendo el matrimonio de Chastity con Valentine.

Demeter miró al suelo. Por supuesto que era impactante para ellos. Y probablemente también para toda la sociedad. ¿Quién habría imaginado que el apuesto y encantador Blake se casaría con una chica tímida y tartamuda? Respiró lentamente y esbozó una sonrisa forzada.

«No te preocupes por mí», le aseguró a su hermana. «Sé exactamente lo que estoy haciendo».

Eso esperaba.

***

—Blakey.

Blake entrecerró los ojos y miró a su madre. —Te he dicho que no me llames así.

Ella entró en su estudio, cogió una carta de la pila que había sobre su escritorio y *chasqueó la lengua*. «¿Has contratado a un investigador privado para que investigue al Sr. Foster?».

Se levantó de la silla, despidió a Hammond con un gesto de la mano, le arrebató la carta a su madre, la arrugó y la tiró a la chimenea vacía. De todos modos, la información no servía para

nada. Aún no había sabido nada de Demeter, su maldita prometida, sobre lo que había descubierto a través de su amiga.

Él la había ahuyentado. Era la única explicación. Apenas había pasado un día sin que él la viera desde su regreso para la temporada. Diablos, hoy ni siquiera había visitado a Ernest, que estaba acurrucado junto a la chimenea apagada, dejando caer pelos sobre la alfombra de Khotan. La mirada triste de sus ojos conmovió a Blake. Si su madre no hubiera estado allí, se habría sentido tentado de acurrucarse junto a él sobre la alfombra y decirle a Ernest que él también la echaba de menos.

Se frotó la cara con la mano y se dejó caer en la silla. Dios mío, qué patético era.

—¿Qué puedo hacer por ti, madre?

—No te vi anoche en casa de lord Marlborough.

—No

—Ni en la cena del capitán Finch.

—He estado ocupado, madre.

—Sí, escribiendo cartas sobre Foster. Ella recorrió la habitación de un lado a otro, hasta que finalmente se detuvo en el mismo lugar en el que estaba, como un gato que se retuerce para encontrar el lugar perfecto.

Con los dedos en las sienes, intentó alejar el inminente dolor de cabeza. Sería mucho más fácil si su madre no estuviera allí.

—Estoy preocupada por ti. Ella permaneció de pie frente a él, con una postura firme.

Maravilloso. Tendría que hablar con ella si quería deshacerse de ella y abordar el problema que suponían Foster y su falta de pasado.

—No hay nada de qué preocuparse. Ahora, si no te importa...

Su madre resopló, se acercó a una de las otras dos sillas de la habitación y la arrastró hasta colocarla justo delante de su escritorio. Finalmente, se sentó, con la espalda rígida y la barbilla levantada. Lo único suave en ella era la preocupación que arrugaba sus ojos. Extendió la mano por encima del escritorio, pero la retiró cuando él la ignoró.

—Jacob —dijo en voz baja.

Él tragó saliva. —Ya te lo he dicho, no hay nada de qué preocuparse. ¿Que me perdí una cena? El capitán Finch es un aburrido y siempre miente sobre sus experiencias en el campo de batalla. Todo el mundo sabe que se desmaya al ver sangre.

—¡Blake!

—Bueno, es verdad.

—No es propio de ti perderte estos eventos sociales. Ahora que tú y Lady Demeter estáis comprometidos, habría pensado que ambos pasarían más tiempo en sociedad. Todo el mundo está deseando veros juntos.

«Hemos pasado mucho tiempo juntos», murmuró él.

Aunque, al parecer, no lo suficiente como para satisfacerlo. La idea de pasar otro día sin ella le dejaba un vacío en el estómago.

«Y está el asunto del baile de compromiso. No puedo creer que el duque de Daventry haya sido tan negligente como para no organizar uno».

—Demeter no quiere un baile —dijo rápidamente, porque sabía que era cierto, fuera falso el compromiso o no. No había posibilidad de que ella disfrutara de la atención.

—¿No habrá baile de compromiso? —Sus ojos se abrieron tanto y su grito ahogado fue tan agudo que bien podría haberle dicho que rompía el compromiso para hacerse sacerdote. Lo cual, en ese momento, quizá no fuera una idea tan descabellada. ¿Qué otra cosa iba a hacer con su tiempo cuando esta mentira llegara a su fin? ¿Volver a beber? ¿Buscar otras mujeres? Ahora mismo le costaba imaginarlo.

—No —dijo con firmeza—. A ella no le gustan los bailes.

—Bueno, supongo que si no le gustan... —Su madre resopló—. Es una pena. Hacéis una pareja tan bonita juntos. —Su madre ladeó la cabeza—. Lo cual no explica por qué estás tan taciturno hoy. ¿Hay... hay algún problema entre vosotros?

Oh, sí. Había muchas cosas. Como el hecho de que su corazón latía con tanta intensidad cuando pensaba en ella que le daba náuseas, y cuando pensaba en liberarla de este acuerdo, las náuseas solo aumentaban.

«Estamos perfectamente bien, madre».

«Pero no es así».

Blake exhaló un suspiro. Demeter tenía razón. Guardar secretos nunca le había hecho bien a nadie. Ya era hora de que él y su madre aclararan su historia tácita. «¿De qué se trata? ¿Desde cuándo te preocupas tanto por mi bienestar? Te he visto más esta temporada que nunca antes». Apretó los labios. «Ambos sabemos que nunca has mostrado tanto interés en el resto de mi vida».

Con los dedos entrelazados en su regazo, su madre los miró fijamente durante unos instantes antes de levantar la vista hacia él. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas. «Sé que no he sido una buena madre para ti». Levantó una mano antes de que él pudiera responder, aunque él no estaba seguro de si iba a protestar por cortesía o a estar de acuerdo.

—E Iris hizo lo que yo no pude hacer —continuó—. Pero cuando murió, supe que te quedarías solo y quise hacer algo... —Levantó un hombro—. No sé muy bien cómo ser madre. Tu padre se encargó de ello.

—No tenías por qué dejarle —murmuró Blake.

—Lo sé. —Le tembló el mentón—. Era joven cuando te tuve y estaba asustada. Pensé que me mataría. No podía dejarte solo en el mundo. ¿Qué harías si yo muriera?

Se le hizo un nudo en la garganta y se quedó mirando la carta que tenía delante, con su letra clara y clara, un borrón oscuro sobre el papel pálido, recordando cuando le contaron que su madre lo había abandonado, y su padre le recordaba el tiempo que su madre pasaría sin él en el continente.

«Pero te fuiste».

—Sí —asintió ella—. Lo hice, y lo siento, Jacob. Ojalá hubiera sido más fuerte, ojalá... —Su pecho subía y bajaba mientras exhalaba—. Ojalá muchas cosas, y sé que quizá sea demasiado tarde, pero me gustaría al menos ser un apoyo para ti. —Se le hizo un nudo en la garganta. «No puedo ser tu madre ahora, lo sé, pero quizá podríamos al menos... ¿ser amigos?».

Blake cerró los ojos brevemente. No podía negar que le había guardado rencor durante años, pero la mayor parte de su ira estaba

dirigida a su padre. El bruto la había echado, tal y como él sospechaba.

—Podríamos intentarlo —dijo en voz baja—. Pero no te prometo nada.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa. —Es todo lo que pido. —Se inclinó de nuevo sobre el escritorio y él no se estremeció cuando ella le acarició los nudillos con los dedos.

Primero obsesionado con Demeter y ahora prácticamente perdonando a su madre. ¿Qué diablos le estaba pasando?

# Capítulo veinticuatro

Charlotte siempre le había parecido a Demeter una combinación de sus hermanas. Se había unido a su club de investigación después de ayudar a Chastity en un pequeño asunto de secretismo e intento de asesinato, y estaba claro que tenía la determinación de Chastity, pero su energía efervescente le hacía pensar en Cassie. Pocos mirarían a la mujer rubia y de mejillas sonrosadas e imaginarían que tenía un lado práctico, pero incluso había un poco de Eleanor en ella.

Charlotte despidió con un gesto al mayordomo, que ya estaba acostumbrado a recibirla en la casa, aunque la primera vez había intentado que la criada entrara por la parte trasera. —No tengo tiempo para quedarme —dijo, con la respiración entrecortada—. Tengo que volver al trabajo.

Demeter juntó las manos. —¿Has averiguado algo?

—No mucho, pero el amigo de mi primo, que vivió en Devil's Lane durante un tiempo, solía beber con un hombre que conocía al señor Foster.

Demeter parpadeó y se obligó a seguir el hilo de la conversación. —¿Sí?

—Bueno, el Sr. Foster estuvo en Londres poco tiempo antes de marcharse y hacerse rico.

—¿Alguien sabe de dónde venía?

—De algún lugar del campo. Fred estaba convencido de que venía del norte por su forma de hablar. También dijo que el señor Foster nunca trabajó, pero pagaba sus bebidas y las de Fred.

Demeter frunció el ceño. «Vi dónde vivía, era una choza».

Charlotte asintió. —Fred pensaba que había algo raro, pero a Fred le gusta la cerveza. Bebe con cualquiera que se la ofrezca.

—¿Alguna vez habló de su vida antes de mudarse aquí? Seguro que habló de sí mismo cuando estaba borracho.

Charlotte se encogió de hombros. «Fred dijo que el hombre rara vez hablaba de sí mismo y que normalmente le hacía preguntas a Fred. A menudo invitaba a beber a los demás y entablaba con ellos conversaciones similares». Arrugó la nariz y levantó una mano antes

de que Demeter pudiera hacerle más preguntas. —Fred no es el hombre más sensato del mundo —le advirtió—. Bebe a diario. Pero sí dijo que preguntaba si había gente en la zona que pudiera ayudarle con una carta.

—¿Una carta? El señor Foster sabe escribir. Lo he visto. ¿Por qué iba a necesitar...? Demeter dio un grito ahogado. —No creerás que estaba buscando a alguien para falsificar una carta, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—El año pasado, Cassie se vio involucrada en un caso en el que se falsificó un testamento. Los hombres fueron detenidos y se pensó que todos los implicados habían sido capturados, pero es posible que haya alguien más ofreciendo los mismos servicios. —Se llevó una mano a la boca—.

¿Por qué no se le había ocurrido investigar la posibilidad de que el testamento de Iris fuera falso? Qué tonta había sido. Estaba tan absorta en su relación con Blake que ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello.

—Ah, sí, Chastity me habló de eso. ¿No eran personas bastante peligrosas?

Demeter asintió con severidad. —Amenazaron a Cassie y atacaron a uno de nuestros sirvientes.

—Pero los encarcelaron a todos, ¿verdad?

—Estoy segura de ello.

—Podrían ser otras personas —sugirió Charlotte.

—Es muy posible —asintió ella. Hizo un gesto a Charlotte para que se marchara—. Debes irte o llegarás tarde. Gracias por tu ayuda. Si consigo que Blake impugne el testamento, quizá podamos demostrar que es falso.

—Siempre encantada de ayudar —Charlotte sonrió—. Si me necesitas de nuevo, ya sabes dónde encontrarme. —Puso los ojos en blanco—. Donde siempre estoy.

Sin duda, metida hasta el cuello en masa. Desde el año pasado, Charlotte había dejado de trabajar para el marido de Chastity y había montado su propio puesto de panadería. Todos habían intentado convencerla de que les dejara financiar una pequeña tienda para ella, pero no lo había permitido. Demeter estaba segura

de que a Charlotte le iría bien, así que intentó no preocuparse por su amiga.

«Voy a visitar al señor Blake», anunció sin dirigirse a nadie en particular después de que Charlotte se marchara. No había caminado en todo el día, así que aprovecharía el corto trayecto hasta la casa de Blake para ordenar sus pensamientos. ¿Realmente se le había escapado algo tan obvio o estaba sacando conclusiones precipitadas solo por lo que había pasado con Cassie?

Después de ponerse un sombrero y un chal, ya que el tiempo primaveral era cambiante a pesar del calor del día, apenas había cerrado la puerta principal tras de sí cuando vio al señor Foster.

Con la cabeza gacha, se dio la vuelta y se alejó de ella. Ella frunció el ceño. Estaba segura de que él la había visto, y antes se había mostrado muy interesado en ella, así que ¿por qué la ignoraba ahora? Quizás su «compromiso» había surtido el efecto que Blake esperaba y lo había asustado. Sin embargo, eso no la detuvo en su empeño por conquistarlo. Cuánto mejor sería si pudiera acudir a Blake con información fiable...

Una punzada la atravesó y sacudió la cabeza. La información concreta podría poner fin a su relación, pero había que hacerlo. Después de que él se lo hubiera confiado el otro día, no podía dejar de pensar en el doloroso golpe de su corazón. Blake era mucho más que un libertino y esa información solo hacía que ella lo amara más. Qué horrible sería dejarse arrastrar aún más a este lío.

—Señor Foster —lo llamó, corriendo entre dos vehículos y sintiendo cómo la brisa le azotaba la falda alrededor de los tobillos mientras las ruedas pasaban traqueteando—. Señor Foster.

Finalmente se detuvo y se volvió, con su habitual sonrisa apareciendo tras una pequeña pausa. —Lady Demeter, no la había visto.

—¿No? Qué extraño. Creía que sí.

Les indicó que siguieran caminando para no entretenerse juntos y ella se sobresaltó al ver el moratón que tenía alrededor del ojo y el labio hinchado.

—Sr. Foster, ¿qué le ha pasado?

«Oh, un tonto accidente. Me caí de un caballo».

Demeter había visto algunos incidentes en los que personas, incluidas sus hermanas, se habían caído de un caballo, pero nunca habían sufrido heridas como esas. Más bien parecían lesiones sufridas en un combate de boxeo.

—¿En qué puedo ayudarla, Lady Demeter?

Ella contuvo el aliento. Blake pensaba que él era peligroso y ella había tenido momentos en los que estaba de acuerdo, pero la única manera de avanzar era ser audaz. —He oído que usted vivía originalmente en el norte, señor Foster.

Él se detuvo de repente y la sonrisa desapareció de sus labios. —¿Ah, sí?

—S-sí. —Sonrió rápidamente—. Algunas conversaciones vagas.

—¿Por qué le interesa eso, señora?

—Bueno, estaba pensando en hacer un recorrido por la zona cuando termine la temporada —dijo rápidamente—, y pensé que quizá usted podría recomendarme lugares que visitar.

—¿Mi primo está de acuerdo con eso?

Maldición. Se había olvidado de que estaban destinados a casarse. «Bueno, todavía no, pero quizá si me recomienda algunos lugares bonitos para visitar, él se convenza de que deberíamos pasar allí nuestra luna de miel».

El señor Foster la miró fijamente durante unos instantes y ella creyó oír los latidos de su corazón por encima del ruido de los vehículos que pasaban. Contuvo la respiración y le devolvió la mirada mientras intentaba mantener una respiración constante. No debía descubrir sus mentiras.

Finalmente, la sonrisa volvió a sus labios, pero su mirada seguía siendo extraña e inquisitiva. —Si yo fuera Blake, la llevaría de viaje por Europa. El norte es sombrío, mi señora, con pocos lugares hermosos. Usted se merece ver solo cosas hermosas, Lady Demeter.

«Ya veo», dijo ella en voz baja.

Había visitado varias ciudades del norte y no estaba segura de estar de acuerdo.

Supuso que sus palabras podían considerarse halagadoras, pero viniendo del señor Foster, mientras su mirada la recorría de forma

errática, le provocaban un sabor amargo en la garganta. La dejó con ganas de huir de su presencia. Blake lo llamaría instinto, sin duda.

—Bueno, será mejor que me dé prisa, señor Foster. Tengo que reunirme con un amigo.

Él se sobresaltó como si despertara de un sueño. —Por supuesto. —Hizo una profunda reverencia—. Que tenga un buen día, mi señora.

Ella respondió con una rápida sonrisa y aceleró el paso. Cualquiera que la observara pensaría que era Lady Demeter haciendo su habitual paseo enérgico, pero la sensación de que él la observaba le provocaba un cosquilleo en los hombros y le hacía sentir un nudo en el estómago. No miró atrás para ver si realmente la observaba.

No estaba segura de querer saberlo.

Una vez que dobló la esquina, relajó los hombros y aminoró el paso. Preguntarle de dónde venía había sido un error, de eso estaba segura, pero le había confirmado que había vivido allí. Era un hilo *conductor*, mucho más de lo que tenían anteriormente.

Ahora solo tenía que...

Una mano se cerró dolorosamente alrededor de su brazo y la empujó con fuerza hacia las sombras de un callejón. Antes de que pudiera gritar, una palma sudorosa le tapó la boca.

***

La palidez de Hammond hizo que Blake se pusiera inmediatamente en pie y se dirigiera a la puerta principal antes de que el mayordomo pudiera pronunciar una palabra. Había tenido un nudo en el estómago toda la tarde y lo había achacado a la conversación con su madre. Se sentía como si alguien lo hubiera pasado por una tabla de lavar y lo hubiera colgado a secar.

Pero parecía que el día aún no había terminado con él.

Se detuvo brevemente cuando vio a Demeter, fijándose en el desgarro de la manga de su vestido, la suciedad de sus guantes color crema y el enrojecimiento alrededor de sus ojos.

«¿Qué demonios ha pasado?», le preguntó, y ella se sobresaltó.

Maldiciendo entre dientes, se obligó a mantener la compostura, le tomó la mano y la condujo suavemente al salón.

—Perdona mi lenguaje —dijo, instándola a sentarse en el sofá mientras le hacía señas frenéticamente a Hammond para que trajera algo de beber. Con suerte, el mayordomo captaría el mensaje y les traería algo fuerte para ambos.

Ella tiraba una y otra vez de un botón suelto de su guante y le temblaban los dedos. Blake se sentó lentamente a su lado, luchando contra su impulso de exigirle más. Le costó toda su fuerza de voluntad no apretar los puños y preguntarse a quién tenía que matar.

—¿Sweeting? —preguntó en voz baja.

Ella articuló las palabras con dificultad y él esperó mientras las sílabas salían lentamente de su boca. Le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. —Tómate tu tiempo —la animó.

Demeter se giró ligeramente para inclinarse hacia él. —Hablé con Michael.

Un escalofrío le recorrió las venas. Le apretó la mano con más fuerza. —¿Qué ha hecho? —preguntó con voz más áspera de lo que pretendía.

Ella negó con la cabeza. —No ha sido él.

—Espera. —Le tocó la barbilla, levantándola para poder ver las marcas en su cuello—. Demeter...

—Venía de camino aquí porque quería contarte... —Cerró los ojos brevemente—. Tenía noticias, pero entonces este hombre me agarró y me empujó contra la pared. Me apretó el cuello. Con fuerza.

Una serie de maldiciones pasaron por su mente y no sabía cómo mantuvo la calma. Lo único que le impedía salir corriendo de la casa con una pistola en la mano eran los ojos hinchados y las extremidades temblorosas de Demeter.

«¿Qué ha pasado?», se obligó a preguntar.

Ella lo miró fijamente. «Me dijo: "Dile a tu hombre que pague"».

Blake luchó por articular las siguientes palabras. Se devanó los sesos. ¿Había sido tan descuidado que había acabado endeudado y no se había dado cuenta? ¿No tenía sus asuntos en orden? ¿Le había estafado su contable? Había estado tan distraído con Demeter que

era una posibilidad. No recordaba cuándo había sido la última vez que había revisado sus inversiones.

Si había hecho algo para provocarle esto a Demeter, nunca se lo perdonaría.

—Demeter... —comenzó a decir.

—Pensaba que tu primo y yo estábamos saliendo juntos.

—¿Lo dijo él?

Ella se mordió el labio. —No te enfades, Blake.

—Es difícil no estarlo. Puede que tenga que matar a ese hombre.

Le volvió a tocar el cuello y sintió cómo le invadía una oleada de calor. ¿Cómo se atrevía alguien a hacerle daño? ¿Cómo se atrevía alguien a amenazarla? El peor pecado de Demeter era ganar dinero en una partida de cartas honesta a hombres que se suponía que sabían lo que hacían. Ella era totalmente inocente en todo esto y él nunca debería haberla involucrado.

—Fui en contra de mi instinto y hablé con tu primo, y lo siento. Tenía información que quería...

—No estoy enfadado contigo —se apresuró a decir.

—Ah.

No pudo evitar sonreír. —¿Cómo podría estar enfadado contigo?

Levantó ambas manos. «¿Porque ignoré mis instintos?».

«Estoy enfadado conmigo mismo. Nunca debí haberte metido en esto. Fue egoísta por mi parte».

«No, me alegro de que lo hicieras», protestó ella. «Ha sido interesante y emocionante y...».

«¿Es eso un clavel rojo?».

Ella tocó el collar y frunció el ceño, donde una delicada flor pintada se acurrucaba entre intrincados eslabones de oro. «¿Sí?».

«Significan amor».

Ella tragó saliva. «Bueno, sí». Su ceño se frunció aún más. «¿Pero cómo lo sabías?».

Él sonrió, se levantó de la silla, sacó el libro sobre floriografía y se lo entregó.

Ella pasó los dedos por la cubierta en relieve. «¿Por qué tienes esto?».

«Quería entenderte, Demeter».

«Ah».

«¿Estás enamorado?».

Ella miró el libro y apretó los labios.

Él se agachó frente a ella. «Porque yo lo estoy».

Ella lo miró fijamente. —¿Lo estás?

Él respondió sin pensar. Sin siquiera comprender la magnitud de lo que acababa de decir. Sin embargo, no le asustó. Sonrió suavemente.

«Sí». Le quitó el libro de las manos. «De una mujer increíblemente atrevida que tiene una vida secreta».

«¿Con...?» Ella señaló lentamente con el dedo hacia sí misma.

«Sí, cariño. Contigo».

«No».

Él se rió entre dientes. «Estoy bastante seguro de que sí».

Ella negó enérgicamente con la cabeza, haciendo que sus oscuros rizos rebotaran sobre sus mejillas. «Los hombres como tú no aman a mujeres como yo».

«¿Te refieres a mujeres atractivas, dulces e inteligentes?».

—Bueno, no. —Frunció los labios—. Quiero decir, sí. Quiero decir... —Suspiró—. No sé lo que quiero decir.

«Te amo, Demeter, así que más vale que te acostumbres a la idea».

Ella ladeó la cabeza y lo miró con los ojos entrecerrados. —¿De verdad crees que me quieres, verdad?

Teniendo en cuenta que había luchado contra ese sentimiento durante bastante tiempo, ahora estaba completamente seguro. Y, a juzgar por su collar, ella también lo amaba. A menos que tuviera algún amante secreto en algún lugar, en cuyo caso, sin duda acabaría en un duelo.

«No tengo por costumbre mentirme a mí mismo».

Ella se mordió el labio inferior y, como hacía demasiado tiempo que no la besaba, él le tomó el rostro entre las manos y la besó.

Si sus palabras no lo demostraban, tal vez sus acciones sí lo harían.

Ella jadeó, entrelazó sus manos alrededor de su cuello y le abrió la boca. Unos temblores sacudieron sus miembros, pero él esperaba que fuera por su beso y no por miedo. Ella sabía dulce, como si hubiera estado comiendo fruta ese mismo día, y su lengua se entrelazó con la de él con más pasión de la que él podría haber esperado de una mujer inocente.

Pero ¿cuándo había hecho Demeter lo que él esperaba de ella? Era una de las muchas razones por las que la amaba.

Acariciándole el cuello, se inclinó hacia ella, presionándola contra el sofá. Ella encajaba perfectamente contra él y su polla se tensó contra su ropa. La besó de nuevo, con firmeza, con pasión, y luego se apartó.

—Deberías irte a casa, cariño —dijo con voz ronca, incapaz de dejarla ir por completo—. Si sigo besándote, voy a... —Se apartó, aunque le dolía hacerlo, y se pasó la mano por el pelo—. Haré que traigan el carruaje. No vas a volver sola a casa». Le tomó la mano brevemente. «Pronto decidiremos qué hacer con Foster, te lo prometo. Solo necesito...». Hizo un gesto vago.

Necesitaba no sentirse tentado por ella. Necesitaba unos momentos para asimilar la enormidad de su propia confesión, por no hablar del hecho de que ella le correspondía. Tenía que pensar en sus próximos pasos. Por una vez en su vida, sus instintos no le llevaban a ninguna parte.

Ella apretó los labios durante unos instantes y luego asintió con la cabeza. Más tarde habría tiempo para besarla, se aseguró a sí mismo. Como es debido. De forma caballerosa.

Y luego la convencería de que convirtieran ese compromiso falso en real.

# Capítulo veinticinco

Cada latido de su corazón le resultaba duro, nauseabundo. Blake la amaba.

Parpadeó ante la luz del día fuera de su casa, como si hubiera estado envuelta en la oscuridad, en su propio mundo secreto de confesiones de amor. Él tenía razón. Debía marcharse. Sin embargo...

Demeter se detuvo, con un pie en los escalones del carruaje y la mano en la de Blake. Se giró para mirarlo y una arruga apareció entre sus cejas.

—¿Demeter?

—No —susurró ella, puso el pie en el pavimento y se dio la vuelta para volver a la casa antes de que él pudiera detenerla.

Él la llamó por su nombre y la siguió, pasando junto a un mayordomo perplejo, hasta el salón. Su pulso latía con tanta fuerza que lo sentía en las yemas de los dedos. ¿Cómo podía marcharse después de una confesión así? ¿Cómo podía volver a casa y fingir que todo era normal? Había estado buscando emoción durante esta temporada y aquí la tenía, en forma de Blake, pero su miedo podía más que ella.

Ya no. Asintió con la cabeza hacia la puerta. —Ciérrala —le ordenó en voz baja.

Él obedeció, con el ceño aún fruncido.

Ella no sabía si el amor de él por ella duraría más allá de ese día. El suyo siempre perduraría. Si había estado dispuesta a dar ese salto con un desconocido, ¿por qué no iba a hacerlo con Blake? Amar a él durante tanto tiempo había sido un tormento de todos modos. Simplemente no podía marcharse, no sin saberlo.

—¿Pasa algo?

—Sí.

—Bueno, ¿qué puedo hacer para solucionarlo? Él dio un paso hacia ella, y la determinación en su expresión la hizo sonreír.

Ella levantó una mano. —Quédate ahí.

—¿Quedarme aquí?

—Sí. —Ella negó con la cabeza—. No. Ve allí. —Señaló el sofá.

«¿Que vaya allí? Deméter...?»

«¿Por favor?».

Encogiéndose de hombros, él se sentó en el sofá. Ella pensó que sería más fácil reunir el valor con él sentado y, en cierto modo, así fue. Él tenía las piernas largas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Su expresión de confusión le dieron ganas de besarlo. Y lo haría. Si tan solo pudiera hacer que su voz superara los latidos de su corazón.

Quizás las acciones eran más fáciles que las palabras.

Empezó por el pelo, apartándose la cofia y sacándose el peine de flores, seguido de varios pasadores. Solo cuando se dispuso a quitarse el fichú, tirando de él para soltarlo de la estrecha banda de su vestido, Blake se enderezó.

—Demeter, ¿qué estás...?

Ella lo tiró a un lado y vio cómo se le movía la garganta cuando empezó a desabrocharse los botones del corpiño.

—Cariño. —El término cariñoso salió tembloroso.

—Tenía un amante, ¿sabes?

Él abrió mucho los ojos. Ella se detuvo a mitad de abrochar. Qué horrible sería revelarse a medias ante él y que él huyera al enterarse. Pero él se quedó, tal y como ella esperaba.

—Demeter, ¿por qué me cuentas esto?

—Para que no me rechaces. —Ella esbozó una media sonrisa.

Él sonrió con aire burlón. —Me resulta difícil rechazarte cualquier cosa.

«Ya has intentado echarme».

—Estoy intentando ser un caballero por primera vez en mi vida —respondió él con tono severo.

«Eres un caballero, Blake. Lo sé».

«Hay muchos que no estarían de acuerdo contigo».

«No voy a alimentar tu ego», le dijo ella, y su sonrisa burlona se amplió y luego desapareció cuando ella desabrochó más botones.

Él se levantó rápidamente y le puso una mano sobre la suya. «¡Por Dios, Demeter, aquí no!».

Ella se detuvo y miró las ventanas que daban a la carretera. «¿Dónde está tu dormitorio?», preguntó.

—Yo... —La vacilación ensombreció su postura, normalmente segura, y luego tomó su mano—. Por aquí.

Demeter esperaba que tuviera sirvientes discretos. Debería tenerlos, teniendo en cuenta la vida libertina que llevaba. El mayordomo se había hecho el invisible, quizá consciente de adónde iba a parar aquello, mientras Blake la conducía a una habitación masculina dominada por una cama oscura con dosel. Ella señaló la cama, con la lengua demasiado pesada en la boca para ordenarle que se sentara. La interrupción casi le había costado el valor.

Casi.

Exhalando un largo suspiro audible, Blake se deslizó sobre la cama y se recostó, extendiendo los brazos sobre las almohadas. Le costó toda su fuerza de voluntad no dar un paso adelante y besarlo con furia. Sin embargo, necesitaba tiempo para explicarles a ambos. No podía marcharse sin hacerlo, pero su mente necesitaba ponerse al día con las exigencias de su cuerpo.

—Tenía un amante —continuó—, la temporada pasada.

Él apretó la mandíbula, pero permaneció en silencio.

—Estar en un segundo plano se estaba volviendo agotador y envidiaba a mis hermanas. Cassie se había casado y Chastity se estaba enamorando de Valentine. Supongo que quería experimentar... algo.

«Ya veo».

Con todos los botones desabrochados, se quitó el vestido de los hombros, agradecida de no haber elegido uno más complejo para ponerse ese día. La mirada de Blake siguió sus movimientos mientras se lo bajaba por las caderas y lo dejaba caer al suelo. Tembló, aunque la habitación no estaba fría ni su ropa interior era especialmente fina. Sus pezones se endurecieron contra la tela de su camisón y la mirada de Blake se detuvo allí, ardiente y deseosa. Sintió un remolino en el estómago y un cosquilleo entre las piernas.

A continuación, se quitó el corsé tras luchar con los cordones. Vio que Blake movía las piernas y sospechó que quería ayudarla o detenerla. Rezó para que no quisiera detenerla, o su valor podría

fallarle. Durante mucho tiempo había sido una flor en la pared, desapareciendo hasta que nadie se fijaba en ella. Hoy, sin embargo, quería toda la atención de Blake puesta en ella.

«Fue un error», admitió. «Hizo promesas que pensé que tal vez quería que se cumplieran».

—Cabrón —murmuró Blake.

«Ahora estoy contenta». Sonrió temblorosamente mientras se quitaba el corsé. «La experiencia con él fue aburrida y nada parecida a lo que había imaginado».

—He cambiado de opinión. Es peor que un bastardo. Lo mínimo que podría haber hecho era asegurarse de que disfrutases.

—Estoy de acuerdo. —Se quitó los zapatos y se dispuso a quitarse las medias. Él siguió con la mirada sus movimientos mientras ella ponía un pie en un taburete cercano y se bajaba cada una de ellas.

—Si fuera realmente un caballero, te detendría —dijo con voz tensa. Golpeó con los dedos el respaldo de la cama.

«No necesito un caballero, Blake. Solo te necesito a ti».

Sus protestas cesaron cuando ella se quitó el resto de la ropa. Sus miembros temblaban y su respiración era entrecortada. Se quedó delante de él, completamente desnuda, ofreciéndose. Aquello tenía que ser lo más atrevido y aterrador que había hecho nunca.

Y también la más emocionante.

Dio un paso hacia él.

«¿Por qué haces esto?», susurró él, mientras su mirada recorría lentamente el cuerpo de ella hasta encontrarse con la suya.

«Por instinto», respondió ella con una sonrisa.

***

La brillante luz del día se colaba por las ventanas y bañaba su pálida piel desde atrás. Blake tragó saliva, consciente de que tenía la boca tan seca que cualquier palabra que pronunciara podría salir sin sentido. Sin embargo, tenía que intentarlo.

Ahí estaba ella, desnuda y ofreciéndose, con sus largas y esbeltas extremidades, sus pechos turgentes y su vientre tembloroso. Quería agarrarla y atraerla hacia él, presionar sus labios contra su estómago y saborear su piel, pero temía romper el

momento, que ella se desvaneciera en una voluta de humo, porque seguramente él la había conjurado, ¿no?

Ella juntó las manos delante de sí, protegiendo de su mirada las sombras entre sus piernas, mientras lo observaba desde detrás de esa cascada de cabello oscuro. No podía creer lo hermosa que era. No podía creer lo valiente que era.

«Pensaba que eras guapa», logró decir.

Una sonrisa temblorosa cruzó sus labios y ella miró al suelo.

—Me equivoqué.

—Oh. —La sonrisa se desvaneció y ella lo miró fijamente, con el ceño fruncido.

«No eres bonita», dijo él. «Eres espectacular».

«¡Oh!».

«Efervescente. Mágica. Radiante», continuó. «Eres tantas cosas, cariño». Tragó saliva y le tendió la mano. «¿Cómo puedo merecer todo eso?».

Demeter tomó la mano que él le ofrecía y él la atrajo hacia sí hasta que ella descansó en el hueco de sus muslos. Resistió brevemente y luego la soltó para curvar las manos alrededor de su trasero, hundiendo los dedos en la piel fresca con un gemido. Ella jadeó cuando él la atrajo hacia sí y se rindió, besándole el vientre, las caderas y las costillas.

Los dedos de ella se deslizaron por su cabello. Cada caricia le quemaba la piel y le aceleraba el aliento.

«Perfecto», susurró contra su piel.

«No me hagas esperar, Blake», le suplicó ella. «Siento como si te hubiera esperado toda la vida».

Él sentía lo mismo. Había pasado toda su vida buscándola, pero nunca había visto lo que tenía delante, tonto de él.

Instándola a dar un paso atrás, se levantó de la cama y, mirándola a los ojos, se desató lentamente la corbata. Con una sonrisa, ella le ayudó, ya que los interminables nudos le llevaban demasiado tiempo, y luego le ayudó a desvestirse. Se tomó su tiempo, pasando los dedos por su pecho, su espalda, bajando por los músculos de su abdomen y abrazándolo suavemente con sus frías manos.

Él aspiró aire entre los dientes y cerró los ojos brevemente. «Si me tocas demasiado, esto habrá terminado antes de empezar».

Cuando él se echó en la cama, ella lo siguió, y él se recostó contra los suaves cojines mientras ella se movía sobre él, colocando sus muslos alrededor de los de él. Estaba a solo un empujón de unirse a ellos y apretó los dientes para contenerse. Hiciera lo que hiciera, no quería que fuera un momento rápido y desesperado, por mucho que deseara estar dentro de ella. Hiciera lo que hiciera, tenía que ser tan especial como ella.

El deseo de sonreírse a sí mismo le presionó la boca. Frunció el ceño y apretó los labios con fuerza. No quería que ella creyera que esta situación le divertía, porque no era así. Le hacía latir el corazón con fuerza y le hacía palpitar el cuerpo, le hacía sentir como si nada fuera a volver a ser igual, lo cual no era realmente cierto, porque ya había cambiado en el momento en que la vio de verdad aquella noche en el casino.

Nada era igual, y él no quería que lo fuera. Le gustaba quién era con ella, le gustaba ser ese hombre.

Solo quería que ese momento fuera digno de ella.

Blake se perdió en la exploración de su cuerpo. Cada centímetro que tocaba parecía cobrar vida de una nueva forma, y Demeter tampoco se mostraba tímida a la hora de tocarlo. No podía creer que esa fuera su Demeter. Sin embargo, sí podía. Debería haberlo sabido. Por supuesto, esa chica tímida lo sorprendería una vez más.

Blake, apenas consciente de lo que decía, murmuró palabras contra su piel, sintiendo los temblores de placer que la recorrían. Pero no se trataba solo de placer. Se trataba de hacer el amor.

Él se recostó en la cama y ella acunó su cuerpo entre sus muslos, mostrando su cuerpo ante él. Se le secó la boca.

«Quiero...». No sabía cómo expresarlo. «Necesito...».

—Lo sé. —Le levantó las manos y las colocó alrededor de sus caderas—. Guíame.

Eso podía hacerlo. Sintió los delicados huesos bajo sus dedos y su húmedo calor presionándolo. Respiró hondo y la guió para que se hundiera lentamente, con su cuerpo tan apretado que la sangre le rugía en los oídos. Ella abrió mucho los ojos, entreabrió los labios y

*se volvió espectacular*, *mágica* y cualquier otra cosa que no pudiera describirla. No había palabras.

Cuando estuvieron completamente unidos, le dio un momento para que se adaptara. Con los dedos extendidos sobre su pecho, ella se retorció ligeramente contra él y él casi se ahoga con su siguiente respiración. Ya nada de su audacia le sorprendía. Era Demeter, su dulce, bonita, mágica, audaz y tranquila Demeter. Era muchas cosas, pero el latido de su pecho repetía una de esas palabras una y otra vez.

*Suya. Suya. Suya. Suya.*

La instó a moverse arriba y abajo, deleitándose con la forma en que jadeaba y con la visión de ella cabalgándolo. Con la mandíbula apretada, dejó que ella tomara todo lo que necesitaba y presionó un pulgar en su unión. Ella se estremeció y jadeó mientras él dibujaba círculos y movía las caderas hacia arriba para encontrar cada embestida hacia abajo.

Cuando ella tensó el cuerpo, él se movió rápidamente, la acunó en el hueco de su brazo y la giró sobre su espalda. La besó con fuerza y la penetró, haciéndola gritar. El clímax del placer se apoderó de ambos, envolviéndolo y arrastrándolo hacia él. Él hundió los dedos en su muslo mientras la abrazaba con fuerza, le susurró su nombre y le dio un beso tembloroso en la boca mientras los últimos espasmos de su orgasmo lo envolvían.

«Deméter», murmuró mientras se derramaba sobre su muslo. «Deméter, mi amor. Mi corazón. Mi mundo». Se incorporó para mirar sus labios sonrosados y carnosos y sus ojos muy abiertos, mientras su pecho subía y bajaba tan rápidamente como el suyo.

—Dios mío —dijo ella.

Él asintió. Luego hizo algo que nunca solía hacer después de limpiarlos a ambos.

La atrajo hacia sus brazos y la abrazó.

# Capítulo veintiséis

Demeter se concentró en el dosel de madera de la cama. Los paneles estaban tallados con intrincados remolinos, todos iguales en filas de ocho. Si se limitaba a mirarlos, tal vez no se hundiría en sus brazos ni disfrutaría de la forma en que su brazo envolvía su cuerpo desnudo en un movimiento tan protector que le hacía latir el corazón. Si se limitaba a contar cada pequeño cuadrado...

—Demeter.

Blake no iba a ponérselo tan fácil, al parecer. Se giró para mirar su aspecto despeinado. Sus dedos hormigueaban al recordar cómo los había hundido en su suave cabello y sonrió, incapaz de evitarlo. En realidad, todo su cuerpo hormigueaba, de la cabeza a los pies. Pequeñas partes de ella estaban sensibles y vivas y no sabía cómo volver a sentirse normal.

¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo había reunido el valor para hacerlo?

Le apareció el hoyuelo en la mejilla y ella cedió a la tentación y le rozó con un dedo, luego le recorrió la boca. Lo único que lamentaba era no haberse besado lo suficiente. O tal vez no era un lamento como tal. Porque encontrarse con su mirada mientras se unían había sido el momento más fascinante de su vida. Por ese instante, creyó que era verdad. Él realmente la amaba.

De hecho, lo creía ahora y era maravilloso. Puede que no durara, pero era maravilloso.

Él besó su hombro desnudo y la atrajo hacia sí, eliminando cualquier posibilidad de que ella mantuviera algún tipo de defensa. Ella se sumergió en la calidez de su cuerpo desnudo y pasó una mano por su musculoso brazo. «Eso fue...».

—Maravilloso —terminó él por ella.

—Sí.

«No esperaba que fueras...».

Ella levantó ambas cejas.

Él frunció el ceño. «En realidad, quizá sí».

«¿Que fueras...?»

—Tan... atrevida. Tan valiente. Él se encogió de hombros. —Pero ahora que lo pienso, sí. Más o menos. —Sonrió y le dio un beso suave—. Pensaba que eras una chica buena.

«Sabes que no lo soy».

Él la miró fijamente. «Un momento no cambia quién eres, Demeter, no importa lo que te diga la sociedad. No puede quitarte la bondad de tu alma ni la amabilidad de tu corazón. Y tú, cariño, eres la mujer más amable y buena que conozco».

«¿La más buena?».

«Sabes lo que quiero decir».

«Lo sé, y es muy amable por tu parte».

«Maldita sea. No estoy tratando de ser amable. Solo sincero».

Ella sonrió suavemente y le apartó el pelo de los ojos. «Aun así, es un detalle».

«Me das ganas de...». Hizo un gesto con la mano en el aire. «Contártelo todo. Abrirte mi corazón». La miró a los ojos. «Nunca antes había querido hacer eso».

«¿Quieres decir que tienes más secretos?».

—Ninguno. Me los has quitado todos. Pero eso no viene al caso. —Le acarició la mejilla con un dedo—. No quiero volver a tener ningún secreto para ti.

Ella contuvo un suspiro. Lo decía en serio. De verdad. ¿Cuántas otras mujeres habían oído cosas así en ese momento? No era de extrañar que todas quisieran más de él. Sabía que podía ser encantador, pero esto rayaba en lo ridículo. Ella había estado enamorada de él, siempre, pero nunca tan enamorada, nunca de verdad, como es debido. Había amado una idea de él.

Ahora amaba, bueno, a él.

Sí, había querido ser atrevida, pero esto se estaba volviendo ridículo. Volvió a darse la vuelta. ¿Cuántos paneles había?

«No me gusta, si eso ayuda».

Lo miró. ¿Había sido terrible? Y si era así, ¿por qué seguían abrazados como un matrimonio de viejos? —¿Qué es lo que no te gusta?

—El hecho de que estuvieras con otro hombre. Ella abrió la boca y él le puso un dedo encima. —Lo sé, no puedo decir nada. Es

totalmente hipócrita por mi parte y, créeme, estoy enfadado conmigo mismo, pero contigo... Me doy cuenta de que odio la idea. Quiero encontrarlo y reprochárselo por lo que te hizo.

*Era* hipócrita, pero le conmovió que él fuera consciente de ello. «A veces, yo también quiero hacerlo».

—Espero que sepas que nunca le he hecho falsas promesas a una mujer para llevarla a la cama.

«Lo sé». ¿Por qué iba a hacerlo? No lo necesitaba. Su aspecto y su encanto bastaban para llevar a cualquier mujer a la cama.

—Espero que sepas que te amo.

«Lo sé». Intentó zafarse de su abrazo.

«¿Adónde vas?».

«Tengo que irme antes de que se haga demasiado tarde y la gente se dé cuenta de que he desaparecido».

«O podrías quedarte». Blake se desplazó sobre ella, inmovilizándola con su cuerpo.

Una chispa de deseo se encendió en ella y deseó poder volver a mirar al techo. Cualquier cosa sería mejor que verlo, desnudo, maravilloso y suyo para que lo tomara. Si se dejaba llevar, se quedaría, ¿y dónde acabarían? ¿Haciendo el amor otra vez? ¿Hablando de amor otra vez? No estaba segura de que su corazón pudiera soportarlo.

—No puedo quedarme —le recordó—. Tengo que volver a casa antes de que alguien se dé cuenta de que no estoy. Si se sabe que he estado aquí mucho tiempo, Anton sin duda te llamará la atención.

—No pasa nada.

—¡No, no está bien! Podrías morir. O él podría morir. Sería horrible.

—Bueno, entonces me casaré contigo —sonrió—. Así siempre podremos estar juntos en la cama. Como ahora.

—No puedes casarte conmigo. —Las palabras se le escaparon automáticamente porque, francamente, la idea era absurda. ¿Cómo podía permitirse creer que el hombre al que había amado durante tanto tiempo la quería? ¿De verdad? ¿Para siempre?

Los libertinos y las doncellas solteras no se casaban. Tenía que recordar eso.

—A menos que tengas un marido secreto, además de una vida secreta, no veo cuál es el problema.

—Blake... tú no eres el tipo de hombre con el que casarse.

—Me gusta demasiado esto. Definitivamente deberíamos casarnos.

—Blake —protestó ella, colocando ambas palmas sobre su pecho en un intento por hacerle apartarse—. Debo irme.

Él se apartó de ella después de darle un beso ardiente que le dejó la boca palpitante. —Muy bien, puedes irte. Pero realmente deberíamos casarnos.

Demeter puso los ojos en blanco.

***

No le quedaba mucho tiempo, concluyó Blake mientras ayudaba a Demeter a subir al carruaje y se sentaba a su lado. A estas alturas, ya debería estar negociando el contrato matrimonial con Anton. Por muy fácil que fuera dejar que las cosas siguieran su curso, no iba a obligar a Demeter a casarse con él. Sin embargo, tendría que trabajar en su poder de persuasión.

Le echó un vistazo a su cabello revuelto y su ropa arrugada, incapaz de evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios. Sabía que Demeter tenía un lado oculto, pero ¿quién podría haber adivinado la pasión que se escondía bajo su comportamiento recatado? Nunca se había acostado con una inocente y, técnicamente, suponía que aún no lo había hecho, pero hacer el amor con Demeter había sido algo completamente diferente. ¿Por qué iba a querer dejarla marchar?

—Sabes que no es necesario que me acompañes a casa —dijo ella mientras alisaba una arruga de su falda.

—En primer lugar, no voy a dejar que te vayas sola después de lo que acaba de pasar...

Respiró hondo en un intento por controlarse. Solo le bastó un rápido destello de memoria para volver a desearla con locura. Pero habría tiempo para eso. Una vez que se casaran. El carruaje dio una sacudida, lo que no ayudó cuando Demeter le puso una mano en el muslo para estabilizarse.

Él apretó los dientes y respiró hondo por la nariz. —Y en tercer lugar...

—¿Cuál era el segundo?

Él frunció el ceño. «¿Qué?».

—No había un tercero.

—Oh, olvídalo. El simple hecho es que alguien te amenazó para llegar a Foster. No se sabe lo que harán si él no paga.

«Si vuelvo a casa con este aspecto y contigo en el carruaje, la gente pensará que me has violado».

«Soy tu prometido», le recordó él.

«Pero no estamos casados».

«Todavía».

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—No voy a arriesgarme a que te hagan daño —dijo él con firmeza—. Y ya que estamos con el tema, no quiero que salgas de casa hasta que se resuelva este asunto.

—¡Pero eso podría ser para siempre!

—Me alegra que tengas tanta fe en mis habilidades como investigador —dijo él con tono burlón.

—Seguiré ayudándote. No puedes impedírmelo.

La firmeza de su mentón le indicó que era inútil discutir con ella. Sin embargo, eso no significaba que fuera a permitir que actuara de forma imprudente. —No irás a ningún sitio sola —le ordenó—. De hecho, no irás a ningún sitio sin mí.

—Es bueno que la gente piense que estamos comprometidos, porque si no, llamaríamos demasiado la atención.

—No puedes esperar que te deje sola después de lo que ha pasado, cariño. Piensa en lo alterada que estabas.

—Está bien. No iré a ningún sitio sin ti. Por ahora —concedió ella—. Aunque quizá esto termine antes de lo que crees. Aún no te he contado lo que descubrí.

Si no fuera porque Demeter había sido abordada por los sinvergüenzas a los que su primo debía dinero, se habría olvidado por completo del asunto de su primo. Sin duda, prefería centrarse en el problema que suponía Demeter y su renuencia a casarse con él.

—¿Qué has descubierto?

—Bueno, parece que él vivía originalmente en el norte.

—Eso no nos dice mucho. ¿Sabes dónde?

Ella hizo una mueca. —No. Pero al menos podríamos contratar a uno o dos investigadores en algunos condados.

—Podría llevarnos una eternidad descubrir algo sin una idea clara de dónde vivía.

—Lo sé, pero Charlotte me dijo que cuando se mudó a Londres estaba tratando de encontrar a alguien que escribiera cartas.

Blake frunció el ceño. —Foster sabe escribir.

—No creo que buscara a alguien que escribiera cartas. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa. —Creo que quería a alguien que falsificara el testamento de tu tía.

Abrió la boca y luego la cerró. —Estuvo aquí antes de que ella muriera —dijo—. Mi investigador me lo dijo. Sabría que la herencia se transferiría pronto.

«Y el año pasado, hubo un grupo de hombres que falsificaron el testamento del hermano de mi amigo para quedarse con sus tierras y su casa. Quizás recuerdes algo al respecto».

«Vagamente».

«¿Y si fueran los mismos hombres?».

«Todos fueron arrestados y juzgados, ¿no?».

Ella frunció los labios. «Eso supusimos».

«¿Nosotros?».

Ella lo miró por debajo de las pestañas. «Mis hermanas y yo participamos en su captura».

«Dios mío, mujer, eres increíble».

«¿Algo?».

«Algo maravilloso, algo espectacular. Algo, o alguien, con quien me encantaría casarme».

—Blake, concéntrate. Creemos que tu primo ha cometido un fraude, ¿recuerdas?

«Bueno, ¿y cómo lo demostramos?».

«Supongo que el testamento original habrá sido destruido».

Suspirando, Blake asintió con la cabeza. Su primo era muchas cosas, pero no lo consideraba un tonto, independientemente de la actuación que estuviera representando.

«Entonces vamos a la fuente. Encontramos a estos falsificadores».

—Que bien podrían ser uno de los hombres que te atacaron. ¿Y si mi primo iba a pagarles con la herencia, pero aún no lo ha hecho? Eso explicaría las amenazas.

Ella se llevó una mano a la boca. —¡Michael también tenía moretones cuando lo vi! Y sabemos que no tenía dinero cuando vino a Londres.

—¿Reconocerías al hombre que te atacó?

—Quizás. Todo fue muy confuso. Me pilló tan por sorpresa que ni siquiera tuve oportunidad de defenderme.

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo él con gravedad—. Podría haber acabado mal.

—En el futuro llevaré un cuchillo por si acaso.

Aunque se sintió tentado de rebatir la idea y recordarle la pequeña cicatriz que aún conservaba de sus anteriores travesuras con el cuchillo, no tenía intención de dejarla sola ni un solo momento, así que nunca tendría que usarlo.

—Podríamos volver al casino —sugirió ella—. A ver si veo al hombre allí.

—Quizás. —La idea de que ella estuviera cerca de una persona tan peligrosa le hizo apretar los puños.

«O hablamos con el sheriff que arrestó a los falsificadores. Quizás él pueda decirnos si había más. Su base estaba en el muelle de St. Saviour».

Era una idea mejor que exponerla al peligro. Quizás si hacían eso, él podría convencerla de que se quedara en casa mientras él iba a Pidgeon's y seguía a los hombres con los que su primo debía reunirse. Parecía que Foster se había vuelto codicioso y no quería desprenderse de su nueva riqueza.

Conociendo a los hombres con los que se había estado relacionando, aquello no acabaría bien. No le importaba un comino si Foster acababa metido en un buen lío. Demeter, sin embargo... moriría antes de permitir que le pasara algo.

Lo que significaba que tenían que resolver este asunto y encontrar a los hombres que lanzaban amenazas. Rápidamente.

# Capítulo veintisiete

Demeter ignoró el deseo de pasearse por su dormitorio. También descartó la idea de quedarse junto a la ventana para mirar si veía a Blake. Por algún milagro, se obligó a permanecer sentada en la cama mientras jugaba con la pulsera de ámbar que llevaba en la muñeca. Ninguna de sus acciones le impedía morderse el labio inferior o preguntarse exactamente cuántas veces se podía revolver el estómago al pensar en la persona que amaba.

Respiró hondo y contuvo el aire durante unos instantes. Tenía que ser sensata al respecto, tenía que abordar esto con lógica y calma. Hoy irían a hablar con el sheriff de Bermondsey. No era nada emocionante, a menos que él tuviera alguna información para ellos. No había nada que indicara que eso llevaría a alguna parte; después de todo, tenían suerte de que sus audaces acciones no hubieran traído ningún escándalo a sus puertas. O al menos a la de ella. Blake difícilmente sufriría si se descubría que se había acostado con su prometida.

Su pulso se aceleró cuando alguien llamó a la puerta de su dormitorio. Con una mano en el pecho, se levantó de la cama, se arregló la falda y cruzó la habitación a zancadas. Solo tenía que comportarse con normalidad. Quienquiera que fuera, no debía descubrir que estaba locamente enamorada de Blake, y si no tenía cuidado, se convencería a sí misma de que realmente tenían una oportunidad de futuro. La tía Sarah ya había comentado la extraña sonrisa que había esbozado durante el desayuno.

Había muchas cosas que le gustaba confiarle a su tía, pero esto le parecía demasiado importante, demasiado significativo para los consejos a veces dispersos de su tía.

Forzando lo que esperaba que fuera una sonrisa natural en sus labios, abrió la puerta. «¿Sí?».

Las palabras se le murieron en los labios cuando vio a los dos hombres desconocidos que estaban en la puerta. Antes de que pudiera preguntar quiénes eran, una mano se extendió, la agarró

por la muñeca y la atrajo hacia su pecho. Olía a sudor y cerveza. La áspera tela de su camisa le pinchaba el brazo desnudo.

Con los ojos muy abiertos, tiró hacia atrás. «¿Qué estás...?».

Su gran mano le tapó la boca y ella gritó contra los dedos húmedos que le pellizcaban la boca y la nariz. El sonido se apagó rápidamente, la falta de aire aplastó cualquier otro grito de ayuda. Miró a izquierda y derecha por el pasillo vacío.

¿Quiénes eran? ¿Cómo habían entrado en su casa?

Se echó hacia atrás de nuevo, sacudiéndose el hombro.

Un crujido de carne contra carne. Luego, un dolor cegador. Se tambaleó, todo se volvió blanco detrás de sus ojos mientras su mejilla palpitaba por el contacto de los nudillos sobre ella. El hombre que le sujetaba la muñeca la levantó, su fuerte brazo presionándole dolorosamente las costillas. La alfombra estampada se arremolinaba en su visión, haciéndole revolver el estómago.

«No la dañes, maldita sea, idiota», murmuró el segundo hombre, colocándose frente a ella.

Algo le tiró de las muñecas y luego le vendó la boca con un trapo. Cuando intentó mover las manos, se dio cuenta de que estaban atadas.

Entrecerrando los ojos para mirarlo a través del dolor de cabeza y la visión borrosa, sus rasgos se enfocaron brevemente. Alto, de hombros anchos, ojos profundos y cabello castaño claro que brillaba por la grasa. No lo reconoció. No la había atacado cerca de Blake's, ni lo había visto en el casino ilegal ni en la reunión fallida.

«¿Qué quieres?», intentó preguntar.

Las palabras le salieron amortiguadas, ya que tenía la lengua presionada contra la tela. Cualquier intento de escapar solo le hacía palpitar la mejilla y le daba vueltas la cabeza, así que cerró los ojos.

Quizás si recuperaba fuerzas.

O tal vez alguien la viera y acudiera en su rescate. Al fin y al cabo, los hombres aún tenían que salir de la casa.

Demeter abrió los ojos de golpe cuando el mundo se movió, provocándole náuseas. El hombre la llevaba como si no pesara más que un hilo de paja, moviéndose con eficiencia más allá de los dormitorios hasta la gran escalera.

No sabía si estar agradecida de que su tía o su hermana no salieran de ninguna de ellas. No habría escapatoria para ella si lo hicieran, pero no quería que estuvieran cerca de esos hombres, fueran quienes fueran. La manejaban con facilidad, como si robaran damas de sus casas todos los días.

Ojalá se le aclarara la cabeza. Ojalá su hombro no le presionara el estómago, dejándola débil. Ojalá desapareciera el dolor punzante de su cara. Entonces tendría alguna oportunidad.

Un sollozo brotó contra la tela cuando vio al mayordomo Archibald tendido sobre el suelo de mármol, con sangre salpicada sobre el impoluto blanco que había debajo de él. ¿Lo habían matado? El hombrecillo no habría tenido ninguna oportunidad contra esos hombres. Debían de haber irrumpido y derribarlo en un instante.

Un escalofrío la recorrió, acumulándose en su revuelto estómago. Fuesen quienes fuesen esos hombres, eran audaces y experimentados.

Eran increíblemente peligrosos.

El aire se le escapó de los pulmones cuando la dejaron caer sobre la superficie de madera de un carro y el brazo con el que aterrizó le palpitaba de dolor. Hizo una mueca de dolor y se dio la vuelta para ver un breve destello del cielo despejado antes de que la oscuridad la envolviera.

La tela áspera y gruesa que cubría su rostro y su cuerpo le impedía respirar, e inhaló tan profunda y lentamente como pudo, lo que le resultó aún más difícil debido al calor opresivo bajo la tela y al repentino balanceo. Tensó el cuerpo contra el movimiento y apoyó los pies contra los laterales del vehículo. Sin duda, al final de esta terrible experiencia estaría cubierta de moretones.

Si sobrevivía, claro está.

El deseo de cerrar los ojos ante la oscuridad y rendirse al agotamiento la invadió. Sin embargo, luchó con todas sus fuerzas, imaginando a sus preocupadas hermanas, a su tía y, sobre todo, a Blake. Fuera lo que fuera lo que esos hombres quisieran de ella, tenía que sobrevivir para volver a verlo.

***

La puerta abierta de la casa de Demeter le revolvió las tripas a Blake. Vio pasar corriendo a un sirviente, y luego a otro. Frunciendo el ceño, entró en el pasillo y vio a una criada fregando los suelos de mármol. Se dispuso a llamar su atención, pero unas voces que se gritaban unas a otras llamaron su atención. Una multitud de mujeres se apresuró hacia él, algunas con sus prendas exteriores, la tía Sarah empuñando una pistola y Eleanor metiendo los brazos en una pelliza.

—Señoras... —comenzó Blake.

—Deberíamos ir a buscarla —dijo Cassie, ignorándolo.

—*Yo* iré a buscarla —declaró Chastity.

—No lo harás —espetó Eleanor—. No puedes ir a ningún sitio así. —Señaló el vientre redondeado de Chastity.

—Lady Eleanor... —Dio un paso adelante, pero ninguna de las mujeres le prestó atención.

—Yo puedo ir —dijo la tía Sarah, blandiendo la pistola, y Blake resistió el impulso de agacharse—. Estoy completamente armada y soy una excelente tiradora.

—Quizá deberíamos buscar a Anton. Creo que hoy iba a ir al salón de actos —sugirió Eleanor—. Puede que lo necesitemos.

Cassie negó con la cabeza. —Anton entra en pánico en situaciones peligrosas. Ya te acuerdas de lo que pasó cuando te rompiste el brazo, Eleanor.

—Solo *tenía* doce años —dijo Eleanor.

—¡Tenía trece! —replicó Cassie.

«¡Señoras!», gritó Blake cuando empezaron a discutir de nuevo. «¡Señoras!», bramó.

Los cuatro se giraron lentamente para mirarlo.

«¡Oh, gracias a Dios!», dijo la tía Sarah, bajando la pistola a un lado, aunque Blake la vigilaba con recelo mientras se acercaba. «Han secuestrado a Demeter».

Un cuchillo en el corazón habría sido menos doloroso. —¿Secuestrada? —repitió, con una voz que le sonó extraña a sus oídos.

Eleanor asintió frenéticamente y le entregó una nota arrugada.

«Trae el dinero o mataremos a tu mujer». Blake la leyó varias veces mientras su sangre se helaba. Esto no podía estar pasando. No ahora. No a Demeter.

—¿A quién le debes dinero? —preguntó Chastity, poniéndose de puntillas para señalarle con el dedo a la cara.

—A nadie.

«Son peligrosos, sean quienes sean». Eleanor señaló a la criada y solo entonces Blake se fijó en las manchas rojas que salpicaban el cubo de agua.

«¿Le han hecho daño?», preguntó.

Eleanor negó con la cabeza. —Empujaron al pobre Archibald. Le dieron un buen golpe en la cabeza. Aunque solo Dios sabe lo que le habrán hecho a Demeter. —Se abrazó a sí misma—. Ojalá no hubiera estado en la sala de las lámparas.

—Ojalá no hubiera estado fuera —dijo la tía Sarah con voz tensa —. Les habría enseñado a esos sinvergüenzas lo que pasa cuando se meten con mis chicas.

—Agradezco que ninguno de ustedes estuviera aquí —dijo él con gravedad, apretando la nota entre sus manos—. Esos hombres *son* peligrosos.

Y él había sido un tonto por dejar sola a Demeter. Debería haber confiado en su instinto y no haberla perdido de vista ni un momento. Podría haber convencido a Anton para que le dejara quedarse o, qué demonios, habría dormido en la maldita puerta si hubiera sido necesario.

—¿Así que los conoces? —Chastity lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sé quiénes son y sé cómo encontrarlos, pero no están tratando de llegar a mí —hizo una mueca—. Me temo que mi primo ha traído esto a vuestra puerta.

«Si le pasa algo, lo mataré con mis propias manos», dijo Chastity.

A pesar de ser una cabeza más baja que él y tener el vientre redondeado, sospechaba que la hermana de Demeter podría lograrlo si lo intentaba.

—Si le pasa algo, yo mismo lo mataré —le aseguró—. ¿Tienes un caballo? Yo he venido en carruaje.

Cassie asintió. —Vine aquí en caballo tan pronto como recibí la noticia. No vine muy lejos, así que ella te llevará a donde necesites y rápido. Solo tienes que encontrar a Demeter...

—La traeré a casa —les aseguró a las mujeres antes de dirigirse a los establos y encontrar el caballo aún ensillado. Tardó unos minutos en llegar a casa de su primo, pero fueron unos minutos de más. Irrumpió en la casa de su primo antes de que el mayordomo pudiera abrir la puerta del todo.

—¡Foster! —gritó, y su voz resonó en los altos techos.

—Si espera un momento, señor —tartamudeó el mayordomo.

—¡Foster!

Su primo apareció en el pasillo desde el salón, con su habitual sonrisa afable. —Blake, qué sorpresa.

Esa sonrisa hizo que su cuerpo se encendiera. Recorrió la distancia que los separaba en cuestión de segundos. —Tú hiciste esto. —Le entregó la nota, golpeándole el pecho y obligando a Foster a retroceder varios pasos. Con los puños cerrados a los lados y la respiración entrecortada, Blake miró a su primo con el ceño fruncido.

Con movimientos temblorosos, Foster desplegó la carta. Frunció el ceño y la leyó rápidamente. —¿Qué significa?

—Significa... —le clavó un dedo con fuerza en el pecho—. Que los hombres a los que les debes dinero se han llevado a Demeter.

—¿A la señora Demeter? —Foster abrió mucho los ojos—. ¿Pero por qué?

—Creen que la estás cortejando. Ya la han amenazado una vez.

—¿Cortejándola? Tu compromiso es de dominio público. —Sus labios se torcieron—. Aunque, en mi opinión, la forma en que se ha desarrollado todo el asunto es totalmente desagradable. Lady Demeter se merece algo mejor.

Blake nunca había tenido tantas ganas de golpear a alguien como en ese momento, pero necesitaba a Foster.

—Lo merezca o no, está en peligro y depende de ti. Blake apretó los puños a los costados y se obligó a respirar

profundamente. Si tocaba a Foster como quería, tal vez no se detendría hasta dejarlo inconsciente.

El rubor de las mejillas de Foster desapareció y le brotó sudor en el labio superior. Se enderezó y se ajustó el chaleco. —Iré a buscarla.

—¿Ir a buscarla? —se burló Blake—. ¿De verdad crees que te dejarán entrar sin más y llevarla de vuelta a casa? ¿Y qué hay del dinero que les debes?

Le temblaba la barbilla. —Ahora mismo no lo tengo. He estado vendiendo...

—Las posesiones de mi tía, lo sé —dijo con frialdad.

—Pero aún no era suficiente. Todavía necesito...

—Lo único que tienes que hacer es decirme dónde puedo encontrarlos ahora mismo.

La mirada de Foster se volvió fría y enderezó los hombros. —No soy tonto. Sé que solo le pediste matrimonio por despecho, porque te excluyeron del testamento.

—Un testamento que tú falsificaste.

Los labios de su primo se crisparon y el color volvió a sus mejillas, en forma de grandes manchas rojas. La revelación que Demeter había desbloqueado. —Yo no hice tal cosa.

—Mientes, Foster. Ahora sé cuál es tu señal.

—Voy a ir a buscarla —Foster hizo un gesto al mayordomo—. Trae mi pistola de duelo.

—No irás a ninguna parte. —Blake se interpuso delante de su primo.

—No puedes encontrarla sin mí. La expresión de satisfacción de Foster hizo que Blake apretara los puños hasta que le dolieron los nudillos. Juró que cuando todo esto terminara, haría todo lo posible para destrozar la vida de Foster. —No te la mereces, Blake. Lady Demeter es algo tan, tan... —Suspiró—. Especial. Tú y los estúpidos miembros de la *alta sociedad* ni siquiera pudisteis ver lo que teníais delante de vosotros.

—Y supongo que un fraude es mucho mejor para ella.

—Yo la trataría como la mujer especial que es.

—No harás nada por el estilo. Ahora dime dónde está o revelaré a todo el mundo quién eres en realidad.

—¿Cómo lo harás? No tienes pruebas.

«Es solo cuestión de tiempo, Foster». Se acercó poco a poco, manteniendo la voz baja. «Quizás días, quizás semanas, pero me aseguraré de que toda tu historia sea desmontada hasta que todo el mundo sepa que eres un mentiroso y un tramposo. Tu gran casa y tu riqueza no significarán nada. Todos esos buenos amigos que has encontrado recientemente te abandonarán. Estarás acabado». Esbozó una sonrisa siniestra. «Volverás a tu vida solitaria, lejos de la sociedad».

La mirada de Foster se movió de un lado a otro hasta que bajó la cabeza. «Está bien. Te diré dónde están. Pero esto seguirá siendo nuestro secreto».

«De acuerdo». Si su primo malgastaba todo lo que poseía su tía, a él ya no le importaba y estaba bastante seguro de que la tía Iris habría estado de acuerdo. Para salvar a la mujer que amaba, estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio necesario.

# Capítulo veintiocho

Parpadeando ante la repentina luz del día, Demeter reprimió las náuseas que le subían por la garganta. Un gran almacén se alzaba sobre su cabeza y oía el ruido metálico y los crujidos de los barcos cercanos. El hombre que la había llevado al vagón agarró la larga cuerda que le rodeaba las muñecas y la utilizó para tirar de ella hasta el borde del vehículo. Le ardían las muñecas y le dolían las articulaciones mientras intentaba retroceder, clavando los zapatos en la base de madera, pero él tiró de ella con fuerza, obligándola a caer hacia delante. Se golpeó la barbilla contra la madera y gritó.

«Pórtate bien», le dijo él, «y no te harás daño».

«Esta es muy difícil de manejar. Pensaba que se suponía que era una dama», murmuró el otro hombre.

Su réplica se perdió tras el sucio trapo que le tapaba la boca. Caminó a trompicones, medio cojeando, por los muelles hacia un edificio más pequeño al lado del almacén. Cada centímetro de su cuerpo le dolía por el accidentado trayecto hasta allí.

A pesar del calor creciente del día, un escalofrío la recorrió al ver a más hombres merodeando por el edificio. Jadeó al ver al hombre enorme que había visto esperando al señor Foster en la taberna hacía lo que le pareció una eternidad.

«Ponedla ahí», ordenó, y los dos hombres la arrastraron hasta el borde del edificio y ataron la cuerda a un gancho metálico destinado a los caballos. Ella contuvo un grito cuando las cuerdas le rozaron la sensible piel de las muñecas y las tiraron con tanta fuerza que no pudo hacer nada más que apoyarse torpemente contra el muro de ladrillos.

Le temblaban las piernas y el corazón no había dejado de latir con fuerza desde que la habían agarrado. Anhelaba dejarse caer al suelo y recuperar fuerzas, pero ¿cómo iba a escapar? Según había contado, había cinco hombres y la mayoría de ellos eran gigantes. Lo único que se le ocurría era obligarse a seguir respirando profundamente y esperar a que alguien la encontrara por casualidad.

El líder hizo un gesto a dos de los hombres y ella observó el intercambio, capaz de distinguir algunas órdenes de ir a montar guardia en algún lugar. A los dos que la habían agarrado les dijeron que la vigilaran, luego hizo un gesto a los dos últimos para que lo acompañaran. Ella distinguió la palabra «Foster» y una conversación sobre un pago, pero él le dio la espalda antes de que pudiera averiguar cuáles eran sus intenciones.

Los dos que se quedaron vigilándola compartieron un cigarrillo, dándole la espalda, sin darle oportunidad de suplicarles, aunque la tela que le cubría la boca se lo permitiera. Tenía la lengua seca y le dolían las mejillas por donde la tela le cortaba la piel. No encontraba ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera.

Bajó la cabeza durante unos instantes y luego imaginó a Blake. ¿Sabría él que había desaparecido? ¿Estaría preocupado por ella? Debería haber aceptado casarse con él; podrían haberse fugado e incluso haberse casado, y ella ni siquiera estaría allí y nada de esto habría sucedido. Se despertaría en sus brazos, feliz y contenta, sintiéndose la mujer más hermosa y maravillosa del mundo.

Sintiéndose como si se lo mereciera.

Maldición, no era emoción lo que había estado buscando. Era otra cosa, algo que había encontrado con Blake. Ojalá hubiera aprovechado la oportunidad de tomarla. Ahora podía morir allí y nunca ser su esposa. Qué desperdicio tan grande.

Demeter tiró de las cuerdas y el anillo chocó contra el ladrillo. Uno de los hombres se retorció, puso los ojos en blanco ante su movimiento y le dio la espalda. Ella volvió a sacudirlo, esta vez con más fuerza. Quizás podría aflojar las cuerdas o incluso el anillo. No parecía estar muy bien sujeto.

—Deja eso —ordenó el hombre corpulento.

Mirándolo, ella golpeó deliberadamente el metal una y otra vez, cada vez con más fuerza.

—Maldita sea. —Levantó el puño y ella se preparó, pero él se quedó quieto y giró la cabeza, con el puño aún levantado—. Garrett —dijo—, ve a ver qué ha sido eso.

Demeter no había oído lo que había llamado su atención, pero no importaba. Si había alguien allí, tenía que llamar su atención.

Golpeó el anillo con todas sus fuerzas y gritó contra la tela. Garrett resopló y se dirigió a la esquina del edificio. Demeter se detuvo y contuvo la respiración. Un golpe sordo y un extraño ruido ahogado fueron seguidos por el sonido de una pelea. El hombre que la custodiaba se enderezó y levantó ambos puños.

Blake apareció a caballo, con una tabla de madera en la mano, y Demeter se desplomó contra la pared. Se dirigió directamente hacia ellos, con la mandíbula apretada y los ojos tan oscuros que la hicieron jadear, y blandió la madera directamente hacia la cabeza del hombre. Este se desplomó sin hacer ruido, doblándose de la manera más extraña hasta caer al suelo. Blake no perdió tiempo en desmontar y se acercó a ella a zancadas.

Tiró la tabla, le agarró la cara, le arrancó la tela de la boca y presionó sus labios con fuerza contra los de ella. Ella se sumergió en el agradable calor de él.

—Pensé que nunca volvería a verte —sollozó ella cuando él interrumpió el beso para desatar los nudos que le ataban las muñecas.

—¿Te han hecho daño? —preguntó él.

«Un poco», respondió ella.

«Lo mataré», murmuró él, y Demeter miró a su alrededor y vio al señor Foster de pie, avergonzado, detrás de Blake.

—No podía permitir que te hicieran daño —dijo el señor Foster, con la pistola colgando flácida de su mano.

«Es un poco tarde para eso», murmuró ella.

—Por favor, créame, Lady Demeter, yo solo...

—Cállate, Foster —espetó Blake—, y vigila.

—Hay más —le dijo Demeter—. Debemos darnos prisa.

—Ya he noqueado a dos.

Ella negó con la cabeza. —Hay más. Al menos tres más.

Él maldijo. «Estos malditos nudos».

Ella levantó las muñecas. Al tirar con tanta fuerza, los nudos se habían apretado tanto que él no podía hacer nada con ellos.

—¿Tienes un cuchillo? —preguntó ella.

Él sonrió con aire burlón. «Por supuesto». Metió la mano en el bolsillo y sacó un cuchillo que ella reconoció perfectamente.

—¡Mi cuchillo! ¿Lo guardaste?

—Un pequeño trofeo de nuestro primer encuentro. —Sonrió y cortó la cuerda, y ella suspiró aliviada cuando la tensión desapareció de sus hombros. Tiró de sus muñecas, aún atadas, y se las ofreció, pero Blake se detuvo y las retorció.

—Eh, Blake... —La voz del señor Foster temblaba y Demeter miró a su alrededor y vio a dos de los hombres acercándose rápidamente.

Blake apretó la mandíbula y la empujó detrás de él, protegiéndola con su cuerpo. Ella le agarró el brazo con las manos, observando la furia en el rostro del líder. Era una cabeza más alto que Blake, con la camisa estirada sobre los hombros y los brazos que sin duda pertenecían a un oso. Las lágrimas le picaban en los ojos. Estaban tan cerca de la libertad.

«Ten cuidado», le suplicó ella.

***

*Ten cuidado*. Él resopló. No necesitaba precaución. Tenía suficiente furia en su interior como para acabar con esos dos hombres en un instante. Las contusiones en la mejilla de Demeter y las marcas alrededor de sus muñecas alimentarían su ira durante meses, calculó. Miró al hombre que se le enfrentaba. Más ancho, más alto, más fuerte.

No le importaba. Era el líder y agradecía la oportunidad de descargar su furia sobre él.

Pero antes de que pudiera abalanzarse sobre él, un tercer hombre cruzó corriendo el astillero hacia el edificio. Blandía un hacha y la balanceaba violentamente hacia él.

—Foster, carga tu maldita pistola —le ordenó.

A pesar de la bravuconería de Foster al venir a rescatar a Demeter, el hombre no había hecho más que seguirlo. «Foster», volvió a gritar, pero el hombre que estaba al lado del líder, un tipo delgado y alto, calvo y con una cicatriz en una mejilla, le arrebató el arma a su primo con facilidad, haciéndola rebotar por el suelo.

Blake empujó a Demeter hacia atrás y esquivó un golpe de hacha, vagamente consciente de que el líder sonreía ante el espectáculo. El hombre se giró con el arma y Blake se acercó,

colocándose casi cara a cara con él, y recibió el golpe del mango en lugar de la hoja con el antebrazo. Un grito ahogado le atravesó el cuerpo cuando el dolor le recorrió el brazo. Sin embargo, estaba lo suficientemente cerca como para agarrar el mango, arrancarlo de sus manos y clavarle la madera en la cara.

Su enemigo gritó, retrocedió y se agarró la nariz. Cuando soltó la mano, la sangre le goteaba por la boca y le mostró los dientes a Blake, con una sonrisa ahora de un rojo mórbido.

Un grito detrás de Blake rompió su concentración y miró por encima del hombro para ver al líder arrastrando a Demeter por la cuerda cortada, con las muñecas aún atadas por los nudos apretados. Ella se resistía con todas sus fuerzas y luchaba contra él como un animal salvaje, pero no era rival para su fuerza bruta. Antes de que pudiera saltar hacia adelante, un dolor agudo y blanco le atravesó el cráneo cuando un puño le golpeó la nariz. Oyó un crujido y su visión se desvaneció tras una pared de agua. Blandió el hacha sin rumbo fijo.

«Foster, coge a Demeter», gritó, aunque solo podía distinguir vagamente la silueta de su primo y del otro hombre.

Un golpe en el estómago le dejó sin aliento y tiró el hacha, que cayó con estrépito sobre la piedra. Se secó las lágrimas de los ojos y levantó los puños. Saboreó el metaloso sabor de la sangre y miró a su primo. Sus puños permanecieron en alto y su oponente sonrió burlonamente, saltando de un pie a otro y fingiendo golpearle de vez en cuando. Foster retrocedió lentamente mientras el agresor de Blake le agarraba por el cuello y apretaba con fuerza.

El hombre tenía intención de matarlo. Lo vio en sus ojos. Quizás fuera venganza por el puñetazo o tal vez al hombre simplemente le gustaba matar.

Detrás de él, el líder arrastró a Demeter hacia el borde del muelle, tal vez con la intención de utilizarla como vía de escape o de esconderla en otro lugar para obtener su rescate. Fuera lo que fuera, Blake no podía permitir que eso sucediera.

—Golpéalo, Foster, por el amor de Dios —gritó, tirando de los dedos del hombre mientras le dolían los pulmones y se le calentaba la cara.

Se oyó un chapoteo y el corazón de Blake, que de alguna manera seguía latiendo, dio un vuelco en respuesta. Habría gritado su nombre si le hubiera quedado aire en los pulmones. Donde antes estaba Demeter, ahora solo quedaba el hombre. Ni cuerda, ni nada. Lo sabía con tanta certeza como sabía que la amaba. Ella se había tirado al río, completamente vestida y atada.

Se ahogaría si su primo no actuaba.

Foster lanzó una mirada salvaje a Blake, su oponente, y al lugar donde había estado Demeter, luego se dio la vuelta y huyó.

Una serie de maldiciones estallaron en la mente de Blake, aunque no le quedaba suficiente aire para pronunciarlas. ¡Maldito cobarde! ¿Cuánto tiempo llevaba Demeter sumergida? ¿Segundos? ¿Minutos? Su visión se volvió borrosa y clavó los dedos en las muñecas del hombre, sintiendo la más mínima disminución en la fuerza de su atacante. Prefería morir antes que dejar que le pasara algo a ella, pero por hoy tenía que sobrevivir.

Se lanzó hacia delante bruscamente, le arrancó una mano del cuello y le dio un codazo en la nariz lesionada. El hombre gritó, soltó el cuello de Blake y se dobló por la mitad. Blake le dio otro codazo en la espalda y luego una rodillazo en la cara, respirando tan rápido como pudo. El hombre cayó al suelo y se acurrucó en posición fetal, gimiendo.

El agresor de su primo se limitó a sonreír al verlo, con los puños en alto y saltando como si estuviera en un ring de boxeo en lugar de en un muelle en ruinas. Blake no tenía tiempo para eso.

Con la cabeza gacha, se lanzó hacia adelante y derribó al hombre al suelo. Manteniéndolo inmovilizado con el peso de su cuerpo, Blake le dio un puñetazo en la cara una y otra vez hasta que la sonrisa arrogante se desvaneció y el hombre quedó exento de fuerzas.

Bueno, se había preguntado si aún tenía fuerzas para luchar. Ahora lo sabía.

Se apartó de él, cogió el hacha y corrió hacia el lugar donde había visto por última vez a Demeter. Oyó un chapoteo y el líder dudó, mirando al agua y a Blake.

Blake tomó la decisión por él. Se habría tomado el tiempo necesario para destrozarlo si hubiera podido, pero no había tiempo. Utilizando el lado romo de la hoja, se la clavó en un lado de la cabeza al hombre. Este abrió los ojos brevemente antes de caer de lado, y su enorme cuerpo aterrizó en el suelo levantando una nube de polvo y paja vieja.

Blake tiró el hacha y saltó al agua, cuya frialdad le robó el aliento. Extendió la mano, agarró un puñado de tela y lo tiró hacia él. Unas uñas le arañaron la cara y él agarró la muñeca de Demeter y rodeó con un brazo su cuerpo que se retorcía.

«Soy yo», le dijo sin aliento, agarrándose con una mano al peldaño de una escalera para soportar el peso de ambos.

Ella tosió y balbuceó, con el pelo revuelto alrededor de la cara. Él le apartó el pelo hacia atrás.

«Soy yo», repitió.

Ella dejó de resistirse y se desplomó contra él. «Blake», logró murmurar.

—Sí. Blake.

Con gran esfuerzo, la ayudó a subir al muelle, salió del agua y se dejó caer sobre las losas junto a ella. Ella tosió, escupiendo más agua, y él se giró para apartarle un mechón húmedo de la cara. —¿Estás bien?

—Más o menos.

—Bien.

Ella le dedicó una sonrisa cansada. —Gracias por rescatarme.

—No podría haber sido de otra manera.

Se quitó la chaqueta mojada cuando vio que ella temblaba, aunque no serviría de mucho, pero no podía dejarla vagando por las calles de Londres con un vestido transparente. Tenían que encontrar al alguacil más cercano y hacer que arrestaran a esos hombres antes de que se despertaran. Frunció el ceño, metió los dedos en el bolsillo de la chaqueta e hizo una mueca.

—¿Qué pasa?

—La muñeca. Ha desaparecido.

Ella se incorporó de un salto e intentó ponerse en pie. —¡Oh, no!

Él la agarró del brazo antes de que pudiera ir a ninguna parte. —¿Qué haces?

—Volver dentro. ¡Tenemos que encontrarla!

Él negó con la cabeza, sonriendo. Esta mujer. ¿Qué iba a hacer con ella? «No la necesito», le aseguró.

Ella volvió a caer al suelo con un suspiro de cansancio. —Lo siento mucho, Blake.

«Yo no». Se inclinó sobre ella, sintiéndose atraído por el tentador calor de su aliento. «No lo necesito porque te tengo a ti, cariño. ¿Qué más podría desear un hombre?».

# Epílogo

La tía Sarah le puso en la mano un vaso de lo que Demeter sospechaba que era brandy. Cassie le echó una manta sobre los hombros. Mientras tanto, los maridos de su hermana discutían sobre qué debían hacer con el señor Foster y quién debía destrozarlo miembro a miembro primero. Chastity se metió en la refriega y les informó a todos que sería ella quien lo destrozaría. Incluso Eleanor no dejaba de preocuparse por ella, mordisqueándose la punta del pulgar y murmurando sobre si Demeter se enfermaría por haberse sumergido en el Támesis.

«Estoy perfectamente bien», le aseguró a Eleanor, quitándose la manta de encima. Ya se había secado, cambiado de ropa e incluso tomado un tónico preventivo en las pocas horas transcurridas desde que la habían arrojado al agua.

El único que permanecía en silencio era Blake, que tenía una expresión extrañamente decidida mientras se apoyaba en el escritorio, con la camisa prestada abierta por el cuello y el pelo revuelto. Le estaban saliendo moratones debajo de los ojos y llevaba el brazo vendado con un cabestrillo de tela.

Estaba hecho un desastre. Un desastre hermoso y maravilloso.

Ella lo miró a los ojos y una cálida y deliciosa sensación la recorrió. Si sobrevivía a su terrible experiencia, quería casarse con él, amarlo para siempre.

Y así lo hizo.

Así que ahora solo tenía que averiguar cómo sacar el tema.

Una vez que su familia la dejara sola, claro.

—Foster no volverá —le dijo Blake a Chastity—. Lo sé.

Ella lo miró fijamente, con el mentón formado en una punta decidida. —¿Cómo lo sabes? —Tocó el brazo de Valentine—. Deberíamos contratar a hombres de todo el país. Que lo busquen y lo traigan de vuelta. Él le hizo esto a Demeter y tiene que pagar por ello.

Blake negó con la cabeza. —Los hombres que se llevaron a Demeter ya han confesado que falsificaron el testamento con la

esperanza de escapar de la horca.

—La horca es demasiado buena para ellos —murmuró Chastity —. ¡Casi matan a mi hermana!

Valentine acarició suavemente la espalda de Chastity. — Haremos lo que tú quieras, Chastity, pero intenta mantener la calma. Por el bien del bebé. —Miró a Demeter a los ojos y esbozó una sonrisa irónica—. Y por el mío —añadió en voz baja.

Demeter contuvo una risita. Valentine tenía las manos ocupadas con su decidida hermana mayor, pero ella sabía que le encantaba tener una esposa tan difícil de manejar.

—Si Foster regresa —dijo Blake con calma—, lo acusaremos de fraude. Ya tengo pensado impugnar el testamento. —Se pasó la mano por el pelo—. Quién sabe si encontraremos el testamento auténtico, pero yo conocía la mayoría de los deseos de mi tía. Puedo garantizar que su fortuna se distribuirá según sus deseos.

—Y ahora que ha huido, no tiene recursos ni amigos —añadió Demeter—. Para un hombre así, eso será castigo suficiente.

Cassie hizo un ruido de disgusto en la garganta. —Él debería haber sido el que acabara en el Támesis. —Miró a Blake—. Te robó tu herencia. Seguro que te sientes más fuerte en lo que respecta a la justicia.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. —Curiosamente, no. —Su mirada se cruzó con la de Demeter—. Ahora tengo otras cosas de las que preocuparme.

Demeter no estaba segura de lo que quería decir, pero la esperanza se encendió en su pecho.

La tía Sarah empujó suavemente a Cassie hacia la puerta. «Quizás deberíamos dejar a estos dos solos para que se recuperen. Han pasado por una experiencia muy dura».

Chastity protestó cuando su tía la agarró del brazo, pero Eleanor y Cassie la siguieron en silencio y Luke y Valentine parecían contentos de marcharse, a pesar de que volvían a discutir sobre quién iba a dar caza al señor Foster. La tía Sarah se dio la vuelta, guiñó un ojo y cerró con firmeza las puertas dobles tras de sí.

Demeter exhaló lentamente y dejó la bebida intacta en la mesita auxiliar cercana, luego se quitó la manta de los hombros. —

¿Lo dices en serio? ¿Que no sientes la necesidad de dar caza a Michael?

—Sinceramente, estoy lista para que esto termine. Si puedo asegurarme de que el dinero de la tía Iris se distribuya bien, no veo la necesidad. ¿Qué puede hacer ahora ese hombre sin riqueza ni conexiones? No mucho, apostaría.

Ella sonrió. —Yo no apostaría por eso.

—Eso sería un cambio. —Desplegó los brazos y rodeó con las manos el borde del escritorio, pero luego dudó y volvió a cruzarlos —. Estoy bastante seguro de que él te quería, de una forma extraña.

—Yo también lo creo, aunque no en el buen sentido.

—No. —Apretó la mandíbula—. Si no, te habría ayudado en tu momento de necesidad. Sin duda es un cobarde.

—Un cobarde codicioso.

Él asintió. —No sé las circunstancias por las que mi tía le cortó el grifo, pero solo puedo imaginar que había estado gastando en exceso. Vi pruebas de ello el otro día. La tía Iris era una mujer justa que nunca habría abandonado a su hijo a menos que pensara que era lo mejor.

«Debía de estar fuera de control», coincidió Demeter.

Ella tampoco podía imaginar que Iris hubiera cortado el contacto con su hijo ilegítimo, por lo que las circunstancias que llevaron a esa decisión debían de ser graves. Pero solo el señor Foster podía responder a eso con certeza y, por lo que le había contado a Blake de camino a rescatarla, estaba realmente amargado por las circunstancias.

—Ya basta de hablar de mi primo. Estoy cansado de él. —Se levantó del escritorio y se colocó frente a ella—. Ahora, por una vez en tu vida, vas a escucharme. —Le señaló con el dedo y Demeter levantó una ceja y miró la punta de su dedo.

—¿Blake?

—Sé que este compromiso surgió de circunstancias falsas...

—Sí, pero...

—Y tú no crees que un libertino y una chica tímida puedan estar juntos.

—Bueno...

«Pero si lo piensas bien, dijiste que sí. Tu instinto te lo dijo, y uno nunca debe ignorar su instinto».

«Blake...».

«De verdad, tendría sentido que nos casáramos. Trabajamos muy bien juntos, podemos contarnos cualquier cosa y no olvides lo excelentes que somos en la cama».

—Blake —siseó, lanzando una mirada a la puerta cerrada y rezando para que ninguno de sus familiares estuviera escuchando.

—Bueno, técnicamente no fue en el lecho matrimonial, pero tengo toda la intención de rectificarlo.

Se levantó, apartando la manta de un empujón, y le puso un dedo en los labios, impidiéndole decir lo que fuera que quisiera decir a continuación. —Blake, te he amado durante mucho tiempo. Él abrió mucho los ojos. Ella retiró el dedo. —De hecho, durante años. Casi una década.

—Oh.

—Pero me equivoqué.

—Oh. —Frunció el ceño.

«Estaba enamorada de un hombre al que no conocía y, de hecho, fui culpable de cobardía. Me aseguré de que nunca, jamás, me vieras por miedo a hacer el ridículo».

«Nunca podrías hacer el ridículo delante de mí».

Ella esbozó una sonrisa torcida. «Ya lo hice, en realidad, al desperdiciar tantos años y no permitirme conocer de verdad al hombre que creía amar».

—Creo que quizá necesitaba esos años. Yo también era un cobarde. Temía que el matrimonio y los hijos me convirtieran en mi padre. Pero contigo, cariño, no veo cómo eso podría ser posible.

Tomando sus manos entre las suyas, ella dejó que su sonrisa se ampliara. «Me equivoqué al amarte porque no te conocía. Pero ahora sí te conozco».

«¿Y?

«Y te amo. De verdad. De la forma más auténtica».

Sus hombros se relajaron y una sonrisa se dibujó en su rostro. «Gracias a Dios».

«Y creo que deberíamos convertir nuestro compromiso en uno real».

«Si dijeras lo contrario, tendría que protestar con vehemencia», le informó él, soltándole las manos y acariciándole el rostro con las palmas.

La cabeza le daba vueltas y sentía calor en las extremidades. Deseaba desmayarse y saltar de alegría a la vez. Había estado enamorada de un producto de su imaginación, pero este hombre, su tacto, sus defectos... todo era real, y el amor que brotaba de su pecho era suficiente para darle la confianza de que, sin importar lo que se les presentara, este libertino y esta chica tímida no tendrían problemas para superarlo juntos.

—No te he besado lo suficiente —se lamentó él—. Eres mi prometida y, sin duda, no te he besado lo suficiente.

—Estoy de acuerdo —dijo ella, deslizando las manos alrededor de su cuello—. Así que será mejor que empieces ahora.

Con una sonrisa, él hizo lo que ella le pedía y la besó con pasión, dejándola sin ninguna duda de que habría más que suficientes besos apasionados en su futuro.

FIN

Encuentra más libros de Samantha Holt en Amazon
**www.samanthaholtromance.com**